



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO
MAGÍSTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO Y CULTURA
MENCIÓN CIENCIAS SOCIALES**

IMAGINARIO CORPORAL Y PRÁCTICAS SEXUALES

**Representaciones del cuerpo en mujeres,
desde prácticas sexuales con hombres y con mujeres**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE MAGÍSTER
EN ESTUDIOS DE GÉNERO Y CULTURA,
MENCIÓN CIENCIAS SOCIALES**

CATALINA BALBONTÍN ZEBRAK

PROFESORA GUÍA: OLGA GRAU DUHART

SANTIAGO – CHILE

2008

AGRADECIMIENTOS

Al Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Chile y a MECESUP, por brindarme las posibilidades para realizar mis estudios de Magíster.

A la profesora guía Olga Grau, por sus aportes y excelente disposición.

A las mujeres que amablemente aceptaron participar en este estudio.

A las personas que me permitieron acceder a las entrevistadas.

A mi madre y a mi padre, por su apoyo constante.

Y a todas las personas que de una u otra forma contribuyeron a que esta investigación pudiera ser realizada.

Muchas Gracias.

ÍNDICE

I. PRESENTACIÓN	5
II. PLANTEAMIENTO DEL TEMA	7
III. MARCO TEÓRICO	10
1. DOMINACIÓN MASCULINA.....	10
2. REPRESENTACIÓN.....	13
3. LO DUAL.....	15
4. EL CUERPO.....	18
4.1. Desde la historia.....	18
4.2. Desde un más allá de lo dual.....	21
4.3. Desde el feminismo.....	22
5. SEXUALIDAD.....	27
5.1. Desde las tecnologías de sexo.....	27
5.2. Desde el género.....	30
5.3. Desde el feminismo lesbiano.....	33
6. SUJECCIÓN GENERIZADA.....	37
6.1. El poder.....	37
6.2. Matriz de sexo-género.....	38
6.3. El nombre.....	39
6.4. Identidad.....	39
6.5. Lo abyecto.....	42
6.6. Resistencias.....	43
IV. OBJETIVOS	49
1. OBJETIVO GENERAL.....	49
2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS.....	49
V. METODOLOGÍA	50
1. ORIENTACIÓN METODOLÓGICA.....	50
2. TÉCNICAS E INSTRUMENTOS.....	51
3. SUJETOS DE ESTUDIO.....	53
4. PROCESO DE ANÁLISIS.....	54

VI. ANÁLISIS	56
A. AVATARES DEL DESEO	56
1. DESEO.....	57
1.1. Atracción por los hombres.....	57
1.2. Atracción por las mujeres.....	58
2. INICIO DEL DESEO HACIA MUJERES.....	60
2.1. Los inicios.....	60
2.2. Inhibición y represión social en la expresión del deseo hacia las mujeres.....	61
3. VIVENCIA DEL DESEO.....	63
3.1. No aceptación de la expresión del deseo hacia las mujeres.....	63
3.2. Costos en la pareja.....	65
4. MODOS DE EXPLICACIÓN.....	66
4.1. Desde el discurso dominante.....	66
4.2. Desde los roles.....	67
4.3. Desde las relaciones de dominación-sometimiento.....	70
5. LO ABYECTO.....	72
B. CUERPO, EROTISMO Y SUS VARIACIONES	74
1. AFECTIVIDAD.....	74
2. VÍNCULO ERÓTICO.....	75
2.1. Con hombres.....	75
2.1.1. Dificultades en el placer.....	75
2.1.2. Dificultades en la confianza.....	76
2.1.3. Valoración de la diferencia.....	77
2.2. Con mujeres.....	79
2.2.1. Acercamiento sexual lento y progresivo.....	79
2.2.2. Falta de referentes culturales.....	80
2.2.3. Deseo inimaginado.....	81
2.2.4. Mayor confianza.....	82
2.3. Diversidad en los modos del vínculo.....	83
3. NUEVO EROTISMO.....	84
4. ZONAS ERÓGENAS Y SUS VARIACIONES.....	87
5. APERTURA AL PLACER.....	91
C. IDENTIDAD EN TRÁNSITO	93
1. EL INVISIBLE PESO DE LA HETERONORMATIVIDAD.....	94

1.1. Discriminación por prácticas no rígidas.....	94
1.2. Aspectos de la performatividad en la constitución identitaria.....	95
1.3. La iterabilidad.....	96
2. LA IMPORTANCIA DE UN NOMBRE.....	96
3. PROYECTO DE PAREJA Y FAMILIA.....	101
4. TRÁNSITO Y SUS SIGNIFICACIONES.....	102
VII. CONCLUSIONES.....	106
BIBLIOGRAFÍA.....	119
ANEXO.....	123
PAUTA DE ENTREVISTA.....	123

I. PRESENTACIÓN

La presente investigación, “Imaginario corporal y prácticas sexuales. Representaciones del cuerpo en mujeres, desde prácticas sexuales con hombres y con mujeres”, tiene por finalidad presentar el trabajo de tesis para optar al grado de magíster que otorga el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género y Cultura de la Universidad de Chile.

En un sistema de dominación masculina y de heteronormatividad, las mujeres que realizan prácticas sexuales no normalizadas, quedan situadas en una dimensión devaluada en un sistema jerárquico, de un modo doble, respecto del par de opuestos binarios hombre/mujer, y sexualidad central/sexualidad marginal.

Por otra parte, las prácticas sexuales con hombres y con mujeres, no se ciñen a las posibilidades que brinda la matriz de heteronormatividad, respecto de las sexualidades minoritarias. Es en este sentido que surge el interés por indagar respecto a la vivencia de un erotismo no normalizado y su relación con el imaginario corporal en mujeres con estas prácticas. Esto, considerando que la conformación corporal, tanto como la subjetiva son parte de un mismo proceso, delimitado y producido por las técnicas de un poder siempre presente.

Es así que aparece la inquietud respecto a las significaciones y resignificaciones que estas mujeres realizan respecto a dichas prácticas sexuales y también a los modos de percibir una corporalidad respecto al erotismo. De este modo, partiendo de la base que la conformación corporal está atravesada por los discursos dominantes, aparece el interés por saber si prácticas que desnormalizan la vivencia del deseo, tienen alguna repercusión en las representaciones de un cuerpo que se modeló dentro de una hegemonía significativa –de dominación masculina y heteronormada.

El desarrollo de la investigación a continuación presentada, tiene como finalidad conocer el discurso que presentan las mujeres que realizan prácticas sexuales con hombres y con mujeres, respecto de su imaginario corporal en relación con su vivencia erótica no disciplinaria.

El acceso a los discursos generados por mujeres cuyas prácticas sexuales van más allá de una normalización, puede brindar nuevos discursos o modos de significación, que no estén enmarcados rígidamente por una hegemonía masculina y heteronormativa de significación, poniendo en cuestión dicha hegemonía y aportando en alguna medida a la generación de discursos alternativos que puedan ir construyendo nuevos modos de significación, más diversos y múltiples.

Para ello se utiliza una metodología cualitativa, en un estudio exploratorio, desde una perspectiva de género, intentando contribuir con nuevos elementos respecto a los modos de significación relacionados con la vivencia de un erotismo no normalizado y el imaginario corporal.

II. PLANTEAMIENTO DEL TEMA

El poder (Foucault, M.) no sólo es represivo, sino también productivo, dimensión que debe quedar encubierta para poder operar. De este modo un sujeto se constituye bajo y gracias a las coordenadas de poder. La hegemonía heteronormada establece que el cuerpo en el que se nace, dictamina el flujo del deseo y la vivencia de la corporalidad, donde las prácticas de la sexualidad determinan la verdad del sujeto, la base que lo fundamenta, conformándose así, un sujeto de sexo/género/deseo (Butler, J.).

De este modo, la matriz heteronormativa, alberga y genera sujetos en los que la sexualidad es un componente central de su identidad. Por lo tanto, el sujeto, no tiene acceso a una sexualidad que se escape -espacial o temporalmente- al poder en sí. Un sujeto, cuya sexualidad no sólo implica su práctica, sino que además representa un núcleo psíquico inamovible que lo conforma (Foucault, M.). Es decir, la práctica no sólo da cuenta de un accionar del sujeto, sino que de su ser, de lo que es para sí y para el mundo. Un sujeto de sexo/género/deseo (Butler, J.), donde la orientación del deseo, las prácticas sexuales y la diferenciación de los cuerpos, quedan obligatoriamente entrelazadas en la definición de sí. Si alguna de estas dimensiones no sigue el camino indicado, queda cuestionada la propia identidad.

Así, desde una matriz heteronormativa, las sexualidades aparecen como la expresión de una identidad inmutable. Identidad que queda conformada como una esencia, como una continuidad, como una cosa en sí, quedando invisibilizado que esta continuidad es sólo una ilusión generada por las constantes y obligadas repeticiones de actos. De este modo, un sujeto, adquiere una identidad a través de incesantes repeticiones, lo que da la ilusión de un continuo, al modo de “yo soy algo” concreto, nombrable, definible, sólido, invariable e inamovible, que le permite relacionarse con los otros y consigo mismo dentro de los códigos impuestos por la matriz de sexo-género.

Sin embargo, la repetición (Butler, J.) nunca consigue completamente la identidad, por lo que ésta requiere ser establecida continuamente, pues corre el riesgo de ser desinstituida en cada intervalo entre repetición y repetición. De ahí se entiende la fuerza con que opera la obligatoriedad y ritualización de una repetición que busca desesperadamente mantener la ilusión de un continuo que permita la certeza de identidad.

El sistema sexo-género, marcado por una lógica de opuestos binarios, implica la mutua exclusión de los polos, pues para poder pertenecer a una categoría, necesariamente se debe rechazar la otra. Así, la realización de prácticas que se niegan a quedar circunscritas a un lado o a otro del binomio obligado por el sistema hegemónico, pueden cuestionar de algún modo el orden establecido. Es en este sentido, que aparece la interrogante respecto al modo en que la vivencia de un erotismo que va más allá de la normalización, puede o no repercutir en el modo de percibir y relacionarse con la propia corporalidad.

Los sujetos, conformados en una matriz heteronormativa, de dominación masculina – donde subjetividad, sexualidad y corporalidad, quedan constituidas entrelazadamente en una trama de relaciones de poder- son modelados y situados de un modo determinado, quedando como sujetos apropiados para el sistema en el que despliegan su existir. Mientras las posibilidades obligadas sean las “elegidas”, cada cual contará con la tranquilidad que trae el reconocimiento como sujeto viable y valorado, perteneciente al orden imperante. Sin embargo, las vías que pueden ser surcadas por el deseo, las sensaciones, sentimientos de cada ser humano, no siempre quedan construidas de la forma oficial, considerada original (Butler, J.). Y a veces, cuando sí lo quedan, pueden ser -por la misma experiencia personal- deconstruidas y reconstruidas en múltiples e inimaginadas formas. A partir de tal realidad, resulta interesante preguntarse cómo se construyen, destruyen, deconstruyen y reconstruyen las vías por las que circula un deseo informe con su imaginario corporal, cuando no hay significantes que faciliten y entreguen previamente algún horizonte que perseguir y cuando los significantes existentes desvalorizan las nuevas posibilidades abiertas. Y si ya, las vías presentan grandes diferencias en sujetos cuya experiencia queda bajo la lupa de la heteronormatividad, es también interesante pensar qué caminos, qué vivencias del erotismo y qué relaciones con la corporalidad, existen para los sujetos cuyas prácticas se salen de esa normatividad, ingresando a una dimensión no sólo devaluada, sino también, menos nombrada.

De este modo, es que resulta de interés preguntarse por los procesos que ocurren en mujeres -que en un sistema de dominación masculina, quedan en una posición inferior- cuando sus prácticas sexuales van más allá de una heteronormatividad. Qué ocurre en ellas, cuando sus prácticas sexuales, realizadas con hombres y con mujeres, no les permiten quedar denominadas en un lugar valorado, pero tampoco a cabalidad en el lugar marginado de la heteronormatividad. Cuando estas prácticas no les permiten ser

acabadamente nombradas/designadas. Qué sucede pues, en estas mujeres, con sus vivencias del erotismo y sus imaginarios corporales.

¿Las prácticas sexuales con hombres y con mujeres, inciden en las representaciones del cuerpo en las mujeres? ¿Cómo viven su corporalidad las mujeres que tienen prácticas sexuales con hombres y con mujeres?

III. MARCO TEÓRICO

La constitución subjetiva, se produce en y por las posibilidades de significación y validación de la cultura hegemónica, heteronormativa y de dominación masculina. La formación de un sujeto reconocido por el sistema hegemónico, es un largo proceso de modelar y cincelar bajo las prescripciones dominantes y con las herramientas permitidas. La constitución de un sujeto, la conformación de una identidad van indisolublemente ligadas a un cuerpo –que es significado previamente por la cultura en que se nace. Este yo cuerpo, esta corporalidad subjetivada, queda inscrita en una cultura hegemónica heteronormativa, donde el cuerpo en el que se nace marca las vías del deseo y determina la identidad. Es preciso no dejar de considerar que la constitución subjetiva, la identidad, la vivencia de la sexualidad y de la corporalidad son procesos que nunca pueden ser entendidos uno sin el otro. El desarrollo del marco teórico separa estas dimensiones para efectos de una mayor comprensión. No obstante esta separación arbitraria, éstas no pueden ser totalmente aisladas unas de otras, por lo que aparecen en los puntos en que no son el foco del desarrollo, de un modo más tenue.

1. DOMINACIÓN MASCULINA

Lo que somos no puede aislarse del mundo y del discurso en que -desde el nacimiento- continuamente nos conformamos. Imperceptiblemente el afuera es, en parte, adentro y el adentro es, en parte, afuera. Nuestra realidad no es tan natural como creemos, nuestra corporalidad, tampoco. La división naturaleza/cultura, así como la cuerpo/mente es cuestionada. Se cuestiona el carácter natural –en tanto realidad dada e inmutable- de las primeras y se comienza a evidenciar su cualidad de naturalizada –como construcción de realidad. Los límites se difuminan. Los sujetos no sólo tienen cuerpo, sino que en parte, lo son.

En nuestra cultura hegemónica –masculina, heterosexista- la posibilidad para ser está designada por la corporalidad. Nacer en cuerpo de hombre o en cuerpo de mujer marca un destino diferente, no sólo implica diferencias en el ámbito de los roles y funciones a desempeñar, sino que también, de un modo muy profundo, en la propia concepción que tenemos de nosotros mismos. En este sentido la corporalidad y lo que se hace con ella,

aparece como significativa e inseparable de la noción de lo que es ser mujer u hombre. Y hasta lo que nos parece más natural, el cuerpo mismo, está intervenido, atravesado y constituido por la cultura.

La noción de género permite comprender la naturalización que realiza la cultura respecto a diferencias –incluidas en un marco binario de oposiciones- que no provienen de lo real, sino que de lo simbólico. Así también, permite ver que estas diferencias quedan en coordenadas de relaciones de poder. De este modo, las diversas posiciones se encuentran jerárquicamente ubicadas.

La construcción simbólica de género alude al género como construcción cultural -diferente de una construcción social, que apunta más a una esfera económica y material- así como a considerarlo un concepto relacional, en el que intervienen los discursos, las ideologías, las representaciones y los símbolos (como imágenes con densidad histórica). En este sentido, en diversas culturas existen tanto diferencias como regularidades en torno a la construcción de identidades de género masculinas y femeninas. Aparece la oposición naturaleza/cultura (Ortner, S. 1979), donde la primera, con sus ciclos, es asociada a lo femenino -y la segunda a lo masculino. Esta diferenciación en opuestos binarios lleva implícita la noción de jerarquía; es decir, lo femenino –naturaleza- se asocia a lo subordinado, domesticado, por lo tanto, es desvalorizado y lo masculino –cultura- a lo dominante, valorado socialmente. Es desde esta concepción que es posible entender la noción de ideologías de género, las que están formadas por un conjunto de oposiciones binarias, mutuamente excluyentes. Así, la identidad masculina estaría definida principalmente por los roles-status dados por su accionar en la sociedad (mundo público) y la identidad femenina estaría más marcada por un aspecto relacional (afectos, rol de madre, mundo privado).

Asimismo, la construcción cultural del género puede ser entendida como un sistema de prestigio, concebido como un sistema de discursos y prácticas que constituyen lo femenino y masculino en términos de roles, valor y prestigio diferenciados. Estas estructuras de prestigio se refieren a la escala de valores que construye una sociedad determinada para poder reproducir y legitimar la diferencia masculino-femenino, diferencia que implica jerarquía. Por lo tanto está estrechamente vinculada a la noción de poder y prestigio. En esta estructura influyen símbolos culturales, conceptos normativos,

instituciones diversas, así como la propia historia personal de los sujetos. Todo esto lleva a una articulación de las relaciones de género en torno a posiciones de poder; posiciones que incidirán en áreas diversas de la vida, tales como la sexualidad, la reproducción y las relaciones sociales, entre otras.

Al comprender que este sistema de prestigio es el mundo en que los sujetos se desarrollan y adquieren su identidad, que es generizada, es posible vislumbrar la fuerza imperceptible, el carácter de verdad inmutable que adquieren estas ideologías de género.

En relación a lo anterior, Bourdieu (2000) intenta dar una posible explicación a lo que él llama paradoja de la doxa -que la realidad del orden del mundo sea respetada, no transgredida- y enfatiza esto mostrando su sorpresa respecto a la perpetuación de las relaciones de dominación en el orden establecido; perpetuaciones que no sólo están reforzadas por los que ejercen la dominación, sino también por los que la padecen. Y en tanto relación de dominación, plantea a la dominación masculina como mejor ejemplo de esta situación; interesado principalmente en su constancia transhistórica. Su propuesta central se refiere a que entre las estructuras cognitivas -el modo de percibir y conocer el mundo- y las estructuras sociales u objetivas hay una concordancia, lo que lleva a ver las divisiones arbitrarias como naturales y por lo tanto, a que así sea. Así por ejemplo, la oposición masculino/femenino y toda la consecuente división social que trae, es vista como natural; la percepción se refuerza al ver que los hechos son así, sin notar que son impuestos por una estructura social. De este modo, hay un constante y mutuo refuerzo entre estructura social y cognitiva, quedando un espacio casi nulo para cuestionamientos a este orden, el de la dominación masculina.

La oposición entre femenino y masculino está basada en las diferencias sexuales anatómicas, por lo tanto, el cuerpo es construido por el mundo social como realidad sexuada y como fundante de los principios de visión y división sexuentes- que aparecen justificados de un modo natural. Así, esta trama de percepción se aplica a todas las dimensiones de la vida humana, pero en primer término, a la dimensión biológica, al cuerpo. De este modo, la estructura social -división sexual del trabajo- junto con la estructura cognitiva -visión mítica basada en la relación arbitraria de la dominación de los hombres- reconstruyen sin cesar el orden de la dominación masculina. Y esta relación de

dominación queda legitimada al ser inscrita en una naturaleza biológica, naturaleza que es en realidad, una construcción social naturalizada.

Es así que la dominación masculina (Bourdieu, P. 2000) es ejercida a partir de un principio simbólico (forma de vida, de pensar, de actuar, de sentir el cuerpo, etc.), el que es admitido no sólo por el dominador, sino que también por el dominado. El dominador impone su propia visión de sí mismo como objetiva y colectiva. De este modo, el dominador ejerce cierta violencia hacia el dominado, violencia que no es percibida por estos últimos, la violencia simbólica. Así se comprende cómo las mujeres quedan atrapadas en relaciones de poder –asumidas como naturales- manteniéndolas desde sus propios esquemas mentales, esquemas que son en realidad una asimilación de la misma relación de poder a la que están sometidas. Tanto hombres como mujeres tienen los mismos esquemas, es decir, sus percepciones y pensamientos están estructurados en relación con las mismas estructuras de la relación de dominación. Por lo tanto, quienes están posicionados en el lugar de los dominados, más que ejercer actos de conocimiento, realizan actos de reconocimiento, de sumisión. Esta violencia simbólica (Lamas, M. 1995), es decir, la que es ejercida sobre una persona con su complicidad o consentimiento, se observa tanto en el sexismo, como en la homofobia –con la complicidad de las mujeres y de los homosexuales, que quedan en la posición discriminada, respectivamente. Complicidad, que por supuesto no es voluntaria, sino que tiene más bien relación con las posibilidades de aproximarse, percibir y conocer el mundo en que nos situamos. Violencia simbólica, que puede ser relacionada con la idea del panoptismo propuesta por Foucault (Le Breton, D. 2002), en donde el sujeto que se sabe sometido a un campo de visibilidad, se hace cargo de las restricciones que el poder establece, inscribiendo en sí mismo las dos posiciones de las relaciones de poder en que está situado, transformándose él, en principio de su propia sumisión.

2. REPRESENTACIÓN

En esta intersección entre las estructuras sociales y cognitivas resulta pertinente la noción de representación social. En una representación social, lo social y lo psicológico se intersectan. Es así que, más que percepciones, las representaciones sociales son un modo de interpretar y de pensar, de significar la realidad cotidiana, “...una forma de

conocimiento social. Y correlativamente, la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que les conciernen (...) Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, este conocimiento es, en muchos aspectos, un conocimiento socialmente elaborado y compartido (...) En otros términos, se trata de un conocimiento práctico. Al dar sentido, dentro de un incesante movimiento social, a acontecimientos y actos que terminan por sernos habituales, este conocimiento forja las evidencias de nuestra realidad consensual, participa en la construcción social de nuestra realidad...” (Jodelet, D. 1984: 473); esto, a través de procesos generativos y funcionales al sistema social.

La representación es imagen que se aparece ante cada sujeto para poder significar su mundo, pero es el propio mundo el que genera los límites de significación posible. Todo lo que es (Derrida, J. 1989), todo lo que sucede y por tanto, todo lo que es presente, es capturado en la forma de representación. La experiencia deviene representación; lo que es, para ingresar en el universo humano, es significado, representado. La representación es la categoría más amplia para establecer la aprehensión de cualquier cosa que esté involucrada en una relación.

La representación implica la idea de repetición, de retorno -en el sentido de volver presente, de restituir- y de posicionalidad -en tanto coloca, sitúa, dispone. “En la representación, el presente, la presentación de lo que se presenta vuelve a venir, retorna como doble, efigie, imagen, copia, idea, en cuanto cuadro de la cosa disponible en adelante, en ausencia de la cosa, disponible, dispuesta y predispuesta para, por y en el sujeto” (Derrida, J. 1989: 92). De este modo, la representación es una imagen o una idea como imagen en y para el sujeto, que aparece bajo la forma de una relación con el objeto –objeto representado.

El sujeto (Derrida, J. 1989) puede darse representaciones, disponer de ellas y es esa posibilidad de poner a disposición, lo que lo constituye precisamente como sujeto; el poder representar y representarse lo constituye como tal. El sujeto además de ser definido como el lugar y el emplazamiento de sus representaciones, es en sí mismo, en su

estructura sujeta, un representante. De este modo, el sujeto se representa el mundo que lo rodea, pero también se representa a sí mismo continuamente; estructurado por la representación, el sujeto representado es, a la vez, sujeto representante.

La representación es afectada por la prohibición. Por lo mismo, el espacio de la representación es calculable, pues así se garantiza la anticipación de lo que hay que representar forzosamente para poder sostener un orden –hegemónico- representacional; un orden coherente. Por lo mismo, es en el terreno de lo incalculable donde pueden ser desbordados los límites de la representación. De este modo, en el límite de la representación aparece lo irrepresentado y lo irrepresentable. Esto permite pensar lo irrepresentable como "...aquello que es extraño a la estructura misma de lo representable, como lo que *no se puede* representar sino más bien, y además, a lo que *no se debe* representar, tenga o no esto la estructura de lo representable". (Derrida, J. 1989: 118.).

3. LO DUAL

Lo uno y lo otro, o la otra. Masculino, femenino. Activo, pasivo. Blanco, negro. Día, noche. Una lista interminable de polaridades –opuestas y complementarias- que dan sentido a nuestra realidad. Oposiciones marcadas por la diferencia, que a su vez, marca jerarquía. Oposiciones que marcan identidad, que nombran y sitúan algo estático. Lo dual, en este sentido, no permite movimiento, tránsito, cambio, mutación. Lo dual obliga.

La noción de movimiento, cuestiona la inmutabilidad de cualquier oposición binaria, diluye tal solidez, sus fronteras, relativiza los márgenes. De este modo el "acontecimiento" -propuesto por Deleuze- que implica acción, tránsito y está por lo general expresado como verbo- aparece como una alternativa al concepto platónico de "esencia" –inmutable, que define lo que es, sustantivo, adjetivo. La noción de acontecimiento, conlleva una orientación hacia el problema del sentido que cada cual le da a las cosas que pasan, desplazando el foco platónico del problema de la verdad de lo que son las cosas.

La tradición platónica, plantea la existencia de un mundo trascendente donde habitan los modelos, las ideas. Por otra parte, en el mundo material en que vivimos, se encuentran las copias, que representan o reflejan la esencia de los modelos del mundo trascendente

y también existen los simulacros, que pretenden representar los modelos, pero que difieren de ellos, quedando en una posición defectuosa e inferior respecto a las copias.

Deleuze desplaza la noción de plano de trascendencia y propone el plano de immanencia, donde prevalecen los acontecimientos, las intensidades, las singularidades. Además, respecto a la noción de modelo, propone que las cosas tienen en común la diferencia y no la similitud con un ideal, incitando a entender y aceptar la diferencia de todas las cosas – cosas en cuanto a acción, no a esencia- y a la vez, a criticar la idea jerárquica de la existencia de un modelo ideal a seguir para poder ser validado en un mundo. En este mismo sentido, el simulacro es valorado –saliendo del lugar relegado frente a los modelos y las copias- pues permite desestabilizar la jerarquía dominante, actualizándose continuamente, en un eterno retorno, en múltiples simulacros. De este modo, el eterno retorno “...sustituye la coherencia de la representación por otra cosa, su propio caos-errante. Y es que, entre el eterno retorno y el simulacro, hay un vínculo tan profundo que uno no se comprende sino por el otro. Lo que retorna son las series divergentes en tanto que divergentes, es decir, cada una en tanto que desplaza su diferencia con todas las otras, y todas en tanto que involucran su diferencia en el caos sin comienzo ni fin. El círculo del eterno retorno es un círculo siempre excéntrico para un centro siempre descentrado” (Deleuze, G. 1994: 266). Es así, que la diferencia se presenta continuamente, aunque los hábitos son los que inducen a percibir cada nuevo acontecimiento como una repetición y no como una singularidad. Desde esta perspectiva, lo que se repite es lo diferente y no lo idéntico. Por lo tanto, la realidad se presenta como multiplicidades en todos los niveles y es inseparable del movimiento.

Respecto a la idea de diferencia, Derrida, propone que nada puede ser entendido en tanto es, de un modo aislado, por el contrario, la identidad de cada signo depende de la relación con lo que no es, de la relación con la cadena de signos en que se encuentra. Por lo tanto, su significado no es en sí, sino en relación, siempre está diferido, queda establecido como huella, nunca presente, unido a otros signos. De este modo, la noción de “différance” implica la idea de diferencia, establecida en relación a otro, y la de diferir, en el tiempo.

Por otra parte, la noción de esencia, característica del pensamiento occidental, es entendida como verdad, como centro. Este centro, auténtico, original, provoca la

marginación de lo diferente, que es desvalorizado como lo otro; se generan los opuestos binarios, donde queda establecido el centro -que instaura las reglas- y el otro marginal -que debe acatarlas. La deconstrucción¹ (propuesta por Derrida) aparece como una práctica de subvertir el orden jerárquico de centro y margen, mostrando que el elemento marginal también puede ser el central y con el tiempo, que la jerarquía creada también es inestable, desestabilizándose la idea misma de jerarquía y apareciendo el tránsito continuo entre las partes.

Las nociones descritas anteriormente desestabilizan el orden jerárquico que establece un centro esencial y genera como consecuencia inevitable, el par de opuestos binarios marcados por la desigualdad en un sistema de poder. Cuestionar un núcleo sólido y todo su mundo estructurado rígidamente a su alrededor, quiebra la idea de verdad inmutable y trascendente. Pero la destrucción inevitable es desplazada por nuevas y continuas construcciones, ya sea en un eterno juego de deconstrucciones –que finalmente llevan a comprender la fluidez de las verdades, que no por eso son menos verdaderas- ya sea en nuevas formas propuestas para existir. Al respecto, Deleuze y Guattari, proponen la figura del rizoma -concepto que proviene de la botánica y se caracteriza por ser un conjunto de tallos subterráneos que generan múltiples ramificaciones en cualquier dirección, desapareciendo cualquier posibilidad de núcleo de origen. En oposición, se encuentra la noción de árbol, donde las ramificaciones se generan a través de formaciones duales y en dirección vertical, remitiéndose siempre a un centro, a un único origen; los “...sistemas arborescentes son sistemas jerárquicos que implican centros de significancia y de subjetivación, autómatas centrales como memorias organizadas. Corresponden a modelos en los que un elemento sólo recibe informaciones de una unidad superior y una afectación subjetiva de uniones preestablecidas” (Deleuze, G. y Guattari, F. 2003: 37). Con la noción de rizoma, la jerarquía es desplazada. Jerarquía tanto de lo de arriba y lo de abajo, de lo más y menos importante, como la de lo primero y lo último, comienzo y fin; cualquier punto sirve como principio, porque ninguno lo es; el rizoma tiene múltiples entradas. “Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, intermezzo. El árbol es filiación, pero el rizoma tiene como tejido la conjunción “y... y... y...”. En esta conjunción hay fuerza suficiente para sacudir y desenraizar el verbo

¹ Deconstruir implica “... desestructurar o descomponer, incluso dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un determinado sistema o de una secuencia histórica; también des-sedimentar los estratos de sentido que ocultan la constitución genética de un proceso signifiante bajo la objetividad constituida y, en suma, solicitar o inquietar, haciendo temblar su suelo, la herencia no-pensada de la tradición metafísica” (Peñalver, P. 1989: 17).

ser” (Deleuze, G. y Guattari, F. 2003: 57). En este sentido, hasta una raíz arborescente puede servir como entrada para un rizoma.

Todas las figuras y propuestas destacan de uno u otro modo que la multiplicidad va más allá de cualquier oposición binaria y rompe el movimiento dialéctico, la estructura jerárquica, la hegemonía signifiante. Sin embargo estos planteamientos reconocen la fuerza de la reproducción binaria y por lo tanto jerárquica, centrada, ordenada... y ordenada. El deseo, como fuerza que reafirma la vida por sí misma, sólo logra desplazarse en movimientos rizomáticos, la estructura arborescente detiene su tránsito y no le permite existir. Estructura que insiste en absorber las diversas expresiones que se escapan a su realidad jerárquica y dual, capturándolas y tiñéndolas de sí. Es en este sentido, que la estructura arborescente funciona como calco y no como mapa. Como calco, como foto, que reproduce según sus propios criterios, que pretendiendo observar, produce o reproduce, representa y cristaliza a partir de una estructura mayor. Y no como mapa, que implica -en un devenir rizomático- construcción y no reproducción, experimentación, apertura que permite el deslizamiento y conexión constante. El calco “ha organizado, estabilizado, neutralizado las multiplicidades según sus propios ejes de significación. Ha generado, estructuralizado el rizoma, y, cuando cree reproducir otra cosa, ya sólo se reproduce a sí mismo. Por eso es tan peligroso. Inyecta redundancias, y las propaga. El calco sólo reproduce los puntos muertos, los bloqueos, los embriones de pivote o los puntos de estructuración del rizoma” (Deleuze y Guattari, 2003: 31).

4. EL CUERPO

4.1. Desde la historia

Durante el siglo XVIII comienzan a surgir, respecto al sexo, cuatro conjuntos estratégicos como objetos favoritos del saber-poder; la histerización del cuerpo de la mujer, la pedagogización del sexo en el niño, la socialización de las conductas procreadoras y la psiquiatrización del placer perverso, marcando el sexo en cada persona. La histerización del cuerpo, anuda irrevocablemente el cuerpo de la mujer a la sexualidad, consistiendo en un “... triple proceso según el cual el cuerpo de la mujer fue analizado –calificado y descalificado- como cuerpo integralmente saturado de sexualidad; según el cual ese

cuerpo fue integrado, bajo el efecto de una patología que le sería intrínseca, al campo de las prácticas médicas; según el cual, por último, fue puesto en comunicación orgánica con el cuerpo social (cuya fecundidad regulada debe asegurar), el espacio familiar (del que debe ser un elemento sustancial y funcional) y la vida de los niños (que produce y debe garantizar, por una responsabilidad biológico-moral que dura todo el tiempo de la educación): la Madre, con su imagen negativa que es la “mujer nerviosa”, constituye la forma más visible de esta histerización” (Foucault, M. 2002: 127). El cuerpo de la mujer, sobresexualizado y patologizado, se amolda para poder cumplir la función que le corresponde en el engranaje social, ocupando el lugar indicado en la familia burguesa.

La medicalización de la sexualidad y del cuerpo sexuado de la mujer dicta las pautas de lo valorado, lo despreciado y lo prohibido. Es así que, la percepción de la anatomía sexual, así como la importancia otorgada a diversas partes del cuerpo, están teñidas por las marcas culturales de cada época. Respecto al cuerpo de la mujer, un órgano central ha sido materia de diversas teorías: “La historia del clítoris es parte de la historia de la diferencia sexual y de la socialización de los placeres del cuerpo” (Laqueur, T. 1991: 92). Esta historia siguió más o menos un mismo camino, presentando un giro recién hacia el 1900, desde Freud. Antes de esa época, existe, de algún modo, un único sexo, donde la anatomía sexual femenina es el opuesto, el reverso de la masculina. De este modo, así como el hombre posee un pene, la mujer posee vagina, entendida anatómicamente como el reverso del primero. Y además, así como el pene es el órgano que genera placer en el hombre, el clítoris es concebido como un símil en esta función en la mujer. La existencia de la vagina –propiamente femenina- y del clítoris –analogado a lo masculino- no genera dudas o contradicciones para teorizar respecto a formas y funciones sexuales en hombres y mujeres. “Esta explicación de la diferencia sexual, aunque tan falocéntrica como la de Freud, no presentaba un interior femenino auténtico, sino un desplazamiento de los órganos masculinos hacia dentro, hacia un lugar más resguardado, como si el escroto y el pene adoptasen forma de útero y vagina para protegerse del frío” (Laqueur, T. 1991: 94).

Freud incorpora la diferenciación de los orgasmos femeninos, marcando uno como infantil y el otro como la puerta de entrada a la sexualidad adulta y a la posición de mujer. La diferencia entre ambos radica en la centralidad que ocupe el placer sexual relacionado con el clítoris o con la vagina, respectivamente. La otra diferencia estriba en que el primer placer no implica la sexualidad reproductora, el segundo sí. La niña se convierte en mujer,

mediante el proceso de represión de la libido manifestada en su sexualidad clitoridea, considerada masculina, en oposición a los niños, los que durante la pubertad tienen un acceso de libido. Su sensibilidad erógena pasa del clítoris a la vagina. De este modo, la "... vida sexual de la mujer se divide siempre en dos fases, la primera de las cuales es de carácter masculino, mientras que sólo la segunda es específicamente femenina" (Freud, S. 1931: 3079). O en otras palabras, la "... sociedad se adueña del cuerpo bisexual de la niña para obligar a las energías eróticas a salir de su sede fálica infantil, donde los nervios garantizan el placer, y a entrar en la vagina, donde no lo hacen" (Laqueur, T. 1991: 122).

Por otra parte, las prácticas realizadas a partir del placer clitorideo, están significadas históricamente. Así, en el siglo XIX, el problema social respecto al clítoris tiene relación con la lascivia y el abuso que se hace del placer que otorga, igual que el pene en el caso de los hombres. De este modo, puede llevar a la masturbación en soledad o en compañía de otras mujeres, o también, a una práctica sexual desmedida con hombres; todo lo que es percibido como que atenta contra el orden social. Al respecto, el "... lesbianismo y la homosexualidad como categorías no podían existir antes de la creación del hombre y la mujer como seres opuestos, entremedias de los cuales quedaba lugar, por tanto, para aquellos cuyo cuerpo (psique o ambos) hacía una elección imposible" (Laqueur, T. 1991: 119). Por lo mismo, el sexo entre mujeres, se percibe como una variante más del sexo entre hombres y mujeres: como la fricción de dos partes iguales, sean éstas el pene, la vagina y/o el clítoris.

Las características corporales son continuamente naturalizadas para así ser establecidas como un fundamento incuestionable de lo que uno puede ser –en relación no sólo con el mundo, sino que también con uno mismo. Foucault plantea (Turner, B. 1989) la cuestión de la ideología y de los efectos de poder en el sujeto humano, no sólo como conciencia pura, sino que en tanto cuerpo. De este modo el cuerpo –como objeto privilegiado de los mecanismos de poder²- es producido con el objetivo de ser controlado identificado y reproducido. Las "disciplinas del cuerpo" y las "regulaciones de la población", son los dos modos -relacionados entre sí- en que el poder actúa sobre la materialidad; poder por lo

² Por poder "... hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales" (Foucault, M. 2002: 112).

tanto, productivo. La disciplina (“anátomo-política”) está vinculada a los cuerpos singulares y la regulación (“bio-política”) al cuerpo de la especie, a las poblaciones. Y es la clasificación, como expresión de poder, la que por lo tanto, determina las posibilidades de experiencia, de conocimiento, de significación, de posicionamiento. En este sentido, lo que conocemos, no son los objetos, las cosas en sí, sino más bien los significantes del mundo del devenir (como continuo movimiento que intenta ser objetalizado por el saber, que a través del lenguaje, no sólo nombra, sino que determina).

4.2. Desde un más allá de lo dual

Al ingresar al universo humano el cuerpo es marcado, diseccionado en trozos rígidos y sobre-significados, “... el hombre que goza plenamente de sus derechos y de sus deberes tiene todo el cuerpo marcado bajo un régimen que relaciona sus órganos y su ejercicio con la colectividad (la privatización de los órganos comenzará con “la vergüenza que el hombre siente *ante la vista* del hombre”). Pues es un acto de fundación, mediante el cual el hombre deja de ser un organismo biológico y se convierte en un cuerpo lleno, una tierra, sobre la que sus órganos...” (Deleuze, G. y Guattari, F. 1995: 150) se generan y regeneran según las prescripciones del mundo signifiante –y significable. Sin embargo la violencia de las marcas del cuerpo, la fijeza de la distribución y la determinación de la jerarquía de las partes, depende de la cultura y el modo de significación que opere en ella.

La corporalidad y la sexualidad no son las mismas entendidas desde lo rizomático o desde lo arborescente. “Tampoco es la misma sexualidad: las gramíneas, incluso reuniendo los dos sexos, someten la sexualidad al modelo de la reproducción; el rizoma, por el contrario, es una liberación de la sexualidad, no sólo con relación a la reproducción, sino también con relación a la genitalidad. Entre nosotros el árbol se ha plantado en los cuerpos, ha endurecido y estratificado hasta los sexos. Hemos perdido el rizoma o la hierba” (Deleuze, G. y Guattari, F. 2003: 43). El cuerpo se ha endurecido, secado, perdido los fluidos, estancado en una estructura que no permite ningún tránsito para reconocerse como tal. Este anquilosamiento de la carne, es cuestionado por Deleuze y Guattari, mediante el concepto de cuerpo sin órganos (CsO), tomado de la obra de Antonin Artaud, el que supone la dilución de las formas estables del organismo e implica la circulación de los flujos de deseo, permitiendo el movimiento, tránsito y desplazamiento continuo. “El CsO es lo que queda cuando se ha suprimido todo. Y lo que se suprime es precisamente

el fantasma, el conjunto de significancias y de subjetivaciones” (Deleuze, G. y Guattari, F. 1997:157). El cuerpo sin órganos no está en contra de los órganos, sino de la organización obligada, jerarquizada y predefinida de estos órganos –que impide la experimentación, el devenir y la transformación fluida-, conformando lo que conocemos por organismo –inmutable, con órganos dispuestos en sitios estratégicos y enraizados, sin variaciones posibles, pues cualquiera de éstas provoca su muerte- un organismo arborescente. De este modo, en el cuerpo sin órganos, los órganos se distribuyen independientemente de la forma organismo, pues éste “... no es una proyección; no tiene nada que ver con el cuerpo propio, o con una imagen del cuerpo. Es el cuerpo sin imágenes” (Deleuze, G. y Guattari, F. 1995: 17); sirve como superficie para el registro de todos los procesos de producción del deseo. Por lo tanto, el deseo fluye por el cuerpo y por los órganos, pero no por el organismo.

4.3. Desde el feminismo

El carácter natural atribuido a las premisas culturales, ejemplificado en la premisa freudiana: la fisiología es destino, es cuestionado. El poder ejercido por las instituciones de lo simbólico modela e implanta, mediante creencias y discursos dominantes, las fantasías del cuerpo femenino, las representaciones inconscientes del cuerpo. “Si el cuerpo marca un destino, por la fuerza con que éste se hace presente en la constitución del psiquismo, la diferencia sexual anatómica, marca un destino diferencial profundamente determinado por la significación que el patriarcado le impone a la diferencia sexual y a las posiciones que ambos, varones y mujeres ocupan en el mismo. Existe un cuerpo material, real y existe un discurso -muchos- acerca del cuerpo (acerca de lo que un cuerpo es) que va produciendo un cuerpo singular (...) Explícitos o implícitos estos discursos producen subjetividad” (Carril, E. 2002). El cuerpo y el discurso, entonces, quedan entrelazados. Y más aún, la diferencia sexual anatómica entre hombres y mujeres es vista con los ojos de una cultura específica, hegemónica, de dominación masculina. La cultura, la sociedad y sus instituciones, marcan el destino de quienes nacen en cuerpo de hombre o de mujer. Destino que va más allá de roles, que implica el modo de percibir el mundo, su propia realidad y a si mismos.

En este sentido, aparece como medular la capacidad humana de significar a la naturaleza (Butler, J. 2001); significación que –respecto al cuerpo- se transforma en un acto de

control, es decir, significación y control actúan como una misma operación, pues, el sujeto queda constituido en y a través de formaciones de poder/discurso. De este modo la oposición naturaleza/cultura y cuerpo/discurso se desdibuja, y además esto implica que no hay una cultura que actúa sobre una naturaleza dada, ni un sujeto que actúa a voluntad sobre su cuerpo. Es decir, la naturaleza y el cuerpo sólo pueden ser entendidos y conocidos a través de las posibilidades discursivas que existan en cada momento. Entender el discurso como formativo implica que se pierde la supuesta referencialidad a un cuerpo y que toda referencia a un cuerpo puro conlleva siempre una formación adicional a ese cuerpo³.

Por lo tanto (Butler, J. 2001), no sólo el género puede ser entendido como una construcción simbólica respecto al sexo, sino que éste mismo puede ser construido simbólicamente. El cuerpo, postulado como real (Butler, J. 2002), se sostiene en un imaginario ilusorio, pues el cuerpo al cual se pertenece está siempre atravesado por el signo. Ese cuerpo real queda para siempre perdido. Sin embargo, el cuerpo es postulado como previo a la significación; postulado que genera el efecto de percibir ese cuerpo como primero, como un cuerpo descubierto por la significación y nunca derivado de ella, lo que no considera la indisolubilidad de la materia y la significación. No obstante, el cuerpo no es un medio que se relaciona externamente con determinados factores culturales, sino que es en sí una construcción, que existe en y a través de las marcas del género. La materialidad del cuerpo está vinculada con la performatividad del género, y la categoría -normativa- de sexo ocupa un lugar en esta relación. Es así que el género -como medio discursivo/cultural- conduce a la concepción del sexo como un prediscurso, previo a la cultura. Es decir, el sexo, en tanto naturalizado, permitiría justificar el orden de la cultura hegemónica, pues actuaría como la base "natural" de las divisiones culturales, percibidas como consecuencias. Las diferencias anatómicas percibidas entre hombres y mujeres, serían la causa irrefutable de las divisiones sociales y culturales respecto a las

³ Butler mantiene una visión crítica respecto a la relación entre cultura y naturaleza -así como entre género y sexo- que algunos modelos de construcción del género sostienen, donde la cultura actúa sobre la naturaleza. Si bien, existen tendencias que le otorgan mayor o menor pasividad a la categoría de naturaleza, respecto a la cultura -activa- percibe que la construcción social de lo natural, la construcción de género a partir del sexo, implica la anulación de la categoría de sexo por parte del género. De este modo sostiene que "si el género es la construcción social del sexo y sólo es posible tener acceso a este "sexo" mediante su construcción, luego, aparentemente lo que ocurre es, no sólo que el sexo es absorbido por el género, sino que el "sexo" llega a ser algo semejante a una ficción, tal vez una fantasía, retroactivamente instalada en un sitio prelingüístico al cual no hay acceso directo" (Butler, J. 2002: 22). Aunque asiente que es una ficción necesaria, donde su ausencia haría impensable la vida misma.

posiciones que deben ocupar, sin la posibilidad de ver que la posibilidad de percepción de lo "natural" también está marcada por el discurso, por la cultura.

El "sexo" puede ser entendido como un ideal regulatorio que se materializa obligatoriamente a través del tiempo, es decir, es dinámico, un proceso, y no una condición fija y estática del cuerpo. De este modo, la morfología es entendida como una formación imaginaria, donde es posible sostenerse íntegramente, como una totalidad y donde, los límites corporales aparecen como la tensión misma entre lo psíquico y lo material. El contorno corporal se va moldeando, a través del ingreso al mudo de significación, del discurso hegemónico de cada cultura, es así que la "...idealización del cuerpo como una espacialmente limitada, caracterizada por un control ejercido mediante la mirada, se le presta al cuerpo mismo como su propio autocontrol" (Butler, J. 2002: 122).

Cabe preguntarse entonces a través de qué prácticas se va constituyendo el cuerpo sexuado. El cuerpo que se tiene, se constituye en sus contornos sexuados en condiciones especulares, lo que implica una relación con el exterior y que sugiere que los procesos identificatorios⁴ son necesarios e imprescindibles para la formación de una materialidad sexuada. Es posible pensar que las prácticas identificatorias siempre están gobernadas por determinados esquemas reguladores, los que no son estructuras inmutables, sino que más bien conforman criterios de inteligibilidad, revisables históricamente, que producen los cuerpos valorados. De este modo, las "... normas reguladoras del "sexo" obran de una manera performativa⁵ para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual" (Butler, J. 2002: 18). Es por eso que Butler propone un retorno a la noción de materia, entendido como un proceso de materialización que se estabiliza en el tiempo, produciendo un efecto de frontera, de permanencia y de superficie que es, al fin y al cabo, lo que se entiende por materia. De

⁴ Butler propone entender la identificación no como un proceso consciente que lleva a cabo alguien ya formado, sino más bien como "la pasión por la semejanza, mediante la cual emerge primariamente el yo" (Butler, J. 2002: 35). Un yo entendido como una morfología imaginaria, o como plantea Freud un yo que es "... ante todo un ser corpóreo, y no sólo un ser superficial, sino incluso la proyección de una superficie. El yo se deriva en último término de las sensaciones corporales, principalmente de aquellas producidas en la superficie del cuerpo, por lo que puede considerarse al yo como una proyección mental de dicha superficie y que por lo demás, como ya lo hemos visto, corresponde a la superficie del aparato mental" (Freud, S. 1923: 2709).

⁵ La performatividad "debe entenderse no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra" (Butler, J. 2002: 18).

este modo, en vez de intentar vislumbrar cómo se constituye el género a partir del sexo, lo central pasa a ser mediante cuáles normas reguladoras se materializa el sexo.

Es así que la materialidad (Butler, J. 2002) puede ser entendida como el efecto disimulado del poder, en tanto, se genera en un campo epistémico establecido como un fundamento prediscursivo, que aparece como no cuestionable. De este modo, se forja una verdad indiscutible, en la cual se desarrollan relaciones discurso-materia que quedan invisibilizadas, derivándose una materialidad, en la que queda oculta su cualidad de cosa conformada circunstancialmente mediante el discurso. La formulación misma de la materia queda al servicio de una organización que responde a una matriz generizada, a la negociación de la diferencia sexual, y queda conformada con un carácter de irreductibilidad.

Se comprende, entonces, un esquema corporal no simplemente como una imposición sobre cuerpos ya conformados, sino más bien como parte de un proceso en la generación de los cuerpos generizados; proceso de reiteración regulada que forma una materialidad que aparece como el efecto sedimentador del mismo. Este esquema corporal implica un conjunto específico de criterios de inteligibilidad, que están establecidos a través de una serie de prohibiciones fundadoras, que delimitan la formación de cuerpos viables, de sexo inteligible. Es así, que la prohibición no sólo actúa como límite, sino que como poder formativo en la generación de los cuerpos sexuados. Si las identificaciones necesarias para la generación de un yo corporal, ceñidas por los mandatos de la lógica binaria heterosexista "...no pueden regularse estrictamente, el dominio de lo imaginario en el cual se constituye parcialmente el cuerpo queda marcado por una vacilación constitutiva" (Butler, J. 2002: 141). La sexualidad marcada binariamente, entonces, queda constituida por una compleja cadena significativa, la que además instauro la sexualidad como un sitio en el que constantemente se reconstituyen los cuerpos.

De este modo, en la formación del yo, que es primero un yo corporal, se van delimitando las posibilidades psíquicas y también las anatómicas. Y así como hay límites que marcan lo posible y lo imposible respecto a un yo, los hay específicamente respecto a la constitución del mismo cuerpo, a la significación de éste. De este modo, la carne va siendo moldeada y marcada en zonas, limitada y conformada, por lo que mediante "...frustraciones e interdicciones, esta autoridad hace del cuerpo un territorio con zonas,

orificios, puntos y líneas, superficies y depresiones donde se marca y ejerce el poder arcaico del dominio y del abandono, de la diferenciación de lo propio y lo impropio, de lo posible y lo imposible. “Lógica binaria”, cartografía primaria de ese cuerpo...” (Kristeva, J. 1988: 97); lógica binaria, hombre/mujer: para ser hombre o mujer, en el camino de llegar a serlo, se van encarnando las leyes que marcan lo que cada uno será.

El cuerpo (Butler, J. 2002) deja de ser una masa indiferenciada una vez que se va conformando como tal, con zonas establecidas, con partes que lo fundan como tal. El cuerpo comienza a ser investido libidinalmente –cargado con sensaciones y significaciones. Cada parte es investida libidinalmente, adquiere vida, es erogenizada⁶. Aquella investidura es del orden de lo imaginario, quedando indisolublemente unidos el aspecto corporal y el fantasmático, lo material y lo psíquico. De este modo, la erogenización, es posible en cualquier zona, en cualquier órgano y serán los mandatos culturales los que vayan contorneando determinados cuerpos y proscribiendo otros. De algún modo, son determinadas prohibiciones las que van definiendo los caminos que deben seguir los cuerpos para conformarse como viables. Sin embargo, una prohibición, implica que puede o no ser acatada, aceptada como verdad, por lo que se conforman cuerpos que no acatan el ideal social regulatorio, que no pueden situarse en uno u otro lado de la norma heterosexual (Butler, J. 2002). La prohibición genera diferenciación –obligatoria y heterosexualizante- en la conformación corporal.

A partir de la definición de Lacan del falo como significante privilegiado⁷ y no como un efecto imaginario o como un órgano, Butler plantea que este concepto puede asociarse a una diversidad de órganos. Además propone que la separación eficaz entre el concepto de falo y el de pene, implica un cuestionamiento del falomorfismo y, a la vez, la creación de un imaginario sexual antiheterosexista. Propone el concepto de falo lesbiano, como un recuerdo y a la vez un desplazamiento de la figura masculinista de poder que lo impulsa.

⁶ Freud entiende la erogeneidad como “... la facultad de una parte del cuerpo de enviar a la vida anímica estímulos sexualmente excitantes, y recordamos que la teoría sexual nos ha acostumbrado hace ya mucho tiempo a la idea de que ciertas otras partes del cuerpo –las zonas erógenas- pueden representar a los genitales y comportarse como ellos (...) la erogeneidad como una cualidad general de todos los órganos, pudiendo hablar entonces de la intensificación o la disminución de la misma en una determinada parte del cuerpo” (Freud, S. 1914: 2023).

⁷ El falo es el significante fundamental del inconsciente, que designa en su conjunto los efectos de significado, que afecta a toda significación, en tanto ha sido posicionado en la función de significante (Palmier, J. M. 1971).

El falo lesbiano⁸ sugiere que "... el significante puede llegar a significar *algo más* que lo que indica su posición estructuralmente determinada; en realidad, el significante puede repetirse en contextos y relaciones que llegan a *desplazar* la condición de privilegio de ese significante" (Butler, J. 2002: 141). Todo esto, permite entender la morfología sexual binaria como un lugar de resignificaciones posibles.

5. SEXUALIDAD

5.1. Desde las tecnologías de sexo

La sexualidad (Weeks, J. 1998) es entendida como un producto histórico y social, lo que implica concebirla como el resultado de complejas interacciones sociales, institucionales, culturales y políticas, más que como un producto derivado de una biología común. De este modo, las fuerzas involucradas en la sexualidad son productivas de ésta. La perspectiva de entender los poderes implicados en la conformación de alguna sexualidad como constructivos, productivos y no como represores de algo previamente determinado, permite comprender de un modo más global las complejas tramas que urden el cuerpo sexual, su expresión del deseo y su vivencia del placer. Es así que la sexualidad es entendida no como un hecho dado, sino más bien como un producto de negociación, lucha y acción humanas, en cada sociedad, por lo que las mismas fuerzas que modelan las posibilidades eróticas de los cuerpos no son las mismas en cada sociedad. Así por ejemplo, en el occidente cristiano, se ha establecido un marcado e inalterable dualismo entre la mente y el cuerpo, lo que ha llevado a una configuración cultural que desprecia el cuerpo, en oposición a la mente, pero que al mismo tiempo manifiesta una preocupación obsesiva por él.

La sexualidad como construcción y las relaciones de poder que la posibilitan, quedan así unidas. El poder (Foucault, M. 2002), aparece como una relación que se ejerce y no una sustancia o cosa que se puede poseer. Por lo tanto es un proceso, dinámico, inestable, en donde juegan múltiples estrategias. Centrarse en el poder como proceso relacional de

⁸ El concepto utilizado es falo y no pene lesbiano, pues "...lo que se necesita no es una nueva parte del cuerpo, por decirlo de algún modo, sino desplazar lo simbólico hegemónico de la diferencia sexual (heterosexual) y ofrecer, en una perspectiva crítica, esquemas imaginarios alternativos que permitan constituir sitios de placer erógeno" (Butler, J. 2002: 142).

múltiples instancias y tránsitos, implica dejar de lado el foco en la verdad –como algo sustancial e intemporal- e interesarse por las relaciones discursivas y construcciones culturales que poco a poco van sentenciando cuál es la verdad. El interés de Foucault es comprender los mecanismos históricos que han ido configurando las actuales relaciones de poder y sus efectos en la sexualidad, y no tanto buscar lo esencial de ésta. Esta postura -de historizar- permite comprender el tránsito y transmutación de múltiples categorías, otorgando movimiento a los eventos “verdaderos” que se dan por obvios y naturales en cada cultura. Verdades que suelen aparecer a través de rígidas categorías, enmarcadas en oposiciones binarias. De algún modo, pone en evidencia, y en cuestión, la fijación en objetos (categorías fijas) de diversos procesos (devenires).

Concebir el poder como proceso relacional, implica que se encuentra en cualquier parte, que no es un ente o una fuerza específica y circunscrita que reprime. El poder no es sólo represivo. El poder es productivo, permite condiciones y posibilidades de acción y elección, “... el punto importante será saber en qué formas, a través de qué canales, deslizándose a lo largo de qué discursos llega el poder hasta las conductas más tenues y más individuales, qué caminos le permiten alcanzar las formas infrecuentes o apenas perceptibles del deseo, cómo infiltra y controla el placer cotidiano –todo ello con efectos que pueden ser de rechazo, de bloqueo, de descalificación, pero también de incitación, de intensificación, en suma: las “técnicas polimorfos del poder”.” (Foucault, M. 2002: 19).

De este modo, no existen significados intrínsecos (Weeks, J. 1998) de la sexualidad ni de los cuerpos. Más bien, estas significaciones se basan en una compleja y delicada trama de relaciones, creencias, atribuciones e identidades históricamente construidas. Las posibilidades eróticas, de vínculos, sentimientos y vivencia del placer de los sujetos, por tanto, no surgen de un modo espontáneo, sino que aparecen dentro de los límites posibles que la estructura histórica, social y cultural permite. Es así que existe una trama compleja de prescripciones que regulan el modo de vivir la sexualidad en cada sociedad; toda cultura establece determinadas restricciones respecto al quién y al cómo de la sexualidad; relacionadas con el objeto de deseo permitido y con las prácticas permitidas, respectivamente. Éstos son los contornos que restringen y permiten la vivencia de una sexualidad siempre históricamente construida y por lo tanto sujeta a innumerables fluctuaciones. La sexualidad puede ser entonces, entendida como “una construcción histórica, que reúne una multitud de distintas posibilidades biológicas y mentales -

identidad genérica, diferencias corporales, capacidades reproductivas, necesidades, deseos y fantasías- que no necesariamente deben estar vinculadas, y que en otras culturas no lo han estado. Todos los elementos constitutivos de la sexualidad tienen su origen en el cuerpo o en la mente, y no pretendo negar los límites planteados por la biología o los procesos mentales. Pero las capacidades del cuerpo y la psique adquieren significado sólo en las relaciones sociales” (Weeks, J. 1998: 20).

Las producciones discursivas, parte del engranaje del poder, van delimitando lo que es permitido y no, lo que es posible y no, lo que es pensable y no. De este modo, el discurso respecto al sexualidad está, más en función de las técnicas de poder inherentes a éste, que a una supuesta naturaleza implicada. En nuestra cultura, la práctica de la confesión es el eje por el cual se produce un discurso de verdad sobre el sexo. Su forma en la confesión cristiana sufrió transformación con la aparición de la medicina del siglo XIX, la psiquiatría y la pedagogía, donde queda conformada como una ciencia afirmada en los ritos confesionales y en sus contenidos. A partir del siglo XIX, se desarrolló la *scientia sexualis* -dispositivo en el que una práctica discursiva científica se adosa a una técnica de confesión- que produce la verdad del sexo, considerado el centro del sujeto, y por lo tanto, la verdad del sujeto. Como correlato de esta *scientia sexualis* aparece la noción de sexualidad, la que “... se definió “por naturaleza” como: un dominio penetrable por procesos patológicos, y que por lo tanto exigía intervenciones terapéuticas o de normalización; un campo de significaciones que descifrar; un lugar de procesos ocultos por mecanismos específicos; un foco de relaciones causales indefinidas, una palabra oscura que hay que desemboscar y, a la vez, escuchar” (Foucault, M. 2002: 86). Así, el sexo queda situado en los ámbitos del sistema de saber y no sólo en la economía del placer; la verdad queda regulada. Esta creada “sexualidad” –inmersa en el campo de relaciones de poder- es, más que una entidad en sí, un fruto de un saber discursivo – “*scientia sexualis*”- y a la vez, es el mismo medio que permite sostenerla como verdad.

Conjuntamente, a partir de las relaciones de sexo (Foucault, M. 2002) y en todas las sociedades, ha surgido un dispositivo de alianza –sistema de matrimonio, desarrollo de parentesco y traspaso del nombre y de bienes. A partir del siglo XVIII, en las sociedades occidentales, se ha generado un nuevo y muy distinto dispositivo desde las relaciones de sexo: el dispositivo de sexualidad; que ha desplazado en importancia al anterior, aunque no lo ha excluido. El primero está dirigido al equilibrio y perpetuación del cuerpo social,

con la reproducción como parte central, por lo tanto con una estrecha unión con el derecho. El segundo en cambio, olvidándose de la reproducción, se enfoca en ingresar a los mismos cuerpos, innovando, creando, de modo de generar un control en la población a un nivel total. El dispositivo de alianza y el de sexualidad quedan unidos en la familia, que en medio de la ley que instaura, ancla el papel de la sexualidad en sus integrantes. El incesto refleja tal unión. “La garantía de que en el fondo de la sexualidad de cada cual iba a reaparecer la relación padres-hijos, permitía mantener la sujeción con alfileres del dispositivo de sexualidad sobre el sistema de la alianza en el momento en que todo parecía indicar el proceso inverso. No había ningún riesgo de que la sexualidad apareciese, por naturaleza, extraña a la ley: no se constituía sino gracias a ésta” (Foucault, M. 2002: 138).

De este modo, la sexualidad no puede ser vista como reprimida por las formas modernas de sociedad, sino más bien entendida desde su inmersión en nuevos dispositivos de poder, los que han generado una intensificación del cuerpo, un desvanecimiento de la importancia de la reproducción y su ingreso como componente importante de las relaciones de poder y como objeto posible de saber. La sexualidad es “... el conjunto de los efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por cierto dispositivo dependiente de una tecnología política compleja...” (Foucault, M. 2002: 154). La sexualidad no es algo dado por la naturaleza que se intenta capturar –a través del saber o el poder- sino más bien, un dispositivo histórico, una trama de múltiples relaciones, un urdido entre la intensificación de los placeres, la estimulación de los cuerpos, la generación de conocimientos y discursos, la insistencia de los controles, pero también de las resistencias.

5.2. Desde el género

El cuestionamiento de la sexualidad realizado por las posturas anteriormente citadas, no incluye, sin embargo, la importancia de la perspectiva de género (De Lauretis, T. 1986). Las teorías que evidencian y cuestionan las tecnologías del sexo, dejan a un lado al género y consideran que la sexualidad es una sola, masculina. Así, por ejemplo, el cuestionamiento a la tecnología del sexo realizado por Foucault, no considera las imposiciones diferenciadas y contradictorias que el dispositivo imparte a hombres y a mujeres. Por lo tanto, dichas posturas niegan las relaciones sociales de género y,

además, actúan, sin querer, a favor de una ideología de dominación masculina. La noción de tecnología, sin embargo, es muy útil para comprender la adquisición necesaria de un género por parte de un sujeto para ser tal, pues el género, en tanto implica una representación y una autorrepresentación, es el fruto de múltiples tecnologías sociales, aparatos tecnosociales o biomédicos⁹.

Considerar las imposiciones diferenciadas que se hacen a hombre y mujeres, permite comprender que la "...subjektividad y la experiencia¹⁰ femeninas se encuentran necesariamente entretejidas en una relación específica con la sexualidad" (De Lauretis, T. 1986: 260). Así por ejemplo, diversas tecnologías de género (De Lauretis, T. 1986), como el cine, discursos estéticos y filosóficos, se basan en, y erigen, la representación del cuerpo femenino como sitio privilegiado de la sexualidad y el placer visual, construyendo a la mujer como imagen, como objeto de deseo y contemplación. Por lo tanto, el dispositivo de sexualidad opera de una forma específica en las mujeres, produciéndolas en cuerpos y posiciones determinadas y diferenciadas respecto a los hombres.

De este modo, el sujeto de "sexo/género/deseo", se constituye en -y reafirma- la matriz heterosexual obligatoria, donde la sexualidad de la mujer queda reducida a la reproducción, en un sistema hegemónico masculino. Por lo tanto, "... la "unidad" del género es el efecto de una práctica reguladora que procura hacer uniforme la identidad de género mediante una heterosexualidad obligatoria" (Butler, J. 2001: 65). Así, el dar por supuesto un sistema binario de géneros implica, de un modo implícito, una relación "mimética" entre género y sexo -donde el género está restringido al sexo. Sin embargo, es el género el que -como construcción cultural- sitúa al sexo en una dimensión prediscursiva, lo que a su vez, asegura la estabilidad del marco binario del sexo.

La performatividad en la construcción sexual (Butler, J. 2002), implica una repetición marcada por la restricción, que define constantemente a un sujeto como tal. De este modo, las normas, la ley, más allá de restringir la sexualidad, la generan. Así mismo, todo yo debe ocupar un lugar definido sexualmente en un lenguaje en el que la diferenciación

⁹ Así, por tecnología del género se entiende a "las técnicas y estrategias discursivas a través de las cuales se construye el género" (De Lauretis, T. 1986: 275). El cine, la narrativa y la teoría –social, estética, filosófica- son entre otras, tecnologías del género.

¹⁰ Experiencia: proceso mediante el cual, en el caso de los seres sociales, se construye la subjetividad y por lo tanto se es situado en la realidad social. Esta constelación o configuración de efectos de significado está en continuo desplazamiento y reforma en cada sujeto.

sexual es un imperativo. Así, asumir un sexo en el esquema binario, implica algún tipo de identificación¹¹, por lo tanto, está marcada por la restricción y por la amenaza (imaginaria) de un castigo. Las restricciones implican la amenaza de algún castigo, que en el esquema edípico sería la castración. Sin embargo, asumir la posición femenina, implica de algún modo la figura que representa el castigo de la castración (Butler, J. 2002). La posición femenina, desde esta perspectiva queda desvalorizada y valorizada en función de la masculina –central-; “... en este sentido la sexualidad asume efectivamente una forma masculina y una forma femenina, a pesar de que en el marco mental patriarcal o androcéntrico la forma femenina sea pensada como mera proyección de la masculina, como su opuesto complementario, como su extrapolación¹²...” (De Lauretis, T. 1986: 252). Las posiciones sexuadas, en el marco de una heterosexualidad normativa, se asumen a través de una identificación, pero además, a través del repudio y la abyección de la homosexualidad, regulando la sexualidad a través de la vigilancia y la humillación del género. La lógica del repudio sugiere como fenómenos mutuamente excluyentes a la heterosexualidad y la homosexualidad. “Con todo, la lógica de repudio que gobierna esta heterosexualidad normalizada es una lógica que también gobierna una cantidad de otras “posiciones sexuadas”. La lógica excluyente no es un monopolio exclusivo de la heterosexualidad. En realidad, esa misma lógica puede caracterizar y sustentar las posiciones de identidad lesbiana y gay que se constituyen a través de la producción y el repudio del Otro heterosexual; esta lógica se reitera en la incapacidad de reconocer la bisexualidad así como en la interpretación normalizadora de la bisexualidad como una especie de deslealtad o falta de compromiso: dos crueles estrategias de supresión” (Butler, J. 2002: 169). De este modo, “...lo que se excluye de la figuración binaria de

¹¹ “Entendida como un esfuerzo fantasmático sujeto a la lógica de iterabilidad, una identificación siempre se produce en relación con una ley o, más específicamente, con una prohibición que se ejerce mediante una amenaza de castigo”. (Butler, J. 2002: 160).

¹² De Lauretis propone que “... para poder imaginar al género (a hombres y a mujeres) de manera distinta, y para (re)construirlo en términos diferentes a los que impone el contrato patriarcal, es preciso salirnos del marco androcéntrico de referencia en donde el género y la sexualidad son (re)producidos por el discurso de la sexualidad masculina...” (De Lauretis, T. 1986: 258.). De una manera similar, Butler plantea que, desde los comienzos de la metafísica occidental, en el Timeo, Platón realiza una digresión sobre los conceptos forma y materia asociándolos a lo masculino y femenino respectivamente. Destacando a lo masculino como lo penetrador impenetrable y lo femenino como lo invariablemente penetrado. Habiendo al mismo tiempo, prohibición de semejanza, se establece que las posiciones de ambos son mutuamente excluyentes, aunque complementarias. Se podría interpretar que la fantasmática de la matriz heterosexual pareciera estar invariablemente atravesada por este concepto. Cabe preguntarse entonces, cuáles serían las consecuencias en las posiciones generizadas de una “ella” y de un “él”, si no cumplen los mandatos de ser lo invariablemente penetrado y lo penetrador impenetrable, respectivamente. A lo menos quedaría cuestionada la estabilidad de la matriz heterosexual (Butler, J. 2002).

heterosexualidad normalizada y homosexualidad abyecta (la homosexualidad masculina feminizada y la homosexualidad femenina masculinizada) es toda la gama de disconformidades identificadoras” (Butler, J. 2002: 157). Y como la identificación puede ser entendida como la escenificación fantasmática de un evento, como la estructuración de un yo gracias a la presencia necesaria de otro, ésta nunca se consolida totalmente, siempre está sujeta a una reconstitución, abriendo posibilidades de resignificaciones continuas.

5.3. Desde el feminismo lesbiano

En el marco de la heteronormatividad surgen propuestas lesbianas más radicales. La insistencia en una crítica política del sexo (Jeffreys, S. 1996), aparece como una necesidad, aun cuando se ha considerado mayoritariamente tabú. Así, el análisis político realizado a diversas temáticas sociales no es considerado moralista, lo que sí ocurre en el caso de la sexualidad. Sin embargo, la sexualidad sí debe ser, como los otros campos de la vida humana, sujeta a un juicio político. Desde esta posición, la categoría de sexo pasa a ser el fruto de la sociedad heterosexual. Sociedad que divide en dos a la población, manteniendo a un sector, las mujeres, como objetos disponibles sexualmente para el otro, los hombres. Las mujeres, de este modo, quedan visibilizadas como objetos de deseo para los hombres e invisibilizadas como sujetos. El placer para ellas queda indisolublemente ligado a la subordinación erotizada. Subordinación de las mujeres y dominación de los hombres conforman el lazo del deseo heterosexual.

Heteronormatividad que atraviesa el lenguaje. El lenguaje nombra y como nombre, marca. El lenguaje está atravesado por la división de género, atravesando a cada persona al ser nombrada. Por lo mismo, desarmar en parte el lenguaje que marca, es desarmar la rigidez con que se nombra y se percibe el mundo. Así como las mujeres (Wittig, M. 1998) están marcadas por el género en el lenguaje, lo están como sexo en la sociedad. Esto implica que tal marca en el lenguaje, es única, pues hace referencia, como símbolo léxico, a un grupo oprimido. Es decir, a medida que nombra, posiciona por obligatoriedad en uno u otro lado, en el de arriba o el de abajo. Por lo tanto, modificar el lenguaje respecto al género y su marca jerárquica implica una reorganización estructural de aspectos que se escapan por lejos a un simple nombramiento, transformando la realidad. Para esto es

necesario que los cambios en el lenguaje vayan acompañados de cambios en filosofía, política y economía, pues palabra y hecho, símbolo y materialidad, están entrelazados.

Por otra parte, considerando que las mujeres son (Rich, A. 1980), por lo general, el vínculo primero tanto para hombres como para mujeres, es posible preguntarse el por qué existen direccionamientos tan definidos y restringidos para las posibilidades de existencia de vínculos de afecto y erotismo en las mujeres, resultando en la lealtad emocional, erótica y en la subordinación de las mujeres hacia los hombres: la heterosexualidad obligatoria. La dominación masculina perpetúa la heterosexualidad compulsiva, a través de diversos mecanismos impuestos a las mujeres, tales como, control del trabajo y recursos por parte de los hombres, de los hijos, de la sexualidad, del desplazamiento y del acceso al conocimiento. Es necesario poder ver la heterosexualidad como una institución, en la que confluyen múltiples fuerzas, para poder cuestionar su carácter de natural, es decir, de obligatoria y para comprender aspectos que han quedado fuera de la historia por su interpretación.

Mientras que la institución de la heterosexualidad normativa opera mediante complejos mecanismos de poder, los discursos (Wittig, M. 1978) que oprimen, se muestran como apolíticos mientras prescriben y proscriben lo posible dentro de límites totalmente establecidos y nunca pronunciados. Estos discursos, totalitarios, suponen una verdad que funda toda sociedad, la heterosexualidad. Existir a través y en tales discursos implica la imposibilidad de hablar en términos que no sean los suyos, de crear nuevas categorías, de pensar y pensarse de un modo, a través de lenguajes que no sean los oficiales y permitidos. Lo diferente pasa a ser desvalorizado y excluido. De este modo, la opresión que ejercen los discursos es material, pues permiten las posibilidades o imposibilidades de existencia. Las categorías utilizadas en política, filosofía, ciencias sociales, aunque cuestionadas, continúan actuando como fundamento inamovible del pensamiento; de un pensamiento también inamovible, que genera teorías, ideas, modos de percibir el mundo y disciplinas que lo regulan: la mente hétero. Mente hétero que marca la obligatoriedad de la relación social entre un hombre y una mujer, la relación heterosexual y que produce la diferencia entre los sexos como un dogma político y filosófico. Estos conceptos, como mujer, hombre, sexo, diferencia, se basan en supuestos asumidos y propagados como verdad, a partir de la mente hétero, la que efectúa una interpretación totalizadora de la realidad social, de la cultura, de la historia, del lenguaje y de los fenómenos subjetivos. Y

por lo mismo, se torna imposible la concepción de una cultura en la que la heterosexualidad no ordene todas las relaciones humanas, así como la producción de categorías e incluso los modos de percibir la realidad. La homosexualidad, entonces, sólo puede ser pensada como otra heterosexualidad.

Desde esta perspectiva, en el sistema heteronormativo y de dominación masculina, surgen algunos cambios respecto a la sexualidad, valorados como positivos para las mujeres, sin embargo son sólo un paso más de subordinación a la dominación masculina. Así por ejemplo, (Jeffreys, S. 1996) los cambios en la sexualidad, producidos en los años 80, que son percibidos por muchos como un paso en la liberación y la apropiación del placer por parte de las mujeres, son al contrario, concebidos como arreglos de fuerzas de la dominación masculina, como ajustes en las técnicas de control. De este modo, esta supuesta recuperación de un placer antes prohibido, más bien marca el reclutamiento de las mujeres para el coito, así como la erotización de su propia subordinación.

Igualmente sucede con la sexualidad lesbiana. Durante los años ochenta, las lesbianas (Jeffreys, S. 1996) trazan su propia sexualidad, la que se escapa de la heteronormativización, generando una sexualidad alternativa no centrada en el dominio y sumisión, sin la prescripción de erotización de la propia subordinación. Representando no sólo una alternativa, sino también un cuestionamiento y desestabilización para el orden de la dominación masculina. Sin embargo, la revolución sexual lesbiana experimentada también en los años ochenta, significa su captura por el modelo del liberalismo y la dominación masculina: la erotización de la subordinación de las mujeres, aspecto crucial para el sistema de supremacía masculina, ingresado a las esferas de la sexualidad lesbiana. La industria del sexo ha llevado al área lesbiana la mercantilización de la subordinación erotizada de las mujeres y hace aparecer este aspecto de la dominación masculina como revolucionario para las lesbianas y como fuente de un nuevo placer. Las lesbianas pueden entonces acceder a productos antes privativos de los hombres, pero marcados por las técnicas de la dominación masculina, provocando una falsa liberación.

Frente a la dominación masculina y heteronormatividad, aparece la propuesta de un continuo lesbiano (Rich, A. 1980), que comprende las experiencias identificadas con la mujer en la existencia de cada mujer y de las mujeres en la historia, más allá de una experiencia sexual genital entre dos mujeres. Asimismo, la noción de existencia lesbiana,

implica la ruptura de un tabú, el rechazo de un modo de vida obligatorio y un ataque al derecho masculino de acceso a las mujeres; apareciendo una significación constante y fluida de tal existencia, y develando la presencia histórica de las lesbianas. Tal presencia ha sido encubierta en su existencia política al considerar la existencia lesbiana como la versión femenina de la homosexualidad masculina. Si bien comparten el hecho de ser sexualidades marginadas, las vivencias son diferentes. La heterosexualidad obligatoria y la consecuente invisibilización de la pasión de la mujer por la mujer y de la posibilidad de una construcción de vida en conjunto han restado enormemente poder a las mujeres para poder modificar las relaciones sociales entre los sexos. Desde esta perspectiva, por lo tanto, la elección afectiva y erótica de una mujer por una mujer, es un acto político en una sociedad marcada y sellada por la heterosexualidad obligatoria y por la dominación masculina, expandiendo los límites de posibilidad de la existencia y vinculación humana.

La heteronormatividad se basa en la diferenciación jerárquica marcada por el sexo. Así mismo, la mente hétero (Wittig, M. 1978) cuyo poder se basa en el pensamiento basado en la dominación, apoya sus bases en el concepto de diferente/otro, pero de un diferente que es dominado. De este modo, una vez construida la diferencia, es controlada como un acto de poder, que básicamente es un acto normativo; pues cuando lo diferente es lo otro y lo dominado, se intenta demostrar que no se es lo otro, que no se es diferente. El concepto de diferencia, encubre la situación histórica de dominación. La diferencia entre los sexos, marca como diferentes/otras –dominadas– a las mujeres. Es por esto que el concepto de mujer sólo puede ser concebido en relación al de hombre en una relación heterosexual –donde la mujer es lo diferente/otro dominado; no es posible pensar, entonces, a una lesbiana como mujer. Se torna necesario el repensar nuevas categorías para realidades que no pueden ser nombradas por la mente hétero sin asimilarlas a su propia realidad, “Porque las herramientas del amo nunca desarmarán la casa del amo” (Lorde, A. 1979). Así pues, “...sería incorrecto decir que las lesbianas nos relacionamos, hacemos el amor o vivimos con mujeres, porque el término "mujer" tiene sentido sólo en los sistemas económicos y de pensamiento heterosexuales. Las lesbianas no somos mujeres (como no lo es tampoco ninguna mujer que no esté en relación de dependencia personal con un hombre)” (Wittig, M. 1978).

6. SUJECIÓN GENERIZADA

6.1 El poder

El poder, al ser productivo, construye sujetos, los moldea. Los sujetos no son creados y luego limitados por las marcas de un poder externo, sino más bien, son creados en, gracias y según los límites de posibilidad, impuestos por el poder, por un poder constitutivo; "... no habría que imaginar que el deseo está reprimido, por la buena razón de que la ley es constitutiva del deseo y de la carencia que lo insta. La relación de poder ya estaría allí donde está el deseo: ilusorio, pues, denunciarla en una represión que se ejercería *a posteriori* pero, también, vanidoso partir a la busca de un deseo al margen del poder" (Foucault, M. 2002: 100). La disciplina es parte de la formación de los sujetos; la normalización no es impuesta desde un afuera, sino que es un ingrediente fundamental y fundador de los sujetos creados en las relaciones de poder, ya está instalada en las bases mismas de los sujetos. El poder es disciplinario y no ya de control, funciona mediante la técnica, la normalización y la autovigilancia. De este modo, el poder actúa como productor de diversas sexualidades, quedando en distintas posiciones de valor los individuos que practiquen una u otras; quedando en una mejor posición aquellos cuyas prácticas se incluyan en los estándares de la normalización; quedando en un lugar más marginal aquellos que no.

La condición para que el poder pueda ser tolerado (Foucault, M. 2002) y para su éxito, es que quede encubierta una importante porción de sí; el poder como represión es tolerado, el poder como producción, no; el poder como demarcación de límites, como frontera de la libertad humana, previa a éste, es la marca –y el velo- necesarios para su aceptabilidad.

Además, el poder (Butler, J. 2002) es entendido como una producción obligada y reiterada, que funciona a través de la forclusión de efectos, la producción de un exterior, de un lugar ininteligible e inhabitable, que precisamente marca las fronteras de lo permitido y de lo que será entendido como una existencia significable. De este modo, existen determinadas normas reguladoras que forjan un sujeto sexuado, es decir, moldean un sujeto, en donde la formación psíquica es indistinguible de la formación corporal.

6.2 Matriz de sexo-género

El género (Lauretis, T de. 1986) no es una sustancia, sino más bien un proceso; un proceso normativo que regula la producción de sujetos dentro de los límites establecidos, produciendo las categorías mismas que pretende explicar. Por lo tanto, el género es el producto, pero también es el mismo proceso de su representación.

De este modo, el género (De Lauretis, T. 1986) más que representar a un individuo, representa a una relación social. Posiciona una entidad dentro de una clase y frente a otras clases ya construidas. En este sentido, es una relación de pertenencia. Es decir, el género representa a un sujeto perteneciente a una clase¹³. Este sistema de "... sexogénero es una construcción sociocultural y es, también, un aparato semiótico. Es un sistema de representación que asigna significado (identidad, valor, prestigio, ubicación en la estructura de parentesco, estatus en la jerarquía social, etcétera) a los individuos dentro de la sociedad" (De Lauretis, T. 1986: 238). Es una estructura simbólica que hace una rígida distinción entre dos sexos biológicos y que designa la relación social que preexiste al sujeto que será generizado; es una tecnología que produce a un sujeto –hombre o mujer- por lo tanto, el sujeto es un fruto del proceso específico entre el proceso de poder y conocimiento.

En este sistema, el género (Butler, J. 2002) se construye a través de las restricciones normativas producidas en las relaciones de poder, las que producen y a la vez regulan a los seres corporales. Las prácticas normadas se repiten compulsiva y ritualizadamente, de modo que producen y estabilizan los efectos del género, pero además afectan a la misma materialidad del sexo. Para poder operar, las normas de género, además de la reiteración compulsiva, necesitan de la instalación de ideales específicos respecto a la masculinidad y la femineidad, los que están atados a la idealización del vínculo heterosexual. "En este sentido, la performativa inicial: "¡Es una niña!" anticipa la eventual llegada de la sanción, "Os declaro marido y mujer". (Butler, J. 2002: 325). Las normas de género, obligan a adquirir determinadas características para poder ser reconocido; obligan a citar normas específicas para poder ser el sujeto debido, un sujeto reconocido, un sujeto nombrado.

¹³ La noción de clase es usada en esta perspectiva como "un grupo de individuos vinculados entre sí por determinaciones e intereses sociales comunes –incluyendo especialmente a la ideología, que no se eligen libremente ni se imponen arbitrariamente" (De Lauretis, T. 1986: 237).

6.3. El nombre

El nombre (Derrida, J. 1984) es siempre un nombre muerto, lo vivo es el portador, que no es el nombre. Lo vivo, queda fuera de cualquier atribución. El nombre nunca es el portador. Lo nombrado no es el nombre. Pero si no es nombrado no puede existir. De algún modo, el nombre da la vida –aunque esté muerto- a lo que ya vive.

El nombre (Butler, J. 2002), instala la marca de la diferenciación sexual, del género y también del parentesco. De este modo, el nombrar, el denominar, no sólo opera como una manera de establecer una frontera, sino también como una forma de inculcar repetidamente una norma, la que termina por hacerse carne en ese cuerpo. El nombre delimita y crea una forma dentro de los límites de inteligibilidad, confiere estabilidad y sentido de permanencia.

El nombre es dado por otro y si es elegido, lo es dentro de los límites de posibilidad que brinda el sistema hegemónico. El nombre es un sitio privilegiado de acción de los elementos de poder, es una marca del sistema de dominación. “En nuestro mundo, divide y conquistarás debe convertirse en define y te apoderarás” (Lorde, A. 1979: 92).

6.4. La identidad

La idea de historicidad del cuerpo (Lamas, M. 1995) -propuesta por Foucault- muestra el modo a través del cual la conducta sexual se establece como identidad, lo que revela la contingencia histórica de la identidad sexual, por lo tanto, queda en evidencia su cualidad de construcción cultural que proporciona las bases para un sentimiento común de identificación y pertenencia. De este modo, la sexualidad es clave para definir alguna identidad, la marca; el sexo define lo humano, así, “... bajo la gran serie de las oposiciones binarias (cuerpo-alma, carne-espíritu, instinto-razón, pulsiones-conciencia) que parecían reducir y remitir el sexo a una pura mecánica sin razón, Occidente ha logrado no sólo –no tanto- anexas el sexo a un campo de racionalidad (lo que no sería nada notable, habituados como estamos, desde los griegos, a tales “conquistadas”), sino hacernos pasar casi por entero –nosotros, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra individualidad, nuestra historia- bajo el signo de una lógica de la concupiscencia y el

deseo. Tal lógica nos sirve de clave universal cuando se trata de saber quiénes somos” (Foucault, M. 2002: 96).

De este modo, el sujeto (Butler, J. 2001) queda constituido en y a través de formaciones de poder/discurso. El yo¹⁴ no se ubica, como una sustancia anterior o posterior al proceso de generización, sino que surge en la matriz heteronormativa y como la misma matriz; como yo debe estar generizado, para poder ser tal. Por lo mismo, las categorías identitarias nunca son puramente descriptivas, siempre son normativas y por lo tanto, excluyentes –produciendo un adentro conocido y un afuera abyecto; tienden a ser instrumentos de regímenes regulativos, con una función normalizadora en un régimen opresivo, o con una función de punto de reunión para una liberación de la opresión de un régimen. Es decir, actúan inevitablemente como un tope, pues lo que nombra, lo define, circunscribe y controla a la vez. La identidad así queda objetalizada, convertida en un objeto aprehensible –a través del y gracias al nombre- y por lo tanto, los usos instrumentales de identidad pueden convertirse en un imperativo de regulación.

Sin embargo, la identidad (Butler, J. 2002) no es algo fijo, sino móvil y desplazable, aunque no a voluntad, en el sentido de voluntad consciente, pues no se trata que el sujeto pueda decidir sobre su género, ya que éste es una parte que lo determina a él. De este modo, la identidad dice de un proceso que no puede ser entendido como puro sujeto o puro acto, sino más bien como un proceso de reiteración a través del cual llegan a emerger tanto los sujetos como los actos; es decir, que no hay ningún poder en sí, sino que el poder viene de la misma reiteración y persistencia de los actos. El yo aparece entonces, como un sitio de repetición, en donde la repetición continua da la apariencia de identidad. El yo, por lo tanto, queda desplazado por la repetición que lo sostiene. Así, las categorías binarias de identidad en una matriz heterosexista – lesbiana, gay o heterosexual- se generan y mantienen en tanto exista un yo - lesbiano, gay o heterosexual- es decir, esta repetición constante tiene el efecto de crear la apariencia de

¹⁴ El yo –desde una perspectiva lacaniana- comienza a constituirse en un proceso especular, en el que la imagen del cuerpo actúa como catalizadora de esta formación. La fase del espejo (entre los seis y dieciocho meses), se relaciona con el proceso de identificación –cuando el sujeto se apropia de una imagen. En esta etapa, se asume una identificación fundamental y se conquista la imagen del cuerpo que estructura al yo – cuerpo que antes de percibirse como imagen se vivencia fragmentado. De este modo, se genera la identidad del sujeto, en tanto anticipación de totalidad y de unidad de su cuerpo, a través de una dialéctica entre el ser y la imagen de sí. Por lo tanto, la imagen de unidad del cuerpo estructura la identidad del sujeto. Desde esta perspectiva, la construcción del sujeto necesita como intermediario a la imagen del cuerpo para constituirse como tal (Palmier, J.M. 1971).

continuidad y coherencia, de algo en sí, con existencia propia. Por lo tanto, el sujeto queda constituido en una paradoja, pues las normas que lo restringen, son las que lo conforman. Esta paradoja restrictiva, aunque no niega las posibilidades de acción, sí las restringe –a una práctica rearticuladora inmanente al poder, nunca externa.

Pero las identidades distribuidas en la matriz heterosexista (Butler, J. 2001) no son igualmente valoradas. Esta matriz constituye a la identidad heterosexual coercitiva como la original, la verdadera. Por lo tanto, lo que se salga de tal forma queda diagnosticado, designado irrefutablemente, como la copia –la copia de un original también designado. Sin embargo, tanto las identidades heterosexuales, como las gays y lésbicas, quedan constituidas de un modo performativo¹⁵, a través de una imitación. La diferencia es que la primera queda situada como el origen y fundamento de las segundas, que no tienen más opción que quedar en el lugar de copias o imitaciones; original que necesita de su imitación para afirmarse como tal. Es decir, al original le es imprescindible su derivación para poder diferenciarse de este y quedar nombrado como tal. Así, la construcción de heterosexualidad como origen necesita la noción de homosexualidad como copia; la diferencia está entre estar implicado –lo homosexual en lo heterosexual- a ser derivado – lo homosexual de lo heterosexual. De este modo, la identidad heterosexual, que también aparece tras una continua repetición, evidencia su riesgo constante –desde un punto de vista heterosexista- de dejar de ser lo que se supone que es, quedando la posibilidad de que en una repetición irrumpa lo que como, supuesta copia homosexual, debe quedar relegado.

La identificación, por tanto, es siempre un proceso ambivalente e inestable, que implica la aproximación obligada a una norma heterosexista -ser forzado a acatar una norma para poder existir. Por lo mismo, la identidad nunca queda cerrada por completo, pues la norma no logra determinar a los sujetos a cabalidad. Debido a tal inestabilidad constitutiva en una identidad supuestamente cerrada, surge el repudio a todo lo que pueda acercar a cada sujeto a lo que no puede ser para seguir sosteniéndose como tal. La lógica del repudio en la formación de la identidad, implica un repudio compulsivo a determinadas identidades -abyectas- a través del cual el sujeto delimita constantemente sus fronteras.

¹⁵ El género como performativo, implica que el mismo género constituye como un efecto al sujeto que parece expresarlo. Sin embargo, la negación de la prioridad del sujeto, no implica la negación del sujeto. Más aún, esta idea propone que lo psíquico –en donde aparece el género- es algo que excede el dominio del sujeto consciente.

Implica su construcción a partir de una oposición y de un rechazo radical. Implica la negación absoluta de la inestabilidad constitutiva de cada sujeto. “Este tipo de repudio no sólo culmina en la rígida ocupación de identidades excluyentes, sino que además tiende a aplicar ese principio de exclusión a todo aquel que se considere desviado de tales posiciones. Prescribir una identificación exclusiva a un sujeto constituido de maneras múltiples, como lo estamos todos los sujetos, es ejercer una reducción y una parálisis...” (Butler, J. 2002: 174). Así, por ejemplo, la homofobia, atribuye un género fracasado, perjudicado o abyecto a los sujetos homosexuales.

Esta lógica de repudio, fuerza a autodefinirse de un modo compulsivo y rígido, a modo de generar una marca indeleble de los límites de lo que se es. Incita a proclamar algo en nombre propio, pero que en realidad es a petición de otro, implica hacer propias las palabras del discurso dominante: ““Tú eres... -Sí, yo soy...” Finalmente, el atributo no tiene importancia alguna; lo que la sociedad no tolera es que yo no sea... nada, o lo que yo soy pueda ser abiertamente expresado como provisorio, revocable, insignificante, inesencial, en una palabra, irrelevante. Sólo tienes que decir “yo soy” y estarás a salvo socialmente” (Barthes, R. 1992: 23).

6.5. Lo abyecto

La construcción del género opera a través de medios excluyentes. De este modo, la construcción de lo humano es un ejercicio que genera lo más o menos humano y lo que no lo es. “Estos sitios excluidos al transformarse en su exterior constitutivo, llegan a limitar lo “humano” y a constituir una amenaza para tales fronteras, pues indican la persistente posibilidad de derrumbarlas y rearticularlas” (Butler, J. 2002: 26).

Es posible pensar que lo rizomático -lo abierto, deslizante, mutante- es vivido desde lo arborescente, desde lo cerrado -lo que no debe transformarse, pues implica muerte, lo que debe permanecer inalterable para poder ser lo que es- con horror. Los límites, fijados para poder existir en un mundo estructurado de tal manera que las estratificaciones son imprescindibles y los flujos son dificultados, instauran -a modo de ley- los territorios posibles de poblar y los lugares no conocidos, no significados y prohibidos de explorar. Transgredir esta prohibición trae como consecuencia la desintegración, la desaparición. Para poder existir, el territorio prohibido se vuelve amenaza, abyecto. Lo abyecto no es

definido, tangible, no es objeto: del "...objeto, lo abyecto no tiene más que una cualidad, la de oponerse al yo (...) No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un "algo" que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el linde de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco, me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras. Esbozos de mi cultura" (Kristeva, J. 1988: 8).

Para existir (Kristeva, J. 1988) se forma un yo delimitado en función de todo lo que pasa a ser no-yo. Queda cincelado el límite de lo posible –que permite la vida significable- y de lo imposible –lo no significable, que amenaza con irrumpir en el mundo ordenado. Se delimita un espacio que separa lo abyecto de lo que será un yo, sus objetos y sus representaciones.

Lo abyecto perturba un orden, un sistema, una identidad, es una amenaza real, no posible de ser significada. No aparece, irrumpe, de ahí la fuerza de las barreras mantenidas para poder mantenerlo en su lugar. "Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí está, muy cerca, pero inasimilable" (Kristeva, J. 1988: 7). Lo abyecto es frontera, ambigüedad, muestra la falta fundante de todo sentido, de todo sujeto. Es el revés de los códigos que ordenan y estructuran el universo humano, que permiten una existencia enmarcada y posible.

6.6. Resistencias

Que el poder esté en todas partes (Foucault, M. 2002), que constituya las relaciones humanas, entre sujetos e instituciones, implica la imposibilidad de escapar de él, o de actuar desde fuera de él. Sin embargo, la resistencia –inserta en la red de múltiples relaciones de fuerza- está también diseminada por cualquier lugar, en los espacios individuales, institucionales, sociales, en los espacios relacionales. De este modo (Butler, J. 2002), el poder –heteronormativo- fija los límites del sexo a través de la amenaza de abyección y necesitando de la repetición compulsiva de las prácticas reguladas, que producen y estabilizan los efectos del género. Y es esta paradoja -que parece fijar las categorías y cerrar las posibilidades- la que representa la posibilidad de reelaborar

críticamente las supuestas normas constitutivas del género. Pues al ser la iterabilidad la que permite la identidad, son los intervalos –propios de la repetición- los que permiten pensar en prácticas de resignificación y reapropiación –de resistencia- que posibilitan entender una identidad que está continuamente en proceso, que no puede escapar de una inestabilidad que la constituye, desplazando los límites de la inteligibilidad simbólica¹⁶. Así, aunque el poder de múltiples discursos institucionales y tecnologías del género confluye en una continua significación normalizada –y normalizadora- respecto a las representaciones del género, “en la periferia de los discursos hegemónicos se advierten ya los términos de una construcción diferente del género. Formulados desde el exterior del contrato social heterosexual e inscritos en las prácticas micropolíticas, estos términos pueden contribuir también a la construcción del género, y en sus efectos se manifiestan con mayor intensidad en el nivel “local” de las resistencias, en la subjetividad y la autorrepresentación” (De Lauretis, T. 1986: 259).

Resistencia que permite desestabilizar la normatividad de las formas hegemónicas de la identidad sexuada (De Lauretis, T. 1986), permitiendo el surgimiento de nuevas formas de significación, identidades y vinculaciones, donde el sujeto –que ya no debe ser unitario- puede ser múltiple y donde la diversidad no implica contradicción. De este modo, la representación social y la representación subjetiva de género mantienen una interrelación constante –en un circuito en el que no es posible distinguir principios ni finales- generando una apertura en el sistema hegemónico, una posibilidad de acción desde las prácticas individuales cotidianas, que repercuten y nutren al sistema sexogénero en general.

En este sentido, surgen propuestas para repensar la noción de identidad, que no tenga que quedar obturada para poder existir como tal. Una identidad que esté abierta al devenir y a la posibilidad de nuevas significaciones, una identidad que no opere con la lógica del repudio para sobrevivir. Un devenir que actúa como resistencia -ubicada en múltiples puntos de la red de poder. Así, el nomadismo (Braidotti, R. 2000) implica la disolución de

¹⁶ Respecto a la identidad como proceso, como simulacro –donde no existe un centro original, Deleuze propone que la identidad subsiste, “... pero es producida como la ley que complica todas las series y las hace volver a todas sobre cada una en el curso del movimiento forzado. En la inversión del platonismo, la semejanza se dice de la diferencia interiorizada; y la identidad, de lo Diferente como potencia primera. Lo mismo y lo semejante sólo tienen ya por esencia el ser *simulados*, es decir, expresar el funcionamiento del simulacro. Ya no hay selección posible. La obra no jerarquizada es un condensado de coexistencias, una simultaneidad de acontecimientos”. (Deleuze, 1994: 263).

la idea de centro inamovible, de una identidad auténtica, y mas bien refiere la idea de una identidad como noción retrospectiva, como posible y necesaria de ser deconstruida y reconstruida continuamente; constantemente actualizada, funcionando como una forma de resistencia a las posturas dominantes de representación del yo. “El nómade no representa la falta de un hogar ni el desplazamiento compulsivo: es más bien una figuración del tipo de sujeto que ha renunciado a toda idea, deseo o nostalgia de lo establecido. Esta figuración expresa el deseo de una identidad hecha de transiciones, de desplazamientos sucesivos, de cambios coordinados, sin una unidad esencial y contra ella. Sin embargo, el sujeto nómade no esta completamente desprovisto de unidad: su modo es el de patrones categóricos, estacionales, de movimientos a través de derroteros bastante establecidos. La suya es una cohesión engendrada por las repeticiones, los movimientos cíclicos, los desplazamientos rítmicos (...) La conciencia nómade es una forma de resistencia política a las visiones hegemónica y excluyentes de la subjetividad” (Braidotti, R. 2000: 58).

La identidad, desde esta perspectiva, es una interacción entre múltiples aspectos del si mismo. Tiene como característica el ser relacional –pues necesita de un vínculo con el otro- y retrospectiva –pues se instala gracias a la memoria y los recuerdos, en un proceso genealógico. Además, se va conformando a través de la internalización de sucesivas imágenes inconscientes que escapan al control racional. La identidad como construcción –relacional y temporal- implica que cada individuo mantiene una relación imaginaria con su historia personal, con su propia genealogía y con sus condiciones materiales (Braidotti, R. 2000: 195). De este modo, la identidad no debe transformarse en un molde al que cada sujeto debe restringirse en su accionar para no perder su nombre. “Si debemos situarnos en relación con la cuestión de la identidad, debe ser en tanto somos seres únicos. Pero las relaciones que debemos mantener con nosotros mismos no son relaciones de identidad; deben ser más bien relaciones de diferenciación, de creación, de innovación. Es muy molesto ser siempre el mismo. No debemos excluir la identidad, si es por la vía de esta identidad que la gente encuentra su placer, pero no debemos considerar esta identidad como una regla ética universal” (Foucault, M. 1999: 417-429).

Sin embargo, las posibilidades de generación de vínculos, el modo de poder habitar la existencia, que permiten las instituciones y la matriz heternormativa se ven restringidas y por lo tanto, restringido el modo de subjetivarse, de vivir alguna identidad –que se

construye en relación y como un proceso continuo. “La sociedad y las instituciones que constituyen su osamenta han limitado la posibilidad de las relaciones, porque un rico mundo relacional sería muy difícil de manejar (...) En efecto, vivimos en un mundo legal, social e institucional donde las únicas relaciones posibles son extremadamente escasas, esquemáticas y pobres. Existe, por supuesto, la relación de matrimonio y las relaciones de familia, ¡pero cuántas otras relaciones deberían existir!”. (Foucault, M. 1994: 165). Por lo tanto, es necesario repensar nuevas formas de relacionarse que excedan las restringidas y normalizadas relaciones permitidas –y obligadas- por la matriz heteronormativa. Esta propuesta de Foucault respecto a la noción de sí y la construcción de nuevas formas tanto de erotismos, como de vínculos afectivos, a partir de la erótica gay y lesbica, puede ser concebida como queer (Halperin, D. 2000). De este modo, se puede concebir la existencia de diversas posibilidades respecto al modo de vivir la sexualidad –y al modo de vivirse en la sexualidad. Así, la bisexualidad puede ser concebida como aquella práctica “... en la que cada sujeto no encerrado en el falso teatro de la representación falocéntrica, instituye su universo erótico” (Cixous, H., 1995: 44). Es decir, como aquel sujeto que no queda rígidamente posicionado en la matriz heterosexista, donde el sexo, el género y el deseo van unidos inseparablemente (Butler, J. 2001). Por lo tanto, para lograr que la identidad personal no se transforme en ley, en mandato irrevocable de existencia individual, hay que resistir a la “sexualidad” (Foucault, M. 1999), pues en ella se funde el deseo y la identidad como una cualidad única e invariable del sujeto, designando con un sí verdadero al individuo –que funda la verdad de la persona y actúa como un objeto de regulación social y gestión de las personas.

El término queer implica una identidad en devenir, no referida a una esencia, sino a una posición –que es una resistencia a la normatividad- “...designa todo lo que está en desacuerdo con lo normal, lo legítimo, lo dominante. *No hay nada en particular a lo que necesariamente se refiera*. Es una identidad sin esencia. *Queer*, entonces, no demarca una positividad sino una posición enfrentada a lo normativo (...) describe más bien un horizonte de posibilidades cuya extensión y espectro heterogéneo no puede ser delimitado con anticipación. Desde la posición excéntrica del sujeto *queer*, se puede imaginar una diversidad de posibilidades para reordenar las relaciones entre conductas sexuales, identidades eróticas, construcciones de género, formas de conocimiento, regímenes de enunciación, lógicas de representación, modos de constitución de sí y prácticas de comunidad –es decir, para reestructurar las relaciones entre el poder, la

verdad y el deseo” (Halperin, D. 2000: 85). Como una oportunidad de autotransformación y de transformación cultural. De este modo, los sujetos excéntricos, son entendidos más bien como una posición de resistencia, como "...un desplazamiento, una des-identificación con un grupo, una familia, el propio yo, un 'hogar' que implica la exclusión y la represión de cualquier ideología de lo mismo, e implica un corrimiento de los puntos de comprensión y de articulación y un autodesplazamiento: dejar o renunciar al lugar que es seguro, es decir al 'hogar', física, emocional, lingüística y epistemológicamente, por otro lugar que es desconocido, riesgoso, desde el cual el hablar o el pensar, son tentativos, inseguros y no están garantizados" (De Lauretis, T. 1993: 73-113)...

... “Somos los grupos raros, la gente que no pertenece a ningún sitio, ni al mundo dominante, ni completamente a nuestra propia cultura. Todos juntos abarcamos tantas opresiones. Pero la opresión abrumadora es el hecho colectivo que no cuadrarnos, y porque no cuadrarnos somos una amenaza. No todos tenemos las mismas opresiones (...) No tenemos la misma ideología (...) Pero estas afinidades distintas no se oponen. En el mundo zurdo yo con mis propias afinidades, y mi gente con las suyas, podemos vivir juntos y transformar al planeta” (Anzaldúa, G. 1988: 168).

La resistencia en una matriz heteronormativa -donde sexo, deseo e identidad son uno- implica abrir la puerta a lo rizomático en un mundo arborescente, y en cada subjetivación arborescente. Permitir lo rizomático, desestabiliza, pero permite movimiento e intensidad, pues el rizoma “no está hecho de unidades, sino de dimensiones, o más bien de direcciones cambiantes. No tiene ni principio ni fin, siempre tiene un medio por el que crece y desborda (...) una multiplicidad de este tipo no varía sus dimensiones sin cambiar su propia naturaleza y metamorfosearse. Contrariamente a una estructura, que se define por un conjunto de puntos y de posiciones, de relaciones binarias entre esos puntos y de relaciones biunívocas entre esas posiciones, el rizoma sólo está hecho de líneas: líneas de segmentaridad, de estratificación, como dimensiones, pero también línea de fuga o de desterritorialización como dimensión máxima según la cual, siguiéndola, la multiplicidad se metamorfosea al cambiar de naturaleza” (Deleuze y Guattari, 2003: 48).

En esta forma de resistencia diseminada, exploratoria y vivencial, los placeres y el cuerpo aparecen como una posibilidad a indagar en las nuevas constituciones subjetivas y relacionales. El placer –al contrario del deseo- es concebido como proceso y no como un

elemento constitutivo e inalterable del sujeto, que lo define y posiciona en un lugar determinado de la matriz heteronormativa. Pues mientras el deseo es considerado "... un rasgo permanente del sujeto: provee la base sobre la cual se deposita todo el armazón médico psicológico (...) la palabra "placer", que en el límite no quiere decir nada, que está todavía bastante vacía de contenido y virgen de utilización posible, no tomando al placer por ninguna otra cosa que, finalmente, un acontecimiento, un acontecimiento que se produce fuera del sujeto, o en el límite del sujeto, o entre dos sujetos, en ese algo que no es ni del cuerpo ni del alma, ¿no tenemos allí, si intentamos reflexionar un poco sobre esta noción de placer, un medio de evitar toda la armadura psicológica y médica que la noción tradicional de deseo lleva consigo?" (Foucault, M. 1978: 44). De este modo, el placer no sólo desrigidiza las formas de concebir el sujeto –provoca el desarme de éste en tanto esencia rígida- sino que también los modos de concebir las vivencias eróticas y sexuales; permite desgenitalizar la sexualidad, permite desplazar al cuerpo de su normalización. "La fuerza explosiva del placer corporal intenso, separado de su localización exclusiva en los genitales y diseminado en varias zonas del cuerpo, descentra al sujeto y desarticula la integridad psicofísica del sí, al cual se le ha pegado una identidad sexual. Al destruir al sujeto de la sexualidad, el sexo *queer* abre la posibilidad de cultivar un sí más impersonal, que puede funcionar como la sustancia de una elaboración ética continua y, por lo tanto, como el lugar de una transformación futura" (Halperin, D. 2000: 120). El placer, en tanto intensidad, permite el descentramiento de un sujeto, la dilución de su identidad. El placer desborda la identidad, minimiza la centralidad otorgada al nombre y a la identidad para saber de sí. El placer dice de una existencia sin la necesidad imperiosa de que sea nombrada. El placer invita, entonces, a la creación de un erotismo no disciplinario.

IV. OBJETIVOS

1. OBJETIVO GENERAL

- Conocer aspectos de los imaginarios corporal, erótico e identitario en mujeres que tienen prácticas sexuales con hombres y con mujeres.

2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Indagar si la vivencia de un erotismo con hombres y con mujeres se relaciona con modos particulares de representaciones del cuerpo en mujeres.
- Conocer si hay variación en las representaciones del cuerpo en mujeres que tienen prácticas sexuales con hombres y con mujeres.

V. METODOLOGÍA

1. ORIENTACIÓN METODOLÓGICA

Las representaciones del cuerpo -como espacio social, simbólico y subjetivo- invitan a ser estudiadas y comprendidas desde una perspectiva amplia y flexible. En este sentido resulta pertinente la orientación metodológica cualitativa, con una perspectiva de género, que permita dar cuenta en alguna medida, de los mecanismos de poder que operan en el sistema hegemónico. Por metodología cualitativa se entiende "...la investigación que produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable" (Taylor, S., Bodgan, R. 1992: 20). De este modo, resulta posible indagar los modos en que las mujeres -con prácticas sexuales que van más allá de la normalización- representan sus cuerpos. Todo el proceso se desarrolla, con una mirada que permita observar críticamente las ideologías de género que están a la base o en relación con dichas representaciones.

Como mencionan Taylor y Bodgan (1992), la investigación cualitativa, presenta determinadas características, tales como ser inductiva, tener una perspectiva holística, considerar los efectos que el investigador puede causar en las personas que participan en su estudio, intentar comprender a las personas en su propio marco de referencia, suspender o minimizar eventuales juicios de valor respecto a lo que aparece en el estudio, así como también, no establecer jerarquías frente a las diversas perspectivas que se reciben. De este modo, la investigación cualitativa –centrada en la comprensión de la subjetividad de los individuos- se presenta como el método más indicado para aproximarse al tema de interés de este estudio.

Asimismo, esta investigación es de carácter exploratorio, pues alude a la indagación de una temática particular en un grupo de mujeres, que no ha sido muy explorada en Chile. Los estudios exploratorios, como plantean Hernández, Fernández y Baptista se utilizan cuando el objetivo es examinar un tema de investigación poco estudiado, permitiendo aumentar el grado de familiaridad con fenómenos relativamente desconocidos, además "por lo general determinan tendencias, identifican relaciones potenciales entre variables y establecen el tono de investigaciones posteriores más rigurosas" (Hernández, R.,

Fernández, C. y Baptista, P. 1998: 60). Es decir, guían y enmarcan posibles líneas de investigación a futuro. Además, el carácter exploratorio en una investigación, otorga mayor flexibilidad y amplitud a su metodología, respecto a otros estudios, permitiendo la asimilación de un vasto espectro de manifestaciones en cuanto al tema a investigar.

2. TÉCNICAS E INSTRUMENTOS

El interés de este estudio, apunta a la profundidad en el conocimiento de representaciones de pocos sujetos y, además, se centra en la percepción que un determinado grupo mantiene hoy respecto a la temática del cuerpo femenino -y no a los cambios ocurridos a través del tiempo. Es por esto, que la entrevista en profundidad, parece ser la técnica más pertinente para llevar a cabo este propósito. García, Ibáñez y Alvira, se refieren a las técnicas de entrevistas en profundidad como una “técnica intensiva en la que se abordan no solamente las opiniones del individuo interrogado, sino incluso su propia personalidad” (García, M., Ibáñez, J., Alvira, F. 1993: 41); haciendo alusión a la profundidad con que se pueden realizar acercamientos a los temas de interés. Por otra parte, las entrevistas en profundidad pueden ser entendidas como “...reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras (...) el propio investigador es el instrumento de la investigación, y no lo es un protocolo o formulario de entrevista. El rol implica no sólo obtener respuestas, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas” (Taylor, S., Bodgan, R. 1992: 101). En este sentido, no sólo el investigado está en escena, sino también el investigador, adquiriendo importancia la relación que se genera entre ambos, es decir, el espacio común que permitirá que aparezcan los temas de interés para el estudio. Así también, el investigador pasa a ser el lugar en que se significan determinados procesos o representaciones sociales que comunican los entrevistados.

La entrevista en profundidad busca comprender la subjetividad de los entrevistados, así como indagar en las significaciones, interpretaciones y perspectivas de los sujetos, el modo que tienen para explicar, categorizar y experimentar su propio mundo. Es decir, permite obtener información respecto a los modos diversos en que los sujetos se

desenvuelven y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales. De este modo, uno de sus campos básicos de utilización es el “estudio de las representaciones sociales personalizadas: sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y creencias prejuiciales, códigos y estereotipos cristalizados, rutas y trayectorias vitales particulares, etc.” (Alonso, L.E 1994: 228). Dentro de las entrevistas en profundidad, se ha elegido la entrevista semi estructurada, la que si bien otorga la libertad al/a entrevistador/a respecto al orden y al modo de formular las preguntas en la conversación, sí requiere de la realización de una pauta previa respecto a las temáticas relevantes para la investigación; pauta previa, que permite retroalimentación durante el desarrollo del estudio. De este modo, la entrevista semi estructurada se entiende como la técnica de investigación en la que “...ninguna pregunta tiene respuestas prefijadas” (Mercadé, F. 1986: 306). Con esta técnica, lo que se persigue es abordar las dimensiones propuestas en el estudio, a la vez que generar un espacio para que los/as entrevistados/as puedan entregar de un modo más profundo, acabado y personal la información, enriqueciéndose así la investigación.

Es necesario tener presente que la “...entrevista de investigación, por su constitución, es refractaria a cualquier criterio cientificista de definición de la herramienta metodológica, ya que: 1. No existe regla fija ninguna sobre la forma de realizar la entrevista ni la conducta del entrevistador. 2. Toda entrevista es producto de un proceso interlocutorio que no se puede reducir a una contrastación de hipótesis y al criterio de falsación. 3. Los resultados de la entrevista por sí mismos no tienen posibilidad de generalización indiscriminada ni mucho menos de universalización” (Alonso, L.E 1994: 229). Por lo tanto, cualquier interpretación o inferencia que se haga de los resultados debe ser siempre realizada sin dejar de considerar al grupo de referencia y circunstancias en que se realiza la investigación.

Respecto al proceso de registro de los datos y conservación de la información obtenida, fue realizado mediante la grabación de todas las entrevistas, las que posteriormente fueron transcritas.

3. SUJETOS DE ESTUDIO

Los antecedentes recopilados para el desarrollo de la investigación se basaron en las entrevistas individuales sostenidas con un grupo de mujeres. El criterio de selección estuvo dado por la realización de prácticas sexuales con hombres y con mujeres –al menos una vez con cada sexo. De este modo, el contexto en que se dieron dichas prácticas, la identidad sexual a la que cada una adscribiese, las preferencias sexuales o de modos de vida, no formaron parte del criterio de selección. De acuerdo a lo anterior, se entrevistaron diez mujeres, cuyas edades fluctúan entre los veintitrés y cuarenta años. Cinco de ellas viven en la región Metropolitana y cinco en la Quinta región -dos de las tres regiones con mayor población del país.¹⁷ Nueve de ellas presentan estudios superiores y una, educación secundaria. Al momento de realizar las entrevistas, siete mujeres estaban en pareja, cinco con mujeres, dos con hombres y tres solteras. Tres de ellas tienen hijos.

El contacto con las entrevistadas fue gracias a informantes claves, los que ofrecieron información pertinente y adecuada para acceder a las entrevistadas. Además en varios casos, fueron las mismas mujeres quienes, posteriormente a ser entrevistadas, aportaron información relevante para lograr un encuentro con posibles entrevistadas. La saturación de la información fue un elemento clave para decidir el corte de sujetos a entrevistar. Este límite queda establecido en el momento en que “... las informaciones obtenidas empiezan a repetirse y a rebotar entre sí” (Mercadé, F. 1986: 309), por lo que no aparece nada nuevo significativo.

El tema a estudiar, las prácticas sexuales con hombres y con mujeres, en una sociedad heteronormada, pertenece a un ámbito privado y delicado. Por lo mismo, no muchas personas están dispuestas a exponer dichas temáticas. Este ha sido uno de los obstáculos sorteados con éxito en el proceso, sin embargo, ha significado una mayor extensión en el tiempo para lograr el contacto con las entrevistadas. Es en este sentido, que la existencia de los informantes claves ha sido crucial al momento de reunir el grupo necesario para la investigación. Sin embargo, debido a lo mismo, una mayor diversificación en los sujetos de estudio no ha sido posible. Por ejemplo, en el grupo no hay mujeres mayores de cuarenta años. Así también, las áreas de estudios de las

¹⁷ Según el Censo 2002, las tres regiones con mayor cantidad de población son: Región Metropolitana (6.061.185), Octava (1.861.562) y Quinta (1.539.852). Por razones de posibilidad de acceso a la población objetivo de la investigación, se eligen las regiones Metropolitana y Quinta.

entrevistadas¹⁸ se encuentran circunscritas a Humanidades, Ciencias Sociales, Arte y Educación.

4. PROCESO DE ANÁLISIS

El análisis cualitativo desarrollado en la presente investigación implica el proceso paralelo de recogida de datos y análisis de los mismos; ambos "... no se distinguen como fases distintas. Hay una interacción permanente entre observación e interpretación; datos recogidos y análisis; en definitiva acción-reflexión. Si se distinguen es simplemente a nivel didáctico" (Bizquerra, R. 1989: 262).

La praxis discursiva se conforma y desarrolla en contextos sociales, históricos y culturales particulares, marcados todos por una trama de relaciones de poder. De este modo es imposible negar la contextualización cultural, histórica, social y política de las enunciaciones; contextualización que otorga sentido a los discursos. "Las relaciones de poder tienen una extensión extraordinariamente grande en las relaciones humanas. Ahora bien, esto no quiere decir que el poder político esté en todas partes, sino que en las relaciones humanas se imbrica todo un haz de relaciones de poder que pueden ejercerse entre individuos, en el interior de una familia, en una relación pedagógica, en el cuerpo político, etc. Este análisis de las relaciones de poder constituye un campo extraordinariamente complejo" (Foucault, M. 1996: 96). Es así que el discurso puede ser entendido como productor y reproductor de las relaciones de poder en la sociedad. Y el sujeto como producto del discurso, recibe significaciones, a la vez que resignifica sentidos, como partes de un mismo proceso.

De este modo, es que los discursos aparecen como un punto de partida para entender fenómenos sociales y psicológicos, y paralelamente como productores de la realidad social y psicológica. Las construcciones conceptuales, pueden ser consideradas como dadoras de un sentido de vida social e individual. Las significaciones que los sujetos presentan respecto de la realidad, están teñidas por las estructuras del poder –de un poder que siempre es relacional. Así, resulta interesante (Howarth, D. 1997) explorar el modo en que las estructuras de significado posibilitan y promueven determinadas

¹⁸ Salvo la entrevistada que no tiene educación superior.

prácticas, así como las formas en que dichos discursos pueden existir, funcionar y modificarse.

Los datos recogidos son interpretados mediante el análisis del discurso desde una perspectiva crítica de género, donde resultan relevantes las representaciones subjetivas a través de las cuales se comprende y produce el discurso y su relación con las estructuras sociales, culturales, políticas e históricas. Todo ello bajo una perspectiva crítica de género, donde el eje está puesto en los modos de representación y las relaciones de poder que los atraviesan.

VI. ANÁLISIS

El desarrollo del análisis se basa en citas de una transcripción textual de las entrevistas, incluso sin omitir el lenguaje coloquial. El sentido de mantener los modos particulares de expresión de las entrevistadas, en su mayoría jóvenes, radica en rescatar los énfasis de sus modos particulares de expresión y significación de manera de no alterarlos -pues los énfasis de un lenguaje también aportan significado- y así lograr alcanzar una mejor aproximación a sus discursos, como formas de significación de la realidad.

Precisamente, porque lo que se busca es acceder a los propios modos discursivos que manifiestan las mujeres del estudio, se exponen sus relatos en detalle, reflexionando en torno a ellos desde una perspectiva crítica que considere los aspectos de la dominación masculina y de la heteronormatividad. Es posible que la continuidad de la discusión reflexiva se vea interrumpida por la extensión de las citas de las propias entrevistadas, sin embargo parece pertinente intercalarlas en la extensión que aparece durante el desarrollo del análisis, con el fin de acceder a los particulares modos de significación que presentan respecto de las temáticas de interés. Como una manera de sortear esta posible dificultad en una comprensión más acabada del desarrollo del análisis, en el capítulo de Conclusiones, se realizará una síntesis que considere los aspectos más relevantes del desarrollo del Análisis.

A. AVATARES DEL DESEO

El deseo transita diversos caminos, adquiriendo formas múltiples y variadas. Los modos de atracción hacia hombres y hacia mujeres se experimentan de distintas maneras, siendo relevantes los inicios así como las formas de enfrentar las consecuencias de las experiencias vividas más allá de la normalización. Experiencias que están en relación con los modos de explicación que se tienen respecto de la realidad.

1. DESEO

Las entrevistadas manifiestan atracción hacia hombres y mujeres en distintas formas. La mitad dice sentirse atraída tanto por hombres como por mujeres y no sienten diferencia en ello. Otras han experimentado de diversas maneras la atracción y el deseo hacia hombres y hacia mujeres, sintiendo atracción física por los hombres y experimentando un nuevo tipo de deseo y atracción hacia mujeres, cuya vía de entrada no es lo físico, sino lo vincular.

1.1. Atracción por los hombres

La mayoría de las entrevistadas siente atracción física y sexual por los hombres. A algunas les es suficiente tal atracción para tener un encuentro sexual con un hombre, mientras que otras necesitan sentir además algún otro tipo de afinidad hacia la persona.

Del total de entrevistadas, para cuatro, la atracción física hacia los hombres es muy marcada y es el factor predominante para un encuentro sexual. *“Me resultan súper atractivos, me encantan los hombres con barbita, me encantan los tipos flacos, me encantan cuando se visten formales, me encantan; no, si a mí sexualmente me atraen mucho” (E.2).* *“Y siempre tuve mucha química con los hombres” (E.6).* *“Y cuando me gusta un hombre, me gusta pero es una cosa que yo voy directamente al grano que es mi placer (...) Ver un hombre excitado me calentaba más por el hecho de que “ah, ya, que rico”, a mí me gustaba el sexo por placer, era una cosa como carnal desenfundada” (E.2).*

Para otras cuatro, aunque la atracción física hacia los hombres está muy presente, no es suficiente y les es necesario que se presente además algún otro tipo de afinidad. *“A mí me gustaba, lo encontraba lindo, como lindo, pero nada más” (E.10).* *“Con un hombre (...) la mayoría de las veces, mi entrada va a ser que me guste físicamente. Ahora, puede que sea, porque la mayoría de las veces lo que a mí me pasa es que después hablo un poco con esa persona y no me agrada, entonces ya me da lo mismo que sea rico, que no sea rico, me da lo mismo. O me pasa que también, puede que yo converse con esta persona y me guste y como que después lo encuentre rico, o sea, me pasa todo en realidad. Pero sí es una diferencia en el sentido que yo lo siento corporalmente distinto, porque no siento lo mismo, siento que, no sé como llamarlo, pero que me guste un tipo es como que encuentro como una cosa mucho más instintiva, que no lo siento así como genital, sino que yo siento que es como ganas, como “le tengo ganas” y siento las ganas, hartas ganas” (E.3).*

Para una entrevistada, aparece un predominio del vínculo sobre la atracción física y sexual. *“Es que para mí no puede haber nada sin que me guste, no tenga cariño por una persona. (...) Como que el tema de la belleza para mí o de la atracción sexual, van de la mano de varias cosas más, como que sea una buena persona” (E.9).*

Una entrevistada no siente atracción por los hombres, que se manifiesta más bien a un modo de rechazo. Plantea nunca haber sentido atracción por los hombres y siempre por las mujeres. Cabe preguntarse qué incidencia habrán tenido las experiencias traumáticas de abuso que tuvo en su juventud respecto a su vivencia del erotismo. Ella misma relata su curiosidad respecto al hecho de estar en un vínculo erótico y sexual con un hombre, siempre que se diera de un modo cuidadoso. Así quizás pudiera disfrutar y experimentar placer en ese ámbito. *“Nunca me gustaron, pero sí viví con un hombre veinticinco años por esta cosa de la sociedad, por la parte económica, por irme de mi casa, etcétera. (...) Es que a mí me choca, es una cosa para mí repugnante tocar a un hombre o ver a un hombre, no me gusta, encuentro que son como guaa, no, conmigo no va (...) Yo creo que en mi vida alguna vez, no sé si he soñado o he querido intentarlo alguna vez hacerlo con un hombre, para ver si me toca un buen hombre o un macho más de los que caminan por la calle. Siempre he tenido curiosidad de saber si un hombre me puede llegar a excitar” (E.5).*

1.2. Atracción por las mujeres

Por otra parte, la aproximación erótica hacia las mujeres, ha tenido orígenes diversos en las mujeres entrevistadas. Atracción física y sexual y predominio del vínculo afectivo son los más prominentes.

La mayoría de las entrevistadas siente atracción física y sexual hacia las mujeres.

“Lo que pasa, es que siempre encuentro bellas a las chicas, siempre las miro, de hecho voy con algunos amigos y me dicen “¿cachaste al huevón?”, porque mis amigos son casi todos gay, y yo como que no estaba mirando al huevón, estaba mirando a la niña, así como “huevo, no lo vi, estaba mirando a la loca”, como que siempre esa atracción como de “¡que linda!”. Totalmente estético, “que guapa ella” y como las viejas igual” (E.4). “... yo la encontraba súper linda, todo el mundo me decía que era fea, pero yo la encontraba hermosa, la encontraba escultural, me encantaba como su cuerpo” (E.10). “Yo tenía súper claro que yo quería tirar con la Pilar, a mí lo que me atraía de ella en un comienzo era tirar con ella, era atracción más sexual (risas), era más desde lo sexual, que desde el cariño” (E.7). “... yo con el cuerpo de las mujeres lo deseo, con ciertas mujeres, no con todas. Por ejemplo, con esta primera chica, fue una liberación, del deseo, del cuerpo y a mí, mi segunda pareja mujer, lo amaba, la amaba, absolutamente todo su cuerpo, su voz, todo, su aliento, me gustaba mucho, todo su cuerpo, sus poros, todo, sentirla, así, tocarla, abrazarla, apretarla, así muy propio, muy afectivo. Al contrario con los

hombres, no me pasa ese deseo así, que me provoca el cuerpo, como una necesidad de ser un cuerpo (...) Yo deseo un cuerpo de una mujer. De las mujeres con las que he estado, he deseado su cuerpo. Con un hombre, también hay un deseo, pero un deseo no de iniciativa, un deseo de vínculo, un deseo de vínculo y no de iniciativa. No es hacia el cuerpo de él, es a unirse” (E.10).

Tres mujeres, a pesar de haber tenido relaciones de pareja con una o más mujeres, en donde afecto y deseo estuvieron presentes, dicen no sentir atracción sexual hacia las mujeres, por lo que se hace necesaria una apertura desde el afecto, desde el vínculo o desde el atractivo que les provoca la personalidad de la mujer. *“... claro que me gustan mujeres, pero no me gustan por su forma, es por otras cosas, como por su rollo, por como son, por lo que dicen y de ahí hay como un link al cuerpo y que puede ser, porque tampoco, yo tampoco me he acostado con muchas mujeres y no sé (...) y a mí me gustaba ella, porque en realidad era una mina con opinión propia, como que no era una mina huevona. No era que todas las minas fueran así (...) yo creo que es una ventaja y una desventaja que me pase que yo no pueda estar casualmente con una mujer, porque el hecho que me guste una mujer o que me atraiga una mujer tiene que ver con conocerla y cuando uno conoce a alguien, ya te involucraste. O sea es una huevada que, por lo menos a mí lo que me pasa, es que me tiene súper tomada (...) Con un hombre puede que me pase lo mismo, pero claramente mi entrada o la mayoría de las veces, mi entrada va a ser que me guste físicamente (...) en cambio con una mujer como que me atonto, me atonto en el sentido de que no son ganas de acostarme con ella, aunque también, pero es una cosa como mucho más etérea, es como elevarse. Que ambas son, ninguna es mejor que la otra para mí, pero siento que es una cosa como intensa, como profunda, como, no sé, no sé, como así, como sublime, no sé si sublime es la palabra, pero es de otro orden” (E.3).*

“Cuando me ha pasado que he deseado a una mujer, que me pasó como una vez más, sentía que era por esta atracción más potente de otra cosa, más que del cuerpo, yo no deseo su cuerpo, es como que hay otra imantación, como otro atractivo. Entonces, si bien puede existir lo sexual, como que lo sexual está más para mí. No yo de hacerle cosas por ejemplo, sino de sentirlas. Aunque igual le haga cosas, no me pasa como que veo unas pechugas y me dan ganas de tocarlas, no me pasa eso. Pero con hombres sí, como que me dan ganas de hacerles más cosas yo, como más activa (risas), también yo tocar” (E.8).

“... yo creo que ella no es una mujer que yo miraría en la calle, a pesar que yo no ando mirando mujeres en la calle, pero no es una mujer que si yo la viera tal vez me detendría a mirarla, curiosamente. Con ella se me armaba el sistema completo, de que una cosa llevaba a la otra, como que el deseo salía realmente de mi amor, no era desde la imagen que me calentaba” (E.9).

Una entrevistada relata no sentir atracción física ni sexual por las mujeres, pese a tener una pareja mujer y sí desearla a ella. *“... la única mujer con la que yo podría estar así como en pareja es con mi pareja actual. Estuvimos separadas un año y medio y entre medio yo tuve dos novios,*

no estuve con mujeres, o sea yo tengo química, mucha química con los hombres, pero me enamoré de ella en un contexto muy especial, (...) no nació como nacen todas mis relaciones con los hombres, que es a partir de lo físico, de la atracción física, nació a partir de otro tipo de encuentro, de otra química, no tenía que ver con lo físico (...) yo solamente he estado con una mujer en pareja, intenté estar con otras mujeres entre medio y no pude, no pude más que dar un beso o qué sé yo, pero en realidad no. Es muy raro, porque llevo muchos años con una mujer, sin embargo no me gustan las mujeres. En ese período que me separé de ella e intenté, como una forma de probar mi sexualidad, estar con otras mujeres y no pude. No, no me excité en lo más mínimo. No sé qué onda, no sé a qué se debe eso. Las encontraba guapísimas, pero no, no se provocaba nada de esa química” (E.6).

2. INICIO DEL DESEO HACIA MUJERES

2.1. Los inicios

Esta apertura del erotismo hacia las mujeres o hacia alguna mujer se ha manifestado como algo natural, que estuvo desde la infancia, como parte de las sensaciones que siempre existieron y que fueron resignificadas, luego, en la adolescencia o adultez, a medida que se iba produciendo un desarrollo sexual y también, se iba percibiendo que estas sensaciones o sentimientos eran sancionados por el mundo en que cada una se desplegaba. Para la mitad de las entrevistadas, el erotismo hacia las mujeres es parte de su historia infantil o adolescente y recuerdan esto como un proceso que emergió espontáneamente y sin mucho cuestionamiento de su parte, precisamente, por la edad temprana en que fue sucediendo. *“Como a los catorce años. Y ahí sabía, como que siempre tuve las cosas claras, como que no podía contar que me llamaban la atención las mujeres; para mí era un tema normal, yo podría haberlo comentado, pero sabía que a los demás no les iba a gustar” (E.2).* *“Yo creo como que siempre tú tienes esa impresión en el fondo. Esa impresión de que tal vez te pueda gustar alguien más que sea de tu mismo sexo (risas). Pero el problema era que cada vez estaba teñido de más dudas en el fondo” (E.9).* *“Porque yo sentía ene desde lo sexual cuando chica, desde pinchar. Así como que yo he tirado con muy pocas personas, pero desde pinchar, yo exploré harto, yo creo que también desde la búsqueda de mí. Desde el cachar qué me gustaba, si me gustaban las minas o me gustaban los minos” (E.7).*

Para la otra mitad, esta apertura se dio en la juventud, en un contexto de sorpresa, pues nunca habían sentido ningún tipo de atracción física por las mujeres. Esta situación inimaginada, fue comenzada por el vínculo afectivo generado con una mujer en particular. *“Después que mi amiga se fue a estudiar a la U en otra ciudad, nosotras nos veíamos harto, nos*

llamábamos ene y a mí me llamaba mucho la atención que fuera así, como que yo la echara tanto de menos y que ella me echara tanto de menos a mí” (E.3). En otros casos, esta nueva situación se produjo por curiosidad, por un deseo de tener nuevas experiencias, con un carácter experimental, que luego decantó en un vínculo afectivo y erótico. “Y como que fui a una disco gay, como a los dieciocho, diecinueve, (...) entonces fui, como muy egocéntrica, como era yo como pajarito nuevo en la disco y todas las niñas como que querían tirar conmigo y tiré con ella, como que me joteó, como que me miró y habló con mis amigos y bailamos, tiramos y eso” (E.4).

“... como las cosas que influyeron en que yo estuviera con ella también, había quedado como muy desesperanzada con este loco y había quedado como muy aburrida, (...) O sea, el gallo que me gustaba y con el cual yo me había como proyectado hartito en esa edad, que eran diecinueve años, no me había resultado, entonces estaba como desesperanzada (...) estaba como “si ya no me resultó con éste, que era poeta, no sé qué, como que ya quedé en nada” y como que la vida quedó en blanco un poco, pensaba como que en el futuro no iba a tener nada, muy desesperanzada (...) Y a mí como que también, claro, fue como entretenido. Y este amigo, que era amigo de ella, era súper gay también, entonces para mí fue un grupo nuevo. Y como yo estaba tan aburrida. Pero me empezó a gustar como en la medida en que yo me fui entrando en este mundo y cachando que era entretenido y cachando que también podía ser una experiencia como vivible, como a mí no me ocasionaba problema vivirla. (...) Igual fue como que la curiosidad hizo que yo diera pasos para entrar en ese mundo, no fue como que me pasara, ni que me invadiera y que yo tuviera como que afrontarlo desde alguna crisis de identidad, como que a mí nunca me vino crisis de identidad, siempre fue como desde la curiosidad, decir como “y por qué uno no puede andar con una mujer además, también”, “y si te gusta una mujer, por qué no”, era como un poco también una rebeldía de decir “bueno si esto me pasa y yo como alma”, no sé, me inventaba cosas así como “si me pasa, ya está bien”, “y si quiero que me pase, también puedo ayudar a que me pase” en el fondo (...) Fue como más incidir en algo más que, como que uno provocar un poco como el juego y eso. Y después como que fue la huevada más sexual, pero al principio, partí por esto, como por lo nuevo, por lo distinto, por el coqueteo, por la cuestión. Y yo pensé que íbamos a durar cuatro meses y duramos como cuatro o cinco años (risas)” (E.8).

2.2. Inhibición y represión social en la expresión del deseo hacia las mujeres

Esta apertura a un erotismo no normalizado, en una sociedad heteronormada, implicó para las entrevistadas entender que sensaciones que para ellas eran “naturales”, no eran permitidas e incluso eran sancionadas, por lo que adoptaron actitudes de resguardo, lo que no sucedía cuando la atracción era hacia alguien del sexo opuesto. *“Es que por ejemplo, cuando yo pensaba así, como en las típicas cosas que uno ponía en el cuaderno, quién te gusta, yo escribía compañeritos y entre medio me aparecía la Camila y era como “no la voy a escribir, porque es una mina” (...) pero cachaba que aunque no la escribiera, daba lo mismo, estaba igual que el fulano de tal. Y yo creo que hasta la idea de saber que no podía, me daban más ganas. Ella fue como ícono para*

mí, porque fue el cachar que desde lo social no se debe hacer, pero yo no lo siento mal. Cuando yo me lo imaginaba, cuando me gustaba, yo me lo imaginaba desde que si lo hacía iba a pasar algo muy terrible, diez años con la culpa puesta y con una familia bastante conservadora desde ahí, con un papá muy conservador y una mamá bastante sombra. Entonces, mi sensación era que si yo iba a hacer algo desde ahí, una, iba a quedar la cagada en mi familia y dos, iba a ser muy doloroso para mí” (E.7).

“Para mí nunca fue tema que te gustaran las mujeres, era una cuestión absolutamente normal, claro que la normalidad te duraba hasta que yo lo guardaba absolutamente como una fantasía porque cachaba que no lo podía exteriorizar (...) Claro que con los minos podía salir, podía ejercer más libremente mi sexualidad más allá de mi cabeza, de fantasear. Y no lo expresaba, porque sabía que si lo expresaba iba a dejar una cagada más o menos y en realidad me daba lo mismo, mientras yo lo sintiera, para mí era natural, nunca le vi nada malo a que me llamaran la atención las mujeres o que me gustaran, que pasara una mujer al lado mío y que me gustara, que me gustara la profesora, la amiga y todo el tema, nunca me complicó, para mí era como súper agradable poder sentir esas cosas, era súper rico” (E.2).

De este modo, los mecanismos del poder -ya internalizados en la misma estructuración subjetiva- actúan generando un conocimiento de lo debido y lo indebido, asegurando en mayor o menor medida que los comportamientos serán los apropiados para el sistema dominante. Sin embargo, cuando las fantasías comienzan a exteriorizarse, cuando las conductas se “desvían” del camino debido, lo que se busca es poder reencauzar, aislando el foco del problema e intentando devolverlo a la esperada normalización. La familia, el grupo de pares y el establecimiento educacional, operan como normalizadores. Una entrevistada, relata que alrededor de los trece años, sintió cierta atracción por una compañera, situación que se hizo pública. La orientadora del colegio se hizo cargo, derivándola inmediatamente a una psicóloga y citando a su madre para comunicarle este “problema”. Todo lo que se generó desde ahí tuvo un gran costo social y emocional para la entrevistada, como el aislamiento por parte de las compañeras de curso, aversión a asistir al colegio, síntomas físicos manifestados en calambres en las piernas antes de ir al colegio, angustia por el dolor de su madre ante esta situación y, además, una inhibición que duró muchos años respecto a la expresión de su afectividad a nivel físico, para evitar ser mal entendida. “... claro tú puedes desarrollar algún tipo de atracción, porque también ella era mayor que yo. No está claro tampoco, no está claro, porque además te llenan de un montón de huevadas que dicen que tal vez a ti puede ser que te pueda pasar esto en cierta etapa de tu vida que es justo ahora. Claro, porque también te estaban amartillando como con una serie de algunas informaciones al respecto, en el colegio. Como “no se asuste mijita” o de frentón “asústese, pero solucionémoslo ahora, en este instante”. Entonces ahí me gané dos años de psicólogo. Porque alguien se dio cuenta (risas) que miraba a una compañera con más simpatía, tal vez a esa altura, como que algún resto de colmillos quizás (risas). Pero todo como sanamente. Y te cacharon y ya todo mal, todo

mal. Entonces ahí llamaron a mi mamá y todo el cuento, como terrible. Lloró, lloró caleta. En ese minuto lo más terrible ya no era que tus otras veinte compañeras de curso te dijeran alguna huevada, eso ya no era importante, no era tema, colegio de minas, todo, todo el colegio sabía. Como que no era tan importante como que la profesora haya hecho llorar a mi madre, a ese nivel la huevada pasaba a segundo plano” (E.9).

3. VIVENCIA DEL DESEO

3.1. No aceptación de la expresión del deseo hacia las mujeres

Cuando lo que se manifiesta ya no sólo son incipientes comienzos, sino que explícitamente un vínculo afectivo y sexual con una persona del mismo sexo, las consecuencias son más complejas, generándose un gran costo social y afectivo. Aparece una dificultad para aceptar tal vivencia afectiva, la que no sólo proviene del padre, la madre o la familia en general, sino que también puede venir de la misma persona que lo está experimentando, que rechaza lo que está sintiendo, lo cual implica un costo aún mayor.

Muchas veces los problemas de aceptación social parten en las propias familias, que no logran aceptar la marca negativa con que queda asignada la persona que está experimentando una vivencia fuera de la normalización. *“Y mi papá, le cuesta hablar del tema, trata de no tocarlo mucho, cuando lo tocamos dice que lo acepta, pero yo sé que toda su aceptación es para no alejarse de mí, pero en el fondo sé que le duele todavía, tanto como al principio. Bueno, de hecho cuando yo estaba con estos hombres era el hombre más feliz de la tierra, o sea casi le agradecía a los huevones el haberme traído al mundo otra vez. Si una vez escuché diciéndole al chico con el que me reencontré el tiempo que terminé con mi actual pareja, en un asado “que bueno que estás con mi hija, porque ella ahora encontró su centro otra vez”, o sea, él no ha dejado de ver como una desviación mi condición sexual” (E.6).*

“Yo en el fondo me permití sentir todo esto que empecé a sentir por mi amiga, porque en mi casa siempre estuvo el discurso del amor universal, (...) porque siempre en mi familia hubo muchos amigos gays (...) Entonces yo, lo asumí como algo totalmente natural del ser. Pero, cuando les tocó en la familia fue distinto, casi se mueren (risas), fue la contradicción más grande que yo he podido ver en una familia. Así que todo bien de la boca para afuera, pero cuando toca adentro fue terrible, mi viejo casi se murió, yo lo encontraba en las mañanas llorando en el baño, heavy, con depresión, “qué hice mal”, “en qué me equivoqué” (...) Pero me lastimó ver sufrir a mi papá, eso sí me hizo muy mal, creo que todavía me duele su llanto en el baño, que es algo que me ha costado superar. Lo hemos hablado bastante los dos

y según él está todo superado, pero yo insisto en que no está superado, yo creo que a él todavía le duele, pero por no alejarse de mí, porque yo soy muy regalona de mi viejo, por no alejarse de mí él aceptó, pero en realidad creo que nunca estuvo de acuerdo y que siempre le dolió igual, aunque él haya aceptado” (E.6).

Los padres y madres muchas veces se cuestionan el grado de responsabilidad que tuvieron para que sus hijas hayan quedado posicionadas en un lugar devaluado por la sociedad. *“Mi vieja así como desde el sentirse culpable de qué había hecho mal ella como mamá para que yo estuviera metida con una mina, era desde ahí su rollo y su pena y su impotencia (...) Y mi mamá me decía que puta, que de alguna u otra forma ella me aceptaba, pero era como la sensación así como, aceptaba eso raro que estaba sucediendo, era desde ahí, eso era lo que a mí me llegaba” (E.7).*

“Y se empezó a quedar en mi casa más seguido y mi papá cachó que ya era mucha la amistad, empezamos a salir nosotras, empezamos a ser pareja. Entonces mi papá “no”, me dijo, “tú estás trabajando, estás ganando plata y si tú quieres tener esta vida sexual con mujeres, que a mí no me gusta, anda a vivirlo afuera, tú sola sí aquí, pero con ella no”, le dije yo “me voy, me voy”” (E.10).

En la mayoría de los casos, son temas difíciles de tocar para las familias, por lo que se evita hablarlos. *“O sea, es yo creo que desde ahí se hizo como una especie de, no sé si trato con mi mamá, pero yo siento que es como esta cosa de, de que en el fondo mi mamá quiere saber lo que quiere saber no más. Es como de lo que no se habla (...) En el fondo, yo creo que mi mamá igual cacha que yo me puedo enamorar de una mujer. Pero de ahí a que yo le diga, o sea, si yo le digo, la mato” (E.9).*

Otras veces, los problemas respecto a la aceptación tienen relación con la misma mujer que esta viviendo tal experiencia. La no autoaceptación se manifiesta en algunos casos, como una gran dificultad para desarrollar o profundizar relaciones afectivas y eróticas con mujeres, pues el costo social y la desvalorización personal que esto implica, obstaculiza asumir lo que se está sintiendo. *“Al final se acabó porque como que yo nunca di el paso, no sé que paso, de ponerla en otro plano. Yo desentendida todo el rato. No sé por qué, no se si tenía miedo, a lo mejor. No me asumía, no es que no me asumía, no asumía la situación” (E.4).*

“Yo cacho que necesito un poco más de madurez y una estabilidad real en mi vida si quiero estar con una mujer, porque todavía me causa así como, como que no lo asumo bien, como que me cuesta, no tengo la tranquilidad para hacerlo, así como oculto y todo” (E.10).

“Pero era como que lo cachaba pero no me quería hacer cargo, no me quería hacer cargo de que me gustaban también las minas, porque lo encontraba muy complicado, no quería planearme en algo desde lo cuidadoso con una mina, cachar todo lo que hay que hacer para estar con una mina desde lo cuidadoso, es el combo que te llega, si bajáramos con la Pilar tomadas de la mano o bajáramos aquí a

conserjería tomadas de la mano, lo más probable es que nos echen. Todo ese pajeo, yo creo que hasta el momento en que yo decidí pinchar con mi amiga, fue “no quiero esta huevada para mí”, o sea, prefiero no validar esto que estoy sintiendo, no validarme a mí, no validar que me pasan huevadas con minas, para no tener que estar con toda esta huevada, pensando que eso era muy agotador, porque en la realidad no lo es” (E.7).

“... como que no soportaba que me miraran en la calle, me ponía falda y me hueveaban, que latero, porque quería invisibilizarme, tenía como esa cosa de que yo no quería que nadie supiera que andaba con ella, primero, porque igual tenía hartos rollos así como que me vieran, que hablaran, que supieran, el mundo que me conoce, no sé, me daba lata, entonces andaba todo el rato comprimida así, apretada, andaba mal, así. Por eso yo cacho que me fui a vivir a Argentina y allá es más relajado, porque allá está establecido el matrimonio entre hombres con hombres y mujeres con mujeres, entonces está mucho más aceptado, hay caleta de mujeres viviendo allá, hay agrupaciones, como que hay todo un rollo, así como que está mucho más abierto el tema y ahí como que intenté, pero caché que donde estuviera iba a tener este problema (risas)” (E.10).

También esta no autoaceptación, impulsa a realizar actos dentro de la norma, para así poder descansar en territorios aprobados por la sociedad. “Después de eso (primera relación con una mujer) tuve un pololo yo, como seis meses después, en cuarto medio. Fue un pololo así como para estabilizarme. Estaba yo súper complicada con ese tema, con el tema de haber estado con ella, porque era mina, porque era mujer y mi mamá había cachado, mi papá había cachado, a mi papá le cargaba, no la soportaba, nunca le hizo una mala cara, se quedaba en la casa y todo, nunca le puso una mala cara, pero no le gustaba, no le gustaba para nada. Entonces, después como para llevarme bien con mi papá, para yo relajarme frente a la sociedad casi, frente al mundo así, me puse a andar con una bestia. Un mino, que era así como súper top y la huevada, sus dreadlocks, el loco estudiaba arte, escultor, le iba bien en sus huevadas, pero una bestia, una bestia, una bestia. (...) Porque quería tener un pololo hombre, para que me miraran mejor mis papás, porque me veían muy rebelde, porque me veían muy mal, así como que yo hacía todo lo que no se tenía que hacer, lo hacía, entonces me veían mal. Entonces, que me vieran con un pololo, por último para que se tranquilicen” (E.10).

3.2. Costos en la pareja

Esta dificultad social y personal para aceptar los vínculos afectivos y sexuales no heteronormados, generan consecuencias en la misma relación que se vive. “Entonces empecé a tener presiones por todos lados, la familia, así y la presión de ella y mi presión propia como que dejó la cagada en nuestra relación y como que mis relaciones lésbicas han sido súper coartadas y censuradas, como que no lo he podido vivir tranquilamente. Y ahora que estoy pololeando con este chico, mi mamá está fascinada, está más contenta, mi papá también está contento” (E.10).

“Igual, nuestra relación con ella fue súper apresurada, porque si queríamos estar juntas, teníamos que hacerlo así, porque en su casa tampoco (...) Entonces ni un respeto, lo mejor que podíamos hacer era ir a vivirnos juntas si queríamos estar juntas. Entonces súper presionado, súper apresurado, porque nos conocíamos, pero no tanto como para vivir juntas, así como embaladas, como para formar familia, una huevada así o convivir, era como mucho” (E.10).

“... y no nos resultó, pese a que nos queríamos mucho, pero también las cosas se fueron desgastando, se va desgastando el rollo de tanta cagada, de tanta intimidad. Como la reclusión en el mundo privado y además que yo me fui sintiendo así como poco valorada. Porque ella nunca decidió si quería o no estar conmigo, como que nunca lo asumió (...) yo cachaba que me tenía súper escondida, (...) yo creo que estábamos súper enamoradas las dos, heavy, pero yo no soy tan conservadora, ella es más conservadora y hay un costo social con el rollo de tener mina (...) Para mí nunca fue un rollo en realidad, no le tengo miedo a eso, ni le tengo miedo a que me discriminen, porque estoy tan convencida de que es una estupidez, en realidad es problema de la gente. (...) Ella no. Y yo creo que yo la esperé harto tiempo a ella, pero me cansé. (...) Porque igual pasa, si estás con alguien, uno no es un ser solo, entonces igual tienes que circular, igual tus amigos tienen que saber o se van a enterar. Bueno, yo creo que yo me aburrí de eso, me aburrí de esperarla. Harto tiempo, ene tiempo y ene desgaste” (E.3).

4. MODOS DE EXPLICACIÓN

4.1. Desde el discurso dominante

Las explicaciones del mundo habitualmente están tamizadas por la heteronormatividad (Butler, J.), conformadas por el lenguaje en el que se nace y a la vez cada quien se constituye (Wittig, M.). De este modo, incluso experiencias que transgreden estos límites, son explicadas a partir de las posibilidades de significación existentes –establecidas dentro de los mismos límites. *“... era distinto para la mujer, porque como con la mujer soy más hombre y con el hombre soy más femenina, es como que más entregada, así como que me recuerda hasta el día de hoy que soy mujer, y con una mujer soy más masculina, menos con mi pareja actual” (E.1).*

“Sí, lo pasé muy bien con él. Pero ese fue el punto, que empezó a verme él como una no mujer. Así lo viví yo. Y empieza a hablarme de su ex pareja, entonces empieza a meter a otra mujer en el medio para excitarse y para excitarme (...) Entonces llegó un punto en que yo dije “no po, si yo soy mina, a mi me gustaría provocarlo a él, excitarlo yo a él y no que aparezca otro tercero”, aunque me excita y en realidad yo pienso que me excitaba (...) ahí yo empiezo a cuestionarme y digo “no po si yo quiero provocarle al hombre por mí, por mi femineidad y por lo que yo soy” (E.1).

“... sentí esta sensación, que era como, se me venía un dibujo a la mente, que era, yo mujer, mujer, mujer, hombre, hombre, hombre como de frente y sentía como que yo forzosamente hacía esto de darme vuelta y quedar frente a otra mujer” (E.8).

En este sentido, las prácticas desestabilizadoras, no sólo pueden ser resignificadas rizomáticamente, sino que también de un modo arborescente, neutralizándose las multiplicidades vividas, según los ejes de significación de la heteronormatividad (Deleuze, G. y Guattari, F.). Así, por ejemplo, lo “masculino” está enlazado a “hombre” y “hombre” está a su vez enlazado al “deseo por una mujer”. *“... es que siempre tuve muy presente mi masculinidad, desde niña (...) Las niñas eran como todas suavitas, y yo no, yo no era suavita entonces era como, o sea, yo creo que fui bisexual desde chica, porque siempre había esa dualidad, me vestía entera de blanco de repente, como súper femenina y shahh con short, “loco compitamos”, como correr, me ponía relojes grandes, como súper ahombada y de repente súper femenina. Esa dualidad, de la que no tuve conciencia hasta hace, no sé, de a poco realmente” (E.1).* De este modo, el sujeto es entendido como sujeto de sexo/género/deseo (Butler, J.).

Sin embargo, determinadas vivencias permiten repensar las categorías de significación del mundo y la realidad, cuando las definiciones existentes y posibles no logran explicar lo que se vive. Así, hay de algún modo, un cuestionamiento de la matriz heteronormativa. *“Y bueno, la cosa es que además yo empecé a problematizar el rollo de los hombres, así como “qué es que te gusten los hombres” (risas) y yo caché que también eso era una mentira, pero lo caché en el ejercicio, no era una huevada teórica que yo había leído en un libro, me había pasado, me había pasado que en realidad, porque a mí lo que me pasó al estar con ella es que a mí se me derrumbó todo, se me derrumbó la huevada de la pareja, se me derrumbó la huevada falocéntrica, todo, todo se cayó a pedacitos y lo único que me quedaron fueron muchas preguntas de difícil respuesta. Y se me derrumbó porque no me servía para poder estar con ella, no me servía para poder decir qué es lo que me estaba pasando a mí, no me servía como para poder expresar qué tipo de sexualidad estaba viviendo yo” (E.3).*

4.2. Desde los roles

De este modo, las relaciones dentro de la matriz heteronormativa también quedan enfrentadas a las concepciones de roles que ésta misma determina, quedando modeladas por el sistema dominante de significación del mundo y de la realidad. Sin embargo, aparecen experiencias que generan alguna modificación en tales concepciones, pues aunque la idealización del vínculo heterosexual (Butler, J.), marca los ideales de lo

masculino y lo femenino –como opuestos complementarios y mutuamente excluyentes- manifestados en la repetición continua y ritualizada de prácticas normadas, hacer un quiebre a esta idealización del vínculo heterosexual, abre posibilidades de resignificación de lo masculino, de lo femenino -de los roles en un vínculo erótico y afectivo; de las normas de género. *“Pero también hay otras cosas, que se van dando en la relación de pareja, como la parte del rol, que son otras cosas que no son como tan aquí y ahora, sino que es como lo que se va dando con el tiempo. Entonces yo siento que igual como que entramos en un cuento de roles, no, no... sí, sí, sí como activo-pasivo. Yo creo que tenía que ver con las personalidades también, porque la mina era como mucho más potente, así como en el sentido como más activa (...) la parte negativa, de esta cuestión como medio enrolada, como de rol, era que al ser tan activo masculino, yo me sentía como más, como un estereotipo, entonces eso ya como que no era agradable. Yo creo que eso se puede dar en otro tipo de relaciones heterosexuales también (...) Sí ella adquiriría como un rol más activo, creo yo, desde mi visión y lo malo es que por ahí yo me sentía más pasiva (...) Yo pienso que eso coarta. (...) cuando ella me gustaba, me gustaba como mujer, como mujer con otra mujer. O sea, eso era ya todo, entonces ya era lo potente, ya era lo bacán, no necesitas como ponerte en una actitud. Y cuando se hace una actitud es fome y cuando se empieza a repetir una actitud ya es más fome” (E.8).*

Los roles de lo femenino y masculino están claramente marcados y dictaminan qué acciones son propias para cada lado de la dualidad. Razón por la que al realizar acciones del lado contrario al que se pertenece, se asume la representación del rol correspondiente. *“Y ellos han tenido la suerte de que en esta mujer hay una mamá y hay un papá, entonces mi lado femenino, protectora, muy buena persona para cuidarlos, para educarlos, todo y detrás de esta persona está la otra parte mía, que tenemos una parte masculina, entonces es la que enseña a jugar a las bolitas, al trompo, a la pelota. Hice los dos papeles” (E.5).*

De esta manera, se atribuyen determinadas características a las personas que ocupan un lado del binomio heteronormado y otras a las que ocupan el otro lado. Características atribuidas a las mujeres. *“Además, como éramos dos mujeres, la manera de resolver los conflictos era súper lenta y como que caíamos en el mismo hoyo negro y duraban conversaciones de cuarenta horas, así como días y días en la huevada, entonces como que tenía poca salida” (E.8).* Y características atribuidas a los hombres. *“... mi pololo actual (...) cocina, me lleva desayuno, entonces esas cositas tiernas, que yo pensaba que las hacían sólo las mujeres y las hace él o los abuelos” (E.10).*

Los roles determinados para hombre y mujer -diferenciados y complementarios- son preferidos por tres entrevistadas. *“Como que él podría hacer las cosas de hombre y yo no me tendría que meter mucho y yo podría hacer cosas de mujer (...) Entonces yo creo que no me*

molestarían los roles, en el sentido que van a servir para hacer algo, como para criar un hijo, para mantener la casa, no sé qué, pero siendo la única mujer, de una pareja hombre-mujer, yo puedo hacer todo lo que quiera como en mi volada, como mujer; yo puedo imponer, no imponer, pero armar la casa, no sé qué y todo lo que corresponde a una mujer, como yo soy. Pero cuando son dos mujeres es distinto, porque como que hay una cosa de territorio, no sé si de territorio, pero no sé, creo que podría ser más fácil con un hombre” (E.8).

“Sí, yo me siento como con más, es que me siento como más única con un hombre, yo soy la mina, me siento más en mi papel. Así como de mina, puedes venderla, así como “ay pucha, no quiero”. (...) o sea, igual lo puedes hacer con mujeres yo creo, pero yo no lo hice. (...) Porque no me queda cómodo, porque con mujeres me pongo como ruda, así como más dura, así como todo el rato dura. Me siento como que ellas cachan más de la huevada y yo soy siempre como primeriza. (...) Con minos no, con minos como que es una relación conocida, los tipos, está más estereotipado, cómo tiene que ser. (...) o sea, lo conozco más, porque es como el referente de relación social tener un mino, casarte, es lo normal digamos (...) me gusta eso. Me gusta así como que el macho, me gusta esa huevada (...) Sí y “anda a comprar tú” y “hace esas labores y yo me quedo en la casita”. Pero de cómoda y de repente cuando no quiero, no es así no más. Pero como que me gusta eso, me río de eso y juego con eso, mientras no sea una huevada” (E.4).

La sexualidad también es un ámbito donde se juegan los roles, los que pueden estar dictaminados por los mandatos de la matriz de sexo-género, transformándose en roles estáticos, obligados, establecidos como ideales –necesarios de ser cumplidos para poder representar lo debido. “... ahí la sensación era como que tenía que hacerlo bien. Bien, en estar bonita, en estar perfecta, en siempre tener ganas, como desde ahí. Como más con cabeza metida ahí (...) una imagen que yo tenía que tener con él (...) Con el Pedro yo no fui muy yo. Terminé cachando que ahí yo no era yo, que yo al final terminaba adecuándome (...) era como la sensación de actuar por lo que quizás a él le gustaría que yo hiciera, como para seguir manteniendo la relación (...) no era plena todo el rato, era como que si tirábamos, yo tenía que estar en una cierta postura después de o andar siempre perfectita para que no fuera a atentar contra lo que yo debía ser. Esa era una huevada mía que también me hacía sentir él, la sensación de no validar lo que me estaba sucediendo, “esto es una huevada”, pero es una huevada “pero a ti también te gusta que sea así”, o sea, las pocas veces que yo estuve así como muy relajada, era como, así hasta como comentarios de “tápate” o “ponte no sé qué” o “eso no es femenino”. También era una devuelta de que “parece que esto que yo estoy pensando no está tan mal”, “esta huevada que siento en la guata parece que es”, como “parece que a este huevón le gusta de cierta forma” y “que la mina sea de cierta forma” y no de otra. Y tú cuando tiras, tiras y si después te quieres acostar y tienes las piernas juntas o las tienes abiertas, o tiras la pata arriba o no sé qué o no te quieres ir a lavar, es y si la cama queda sucia y no la quieres limpiar, es. Con el Pedro eso no me sucedía, era como que tenía que tener una postura no sé qué, casi mina de película todo el rato, no que lata” (E.7).

“... porque ella era bien masculina. Sin embargo, cuando estábamos haciendo el amor, yo era masculina, era como más agresiva, más. Como que siempre en la relación sexual aparece como un sometido y uno que somete, entonces como que yo sentía que en ese momento yo la sometía a ella y ella se entregaba. Y siempre era yo como más activa, en cambio con los hombres no” (E.1).

Sin embargo, los roles también pueden ser más laxos en sus límites, permitiendo mayor variabilidad y movimiento, generando menos obligatoriedad y pudiendo ser más compartidos -sin que ello aparezca como una amenaza. *“Es circunstancial, no es que yo tenga una actitud con ellos o una actitud con las minas, la actividad puede ser con los dos o la pasividad puede ser con los dos. A mí me encanta jugar y todo el cuento, como que siempre tengo la misma actitud con hombres y con mujeres. Como que cuando empecé a tener relaciones sexuales (...) como que ahí, claro, no sabías como se hacía y todo el cuento, entonces era ya él arriba, yo abajo, entonces fue todo un aprender (...) Y ya después de eso, como que claro, vas aprendiendo, vas diciendo “no, por qué”, o cuando te empiezas a acostar con una mina, por qué tiene que haber una activa y una pasiva” (E.2).*

“A mí me gusta que una mujer sea activa y pasiva (...) porque yo soy mujer y la persona que me gusta es mujer, no es hombre, nadie tiene que demostrar nada a nadie, acá las dos tomamos los roles igual. Por ejemplo con mi pareja, ella lava, yo cocino” (E.5).

4.3. Desde las relaciones de dominación-sometimiento

La expresión estereotipada de las conductas, obligada por la matriz heteronormativa, no sólo implica una rigidez en los roles, sino también todo un sistema jerárquico, de dominación. Sometimiento y dominación son significados de diversas maneras por las entrevistadas, a partir de la concepción previa que se tiene de los roles debidos y de las nuevas experiencias, que desdibujan esas líneas demarcatorias respecto a lo que se debe hacer, a lo que se debe ser.

La sociedad heteronormativa (Jeffreys, S.), conforma el lazo del deseo heterosexual, marcado por la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres, subordinación que queda erotizada. En este sentido, determinados modos de seducción, en algunos casos, son asociados a una estrategia de dominación y sometimiento. Desde la adolescencia no se presenta una identificación con los patrones heteronormados de seducción, vislumbrando algún grado de violencia en la posición de dependencia en que queda la mujer respecto a la mirada y valoración que el hombre pueda hacer de ella. Así, algunas entrevistadas no perciben erotizadamente la subordinación de la mujer, por el

contrario, les parece violenta. *“Bueno y ahí, en el nuevo colegio, fue peor, ahí fue peor, porque las minas, si estas otras locas eran así, estas minas eran al chancho, como un abandono de sí. Si yo sentía, yo me acuerdo la violencia como con sus cuerpos, así heavy, como todo el rato viviendo para los otros, para los otros, para los otros y estando tan pendientes, me acuerdo así, tan pendientes de la mirada del otro, éste la miró y éste, así, como sensaciones así, que además para mí era una lata, yo decía pero cómo estas minas están todo el día en esa, todo el día en esa (...) Y como muy producidas y como mucho hablando del mino, del de acá, del de acá y a medida que fuimos creciendo en ese colegio esto iba aumentando y a mí me parecía una lata, me parecía una lata. (...) porque como estaba en ese ambiente, yo no estaba dispuesta a convertirme en una mujer así para poder acceder sexualmente a un hombre, ni cagando. (...) Y que en realidad también me pasaba que esos hombres no me atraían para nada, para nada” (E.3).*

“A mí, yo a los doce años caché esa huevada, caché esa huevada en el colegio, de la conquista, porque como yo nunca fui como la minita del curso, siempre cachaba que los minitos conquistaban a las niñas y como yo lo veía de afuera del círculo, nunca me gustó, nunca lo acepté, lo encontraba horrible, lo encontraba súper como de servidumbre de la mujer, entonces yo dije “nunca voy a establecer ese tipo de relaciones”. Porque parecía complaciente, complaciendo, así “ay, que lindo esto”, “¿tú encuentras?”, “que lindo”, yo lo encontraba complaciente, no me gustaba” (E.10).

“Entonces, ahí a mí se me hizo súper difícil, porque también empecé a cachar que las discotecas eran así, que era como una carnicería y yo sentía eso en mi cuerpo, como una cosa agresiva, pero como que me dolía el cuerpo y yo cacho que es porque siempre he estado muy conectada con él, entonces me sentía súper mal. Porque tampoco estaba dispuesta yo a exponerme a una situación así, como que te saquen a bailar o como que te mientan y te digan huevadas como para tirar contigo y después no pescarte, tampoco, para nada” (E.3).

Por otra parte, la fuerza de los hombres, es percibida en muchos casos como algo que deja en posición de desventaja a la mujer, quien queda más vulnerable en una relación. Además, la forma de relacionarse de los hombres, es percibida en varios casos como una forma de ejercer cierta violencia respecto a las mujeres, lo que genera rechazo. *“Yo he tenido buenos hombres, yo creo, porque tampoco, no me gustan los machos brutos (...) no me gusta, porque quedas, o sea quizás con los hombres uno siempre queda en un pequeño nivel de desventaja. De fuerza, de un montón de cosas que son como naturales, huevadas biológicas. Como que básicamente la fuerza y lo que pueden infringir con ella. Pero me han tocado buenas personas, buenos hombres” (E.9).*

“Entonces yo podría decir que con la mujer yo busqué la parte sexual heavy así, sentirme bien sexualmente y sentirme bien como dominando, porque de alguna manera siempre sentí que el hombre me dominaba. Independiente de que yo hiciera cualquier cosa, siempre sentí que el hombre me aplastaba y era una sensación como someterse y nunca me gustó (...) algo más mío, mi concepto de hombre. Como que más bien eso, lo que tengo de los patrones de mi familia cachai, entonces igual siempre el hombre ghuee, era como un aplastarme (...) Entonces claro cada vez que un hombre

empezaba a hablar mal, entonces yo me veía aplastada. Porque la forma que ellos tienen de hablar de una mujer es como muy agresiva, aplastante, como "mira, sus pechos" y la huevada" (E.1).

"Yo era él al final, era como su sombra, eso yo cacho que era tóxico. Yo creo que tirábamos cuando él quería tirar, al final nos juntábamos cuando él quería, la relación era él, era él, era como un dios. (...) igual fui infeliz. Igual no era nada, estaba disminuida todo el tiempo" (E.4).

Asimismo, se relata que la sexualidad que despliegan los hombres no considera el sentir de la mujer, referido como algo más agresivo. *"... además que los hombres son muy caballos, algunos, no sé todos, porque no conozco muchos. En el sentido de si vamos a la parte sexual son muy brutos, creen que porque te hacen cariño en un pecho o te dan un beso en el cuello, con eso para ellos es "¡ya la mujer está lista!"; no es así" (E.5).*

"... pero él era muy femenino también, o sea no era un tipo "pah, ven", no, él muy, con mucho cuidado, como que te envuelve y bien. Yo siento al hombre más agresivo" (E.1).

Otra actitud, referida al dominio y que genera rechazo es la posesividad que los hombres muestran respecto a las mujeres. *"Bueno, lo que me complica de los hombres es que son muy posesivos, muy carnales, creo que por eso con ella fue tan bien, porque no tenemos ese sentimiento de posesión tan enfermizo (...) porque "esta carne es mía", "este pedazo de carne es mío". Es muy carnal lo de los hombres (...) a mí eso me molesta, por eso me canso rápido también de los hombres. Necesito de ellos, me gusta tener sexo con los hombres, pero me cansa eso, eso de que "la mujer es mía", me asfixia, me asfixia terriblemente, llevo un par de meses con un tipo y ya" (E.6).*

5. LO ABYECTO

El poder (Foucault, M.), disciplinario, de autovigilancia, es un poder encubierto, pues sólo puede ser entendido a partir de una de sus dimensiones: la represiva. Sin embargo su dimensión productiva es barrada y nunca vista. De este modo, realizar actos que transgredan los mandatos impuestos a través de los mecanismos del poder, no sólo significa romper determinadas cadenas de represión, sino que también resquebraja las bases mismas de una constitución subjetiva que fue realizada gracias a estos mecanismos -mecanismos de represión, mecanismos de producción. Quizás agrietar los propios cimientos, a partir de actos que parecieran sólo quebrar murallas ajenas a la propia subjetividad, abre puertas a una intensidad real difícil de significar: lo abyecto. "Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado

de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí está, muy cerca, pero inasimilable” (Kristeva, J.)¹⁹. *“Una rareza, fue extraño, fue extraño, fue extraño, raro (...) nos damos un beso por primera vez. Bonito, pero raro. De hecho me pasó algo mientras nos besábamos y era que, estaban construyendo una multitienda ahí cerca, vi que se cayó un vidrio mientras la besaba, caía un vidrio gigante, caía, se hacía mierda el vidrio, se armaba de nuevo y subía, eso vi, en ese rato. Y después de tener esa imagen la seguí besando tranquilamente (risas)”*. (E.9)

“Cinco años estuvimos juntas, fue heavy, todavía cuestionándome que yo, no podía ser, una mujer con otra mujer. Me acuerdo que me llamaba por teléfono y me decía oye, o sea yo me acuerdo que terminaba tan enamorada así “chao mi amor”, cortaba y decía “es una mujer, dios mío”, no podía ser. Me cuestioné tanto eso” (E.1).

“Pero cuando a mí me empezó a pasar que yo me empecé a sentir excitada, dije “esta huevada qué onda” (risas), “no, no puede ser”, no de que no puede ser, pero yo me empecé a preguntar así “qué onda, qué onda, qué me pasa”, como “qué es esto” y de cachar que cada vez que nos veíamos había como un avance en términos de la experimentación y de la proximidad y yo dije puta, en qué va a terminar esto y ahí, cuando yo caché esto, me empecé a asustar un poco, porque no, porque la verdad es que a mí nunca me habían pasado rollos lésbicos con nadie, de hecho así como súper heterosexual, pero así al chanco” (E.3).

“No sé por qué será tema. Es simplemente porque te estás tocando con alguien que tiene pechugas también, es eso. Eso dentro de un marco que tal vez no es lo que corresponde, tal vez eso es lo que enmarca (...) porque estás teniendo una pulsión sexual, eso es. O sea, en el fondo te estás calentando con la huevada, si eso es. Porque por hacer cariño, si tú tienes cariño con alguien, te haces cariño como quieras, dentro de la sexualidad que tengan esas dos personas, pero ahí cuando ya te estás excitando y todo” (E.9).

“O sea, la primera vez que tuvimos un encuentro sexual, arranqué. Fueron dos veces, un intento y uno que después fue realmente, pero el primero arranqué. Estábamos desnudas y mi palabra fue “no puedo”. Yo creo que me puse nerviosa, me dio un poco de miedo, no sé por qué, no lo tengo muy claro, pero era como el calor, el calor de ella, el calor de su cuerpo (...) Entonces claramente no pude, no pude, no pude y más encima de repente miramos para un lado y había un espejo y nos miramos las dos así y como que, o sea, agarramos la ropa y nos vestimos, no sé por qué, fue como raro, pero no yo, ahí fue como las dos (...) Como que raro, que extraño. Tanto como la imagen del vidrio, como que fue fuaa, ya, nada” (E.9).

“... yo como que no hablaba con ella de ese tema porque me daba un poco de vergüenza, lo tenía bastante reprimido, súper reprimido, ultra reprimido” (E.10).

La abyección irrumpe al transgredir las marcas que delimitan una subjetivación bajo la ley de la heteronormatividad. Esto, de algún modo se relaciona, con que cada persona que

¹⁹ Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.39.

transgrede el muro de la ley heteronormativa, transgrede a la vez, el propio muro que es; pues ese poder que lo limita, también lo conforma.

B. CUERPO, EROTISMO Y SUS VARIACIONES

Las formas de experimentar el deseo y el erotismo son diversas. Sobre ello es relevante destacar que las prácticas que se escapan de la normalización, van generando nuevas y múltiples variaciones en los modos de percibir el vínculo erótico y la propia corporalidad en la vivencia erótica.

1. AFECTIVIDAD

No sólo el modo en que se ha desplegado el erotismo ha sido diferente en cada entrevistada, sino también la forma en que lo ha hecho la afectividad en estos vínculos. La mayoría manifiesta que la afectividad ha sido clave al momento de desplegar un erotismo más total, por lo que lo consideran un aspecto importante, aunque no sea un prerrequisito para establecer un vínculo erótico. Nueve de diez entrevistadas se han enamorado de hombres y mujeres, pero sólo dos dicen haber amado a hombres y mujeres. La generalidad manifiesta haber sentido algún enamoramiento hacia hombres, pero un amor más profundo sólo hacia una pareja mujer. Una entrevistada se ha enamorado y amado sólo a mujeres y una entrevistada manifiesta haber amado más profundamente a un hombre y no a su ex pareja mujer. *“La con el papá de mi hija fue una relación bastante importante, pero yo nunca sentí que lo amaba realmente, nunca. Estuve con él como tres años, pero no sentí realmente amor. Eso lo noté después cuando me enamoré de verdad de mi pareja actual, de todo lo anterior que yo llamaba amor no, era muy pequeño en realidad, no se podría decir que era un amor intenso o qué sé yo” (E.6).*

Aunque la afectividad ha sido vivida de modos diversos, el sentimiento de valoración hacia ellas, experimentado en relación con sus parejas -sean hombres o mujeres- ha sido igual. De este modo, no atribuyen al sexo de sus parejas una diferencia en la valoración que reciben. *“No, no siento diferencia, me siento rica igual (risas) (...) o sea, yo me siento bien, porque*

me siento súper deseada igual, si no me siento deseada como que para la huevada y digo no, no, aquí hay algo mal (risas)” (E.2). “... si me siento igual valorada, me he sentido cómoda, me ha gustado” (E.6).

2. VÍNCULO ERÓTICO

Las características de un vínculo erótico con hombres y mujeres son percibidas como diferentes. El modo de desear de un hombre, la fuerza que es capaz de ejercer, entre otros, marcan disparidades que si bien pueden implicar cosas no apreciadas, también generan aspectos valorados como positivos. Por otra parte, el modo de acercamiento con una mujer también manifiesta características particulares que marcan la manera en que se genera tal vínculo y su valoración.

2.1. Con hombres

2.1.1. Dificultades en el placer

El vínculo erótico con hombres aparece valorado negativa y positivamente. Para algunas, el placer no ha aparecido en las experiencias sexuales con hombres. El modo de aproximación erótica de los hombres con que se han vinculado, les ha dificultado o no les ha permitido desplegar su propio erotismo y vivenciar de un modo placentero el encuentro.

Por una parte, determinadas maneras de establecer y mantener un vínculo afectivo y erótico por parte de los hombres, son consideradas como que no contribuyen a una buena relación y además son vistas como rasgos frecuentes. *“Yo siento que el hombre se ha olvidado un poco de la mujer, en el buen sentido se ha olvidado y se pone muy bruto para el trabajo, para todo, le da prioridad a muchas cosas y poca a la mujer (...) Yo tengo muchas, muchas amigas que son casadas y tú le preguntas a una mujer “qué crees tú que le falta a tu pareja”: “tiempo” (...) En cambio, nosotras las mujeres, si a mí me pides tiempo, yo te doy tiempo, todo el tiempo del mundo, porque yo tengo tiempo, es eso. Y si estoy trabajando, igual me hago el tiempo, porque es importante, porque tú vas sembrando y con el tiempo vas cosechando. Yo siento que los hombres se olvidan que somos una plantita y que necesitamos agüita todos los días” (E.5).*

Por otra parte, en algunos casos, se atribuyen a las características específicas del hombre con que se mantuvo el vínculo afectivo y erótico, las dificultades para experimentar placer. *“Una bestia en todo su sentido, así, bruto, complacido con él mismo, se complacía sexualmente sólo él, o sea, yo muy pocas veces tuve un orgasmo, el huevón era precoz, después tenía dramas de*

impotencia, el huevón estaba súper conflictuado, porque él era muy, parece, yo creo que él era bastante promiscuo, entonces le conflictuaba tener una polola, entonces yo también creo que por eso se puso impotente. Me cagó. Me cagó, porque no tenía orgasmos, no disfrutaba ninguna huevada. El huevón no hacía ninguna manifestación, ningún ejercicio por complacerme a mí. Me cagó, me dejó lateada sexualmente, apestadísima” (E.10).

También, la historia personal, determinadas experiencias traumáticas infantiles, son atribuidas como causas en la dificultad para experimentar placer sexual con un hombre. *“Pero con un hombre, antes, era agresivo y siempre me sentía sucia. A los trece años hice un poema que hablaba, soy mujer y tengo, no sé po, todo el cuerpo sucio, porque el placer es el fuego del infierno, el no permitirme disfrutar cacahi, como que no sé, no sé si fue eso lo que me llevó a una mujer o qué, pero con una mujer yo me siento muy plena en la relación sexual, me gusta mucho. Con una mujer yo no me siento sucia, es increíble, pero con un hombre aunque mucho yo tenga conciencia de que eso no es verdad, la sensación que tengo es de suciedad. Entonces yo tengo un amorío con un hombre y es cresta, así como que asco, o sea, soy sucia, soy pecaminosa, no sé, aparece todo eso que está ahí archivado” (E.1).*

2.1.2. Dificultades en la confianza

Las diferencias en cuanto a la fuerza y modos de vincularse que tienen los hombres con respecto a las mujeres, generan cierta desconfianza al momento de establecer una relación, derivada de las atribuciones que se les otorga a tales diferencias. *“... la fuerza que pueda ejercer el hombre en ti es diferente a la que pueda ejercer la mujer, como que en la mujer uno está más o menos equiparada, más o menos equilibrada en ese sentido. No digo que yo lo haya sentido así tan terriblemente ni nada pero, pero con el hombre siempre hay una especie de miedecillo a algo, por lo menos a mí me pasa, que puede ser desde que vayan a entrar muy fuerte hasta que no sé, no sé, hasta que se vaya al otro día sin despedirse, no sé, cualquier huevada, en el fondo es como una cosa de fuerza distinta, además de todas las diferencias de relieve que puedan tener el cuerpo masculino con el femenino” (E.9).*

“No, no, igual una se siente distinta yo creo. Son cosas que todavía no puedo explicar muy bien. Hay algo en el tema con el hombre que uno da un paso más atrás, como que agarras un poco más de distancia, al principio, por como desea el hombre. Es que esa como desea el hombre te lleva un poco a la desconfianza y te haces un poco más a atrás. En cambio con la mujer igual te dejas seducir un rato, te puede envolver un rato y ya cuando te está joteando, tú te puede dejar envolver un rato con un poco más de confianza, independiente que al final igual le digas no a ella como le digas no a un hombre. Con una mujer no me pasa esa desconfianza, a no ser que ella se acerque con una actitud masculina, o sea, si viene una y me dice no sé qué y me agarra no sé cómo. Como una cosa, a lo mejor no es masculina, pero a mí no me gusta la gente como la huevada bruta. Entonces si alguien a mí se me acerca de una manera bruta, que me ha pasado, como que aquí te las traigo Peter y yo soy yo y tienes que querer

conmigo, porque yo soy yo, como que ésa es una actitud que tiene bastante más el hombre que la mujer, pero cuando se acerca una mujer con esa actitud, a mí no me gusta, no me gusta, no me gusta. (...) ellos tienen más fuerza. O sea, una mujer igual te puede tironear y no sé qué e insistirte, pero cuando te insiste un hombre, igual es más heavy, de alguna manera se transforma en algo más heavy, más bruto, no sé si más bruto, pero más violento, igual, inmediatamente” (E.9).

2.1.3. Valoración de la diferencia

Desde otra perspectiva, el vínculo erótico con hombres es apreciado. Las diferencias que presenta respecto a una mujer -como diferencias en el modo de aproximarse, diferencias corporales y de fuerza- son valoradas positivamente y disfrutadas en un encuentro sexual.

“Y la última vez que vino (...) lo pasé muy bien, como que yo le decía “me encanta que seas hombre” le decía yo, “me gusta sentir tu fuerza”, “me gusta sentir que tienes más...” porque con las mujeres es una fuerza como que nunca, es como que va cediendo, como que “voy, te doy, cedo”, en cambio con el hombre es como que él se siente, se siente esa fuerza aunque uno no quiera. Y siempre ha sido, sobre todo con él, no sé si por que es más grande, pero siempre he sentido esa diferencia corporal así, me acuerdo que me tomaba la mano y era una mano grande, con fuerza cachai, era como rico y como que sentía que me llevaba y yo decía, igual es agradable dejarse llevar por alguien que te llevara y en esa oportunidad fue como, le dije “me encanta que seas hombre, me gusta” y lo pasé bien” (E.1).

“Yo sé que si me voy a meter con un hombre, de repente busco otra cosa, no sé, (...) con una mujer no (...) Entonces si me gusta un gallo que tienen barbita me imagino eso, me imagino su barba en mi cuerpo, no sé, me imagino su cuerpo que me va a abrazar y me va a aboradar entera” (E.2).

Las diferencias anatómicas entre hombre y mujer, son percibidas como complementarias y facilitadoras en el momento de un encuentro sexual, lo que es valorado positivamente.

“Porque creo que se da como una conexión, como un encaje súper cierto y súper real entre un hombre y una mujer. Entre una mujer y una mujer quizás no es tanto, porque en el fondo tú tienes como que jugar con tu cuerpo, con otras partes, no sé qué, pero no es lo fácil que es como un hombre y una mujer, en términos corporales también. Entonces como que siento que la heterosexualidad resuelve hartas cosas, tuve cinco años de homosexualidad (risas), entonces como que la heterosexualidad es lo máximo, la alquimia a de los sexos (risas)” (E.8).

“Hay un tema como con los hombres, que al final, no digo que sea así tan radical como eso, pero en cierto modo yo igual creo que es más fácil como tener relaciones sexuales. (...) como que corporalmente la huevada está más a la mano, si es así de sencillo” (E.9).

Asimismo, determinadas características del modo de funcionamiento, atribuidas exclusivamente a los hombres, son valoradas positivamente. *“Los hombres son. O sea, yo pienso que después de tener esta relación con esta mina, como que siento un alivio en lo masculino*

completamente, porque como que son más fáciles o se da una cosa más fácil de que, como más sencilla, que alivia la pesadez como femenina (...) como que me amigué nuevamente con los hombres. Porque en el fondo, tiene cosas súper distintas estar con una mujer, pero también tiene cosas súper iguales. Esta huevada de los roles, por ejemplo o esto de que la huevada sea fome o que sea pajera o los rollos sexuales o no sé qué, todos se pueden dar con una mujer, tal cual, muy parecido también (...) me acuerdo de haber como constatado que era muy parecido a lo que me pasaba antes y como que no eran distintos. Claro, quizás yo probablemente, pensaba que era más distinto y que no sé qué” (E.8).

De este modo, la falta de equiparidad percibida entre hombres y mujeres, es considerada como un aspecto positivo respecto a las posibilidades de vinculación con hombres. Con los hombres se siente una mayor protección; la diferencia corporal y de actitud por parte de ellos es valorada positivamente. Con las mujeres esa diferencia se transforma en equiparidad, lo que tiene un lado apreciado –la muestra de cariño recíproco- y un lado no tan ventajoso –dificultad para contener. Desde esta perspectiva, la contención implicaría cierta desigualdad de fuerzas, uno fuerte que contiene, otro más voluble, que se deja contener. Así, la relación entre mujeres, es percibida como más igualada respecto a fuerzas –físicas y emocionales- lo que se traduce en una dificultad al momento de necesitar recibir o brindar contención a la pareja. *“No, no me siento igual. Siendo amada por un hombre me siento mucho más vulnerable. Desde lo físico también, me siento más chica, me siento más, no sé como, más vulnerable. Sí, me gusta, no me molesta para nada” (E.6).*

“A la misma altura todo. O sea, con mi pareja me pasa que estamos las dos en la misma altura, bueno, ella es más alta que yo, pero en cuanto a este rollo de la protección, siento que va y viene, principalmente recíproco, en cuanto a los cuidados, todo, todo es así muy recíproco. En cambio, con los hombres, esto de “esto es mío”, “esta mujer es mía”, eso mismo que me molesta, también tiene un lado que me agrada, que es esto de la vulnerabilidad, de sentirme yo más protegida, yo más cuidada, yo más mimada. Eso también, a la vez que me hace sentir, yo creo que me asusta y me hace sentir un rechazo, también tiene su lado amable, que es ese” (E.6). De este modo, la reciprocidad en el vínculo con una mujer, considerada positiva, también implica algo negativo. *“Bueno, que de repente yo necesitaría ser más fuerte para contenerla a ella y a veces necesitaría que ella fuera más fuerte para contenerme a mí, en ciertas circunstancias, ese es el lado negativo. Siempre el amor entre mujeres yo lo siento más maternal, por una cuestión tal vez de instinto, no sé, pero siempre lo he sentido más maternal y el lado negativo es justamente que hay veces que yo necesitaría sentirme como más contenida y también me doy cuenta que a ella le pasa lo mismo” (E.6).*

Así también, el discurso dominante, diseminado en y por la matriz heteronormativa, marca la definición identitaria por exclusión, de modo que para ser uno, necesariamente no se debe ser lo otro. Lo femenino y masculino, como categorías complementarias y

mutuamente excluyentes, atraviesan las categorías identitarias respecto a lo que es ser hombre y mujer. En este sentido, aparece en una entrevistada la importancia de poder desplegar toda su femineidad, lo que es posible de un modo más acabado cuando se relaciona con su opuesto masculino–complementario y excluyente en una matriz heteronormada, identificándose con la polaridad asignada. *“Es que con un hombre, con este hombre yo sentí mucho más lo femenino en mí (...) cuando yo lo sentía a él tan masculino, masculino como viril, pero suave también, como que se da una mezcla súper rica (...) Entonces, yo frente a esa masculinidad, yo me sentía absolutamente más en lo femenino. Que es mucho más distinto a que con una relación de mujer, porque las dos somos femeninas y las dos no estamos viviendo a cabo completamente la femineidad. Por los roles, por el estereotipo, porque las dos somos mujeres. Yo creo que ahora tengo una concepción mucho más heterosexual de la vida, entonces, como que a mí con este hombre al frente se me despertaba la femineidad al máximo. No tiene que ver con los roles, no es ni un rol. Es una vivencia, es una experiencia de cuerpo y psique también, cuerpo de mujer contra cuerpo de hombre. También tiene que ver con el cuerpo, femenino, luna (risas), femenino, luna, estrellas, no sé” (E.8).*

2.2. Con mujeres

2.2.1. Acercamiento sexual lento y progresivo

Para algunas entrevistadas, el comienzo de un vínculo erótico con una mujer, fue un proceso gradual, manifestándose un acercamiento sexual lento y progresivo, en el que el conocimiento de los cuerpos y de prácticas eróticas y sexuales fue revelándose espontáneamente. *“Habitar en la misma cama, de tocarnos, de explorar nuestros cuerpos. No tuvimos sexo como tal hasta ya pasado todo este proceso tan lindo de acercamiento, que nunca tuvo nombre, yo creo que porque yo no estaba consciente, o sea, en realidad me lo viví” (E.2).*

“Fue como por partes yo creo. Como que ahí se genera toda la cosa del besito, el atraque, fue así como por escala. Bastante tranquilo sí en ese sentido” (E.9).

Adentrarse en un territorio inexplorado, marca este acercamiento gradual, que transcurre en un tiempo más pausado que el acostumbrado al momento de tener algún encuentro sexual. Además, el surgimiento del afecto y una atracción por la persona más que por lo físico en primera instancia, una “otra atracción”, una generación de vínculo, es otra marca de este acercamiento erótico paulatino. *“Pero nos empezó a pasar que era como demasiado intenso, demasiado intenso, demasiado intenso el echar de menos, como que fue en aumento durante los años y como el asunto de querer expresar esa intensidad y nos fuimos encontrando con los cuerpos*

en eso. Y fue súper progresivo (...) Y en el transcurso de como darnos el primer abrazo, hasta experimentar en la cama juntas, pasaron dos años, como que todo fue súper lento (...) Súper delicado es el espacio del cuerpo y como vivirlo así también, tan pausadamente y tan además, como tan empapado de cariño, porque nada fue mecánico, fue todo súper intenso, todas las cosas” (E.3).

“Como que nos fuimos enamorando del ser y lo físico fue lo último, el último paso. De hecho no nos tocamos un pelo, estábamos enamoradas hasta las patas, pero no nos tocamos un pelo hasta última instancia y no nos separamos más hasta hace dos años que empezamos una crisis heavy, tuvimos que separarnos (...) estuvimos mucho tiempo juntas antes de tener sexo pasaron como dos o tres meses, antes de que tuviéramos sexo. Porque estábamos tan alucinadas explorando otras cosas, reconociendo olores formas, sutilezas que a veces uno no se da el tiempo de descubrir, los olorcitos, los primeros abrazos, los primeros besos, todo muy de a poco. De repente eso marca una diferencia en las relaciones con los hombres que siempre fueron así, por la atracción física, entonces lo físico fue lo primero y después si el mino te gustaba, permanecías a su lado, sino chao, pero ya había estado la instancia física. Con ella no, lo físico, pero se dio muy natural, no lo planteamos así, fue saliendo” (E.6).

“No apareció como lo mismo, porque con un mino como que me podía calentar rápidamente. A ver, sí, a mí me pasaban millones de cosas sexuales con ella, pero fue después. No fue una cosa como que ves a un mino y es rico y te encanta y quieres puro estar con él, no, porque no me pasaba que me gustara una mina si es que la veía. Pero sí había una tremenda atracción como en otros términos también, que era lo potente que era la mina, las cosas que llamaban la atención, que era como una atracción, así, atracción, otra atracción. Como una atracción fuerte y que eso también fue desarrollando lo sexual” (E.8).

2.2.2. Falta de referentes culturales

Conjuntamente, en este acercamiento lento y progresivo, la falta de referentes culturales respecto a un erotismo entre mujeres, se hizo patente para algunas entrevistadas. La expresión de sentimientos y sensaciones estuvo, en parte, dificultada por esta carencia de referentes. “... en cambio con ella no podía ser así, porque además yo tampoco tenía ningún esquema en mi cabeza de cómo era, nunca había visto nada, nunca había, ni en dibujos, ni en la tele, ni en conversar, ni nada, entonces yo la verdad no sabía cómo se hacía, no tenía la idea, ella tampoco (...) Vino el rollo de cómo nombrar eso, (...) una cosa así y era muy raro, porque cómo nos llamamos, qué éramos” (E.3).

“Ahí como que se conjugó todo, porque fue la inexperiencia de la cosa misma, de esa inexperiencia y no cachar nada, no cachar nada, nada, de verdad nada, nada (...) Y en ese minuto agarró un nivel de belleza bastante interesante, porque no cachábamos desde dónde ir, hasta que después, cuando encontramos un lado no cachábamos qué hacer (...) Yo creo que era un miedo conjunto yo creo. En el minuto cachábamos que teníamos que llegar a algo, no sabíamos qué, pero tocarnos más de lo que nos habíamos tocado, porque ya queríamos tocarnos más o acariciarnos más, si en el fondo yo quería

abrazarla así muy fuerte, eso era. Si hubiese venido alguien y me hubiera dicho “no, sabes que, hacerle el amor a una mujer es abrazarla muy fuerte”, yo le creo, porque esa era la sensación, de abrazarla con toda la fuerza, con todo el cuerpo, con el cuerpo desnudo, pero abrazarla muy fuerte, que no se fuera de mi lado en mucho rato y eso hice (risas), como primera medida, pero fue así dentro de una torpeza bastante bonita, bonita” (E.9).

La falta de referentes para un erotismo posible, si bien genera una serie de obstáculos para poder vivenciarlo, por otra parte, también implica la posibilidad de despliegue más amplio de un erotismo. Que existan menos directrices, significa más desconocimiento, pero también significa más posibilidades de exploración. Menos límites pueden implicar una mayor incertidumbre, pero además, permiten la extensión de los territorios significables para vivir algún erotismo. De este modo, como narran las entrevistadas, cuando las verdades en que se apoyaban se desvanecen, las propias sensaciones, sentimientos y experiencias actúan como sostén, por lo que aparece un erotismo más móvil.

2.2.3. Deseo inimaginado

El erotismo surgido con una mujer fue en muchos casos, sorpresivo y el deseo y placer que brotó fue inimaginado. En varios casos, la intensidad de la vivencia tuvo relación con que se pudo expresar un deseo contenido y reprimido por años -por ser sancionado en una matriz heteronormativa. *“No sé, desde el hecho que me tocaran las manos de una mujer y de la mujer que yo deseaba, para mí fue excitarme pero demasiado (...) nunca había sentido ese tacto de los dedos sobre tu piel, sobre tu brazo, aunque fuera sobre tu mano, distinto, con esa carga tan erótica, que lo único que yo deseaba era que me tocaran. La cuestión de los olores, la cuestión del contacto, del calor, era una cuestión que a mí me encantaba, siendo que siempre me había chocado (...) es que yo había tenido puros hombres antes” (E.2).*

“... fue esa sensación de necesitar otro calorcito humano al lado, entonces eso era lo rico, aparte de todo lo erótico que era todo, todo, todo era erótico la primera vez, por toda la carga que tenía encima, o sea a mí me habían gustado muchas, pero nunca había estado con una mujer. Entonces fue súper fuerte, fue súper tímido porque ella tampoco, entonces fue todo un experimento, las dos nuevas, cachai, fue muy rico, fue empezar a conocer el cuerpo de otra mujer en otro ámbito que no fuese el maternal o el de afecto o el de amistad y explorarlo a lo mejor como una había explorado el suyo y tocarlo y ver como se excitaba y ver el placer de la otra y eran cosas que a mí me alucinaban, en realidad el ver a otra mujer excitada era como “guau, guau” y hasta el día de hoy me fascina” (E.2).

“Y ahí, tuvimos nuestra primera vez se podría decir y fue especial, fue muy especial, porque fue como súper contenida, porque de cierta forma yo igual tenía una atracción hacia ella. Ella igual tenía una

atracción fuerte hacia mí, que igual luchó hartó tiempo por estar conmigo y yo ahí con todas mis trancas y mis huevadas, no quería. Tuvimos un encuentro, fue como una liberación, de toda esta trama contenida y esta tragedia griega en la que estábamos involucradas, fue bonito, fue bonito, a mí me gusto y estuvimos saliendo cerca de un año, estuvimos saliendo juntas, ahí embaladísimas (...) no pensé que podía sentir tanto. No pensé que iba a haber tanta afinidad, tanta emotividad. O sea, siempre pensé que lo mejor era una mujer. Lo mejor en términos afectivos, lo mejor en términos como de comprensión, de amistad. (...) Siempre tuve como esa idealización (...) En la sexualidad. Totalmente, muy rico, que no pensé que una mujer te lo podía llegar a dar, hacer sentir de esa forma” (E.10).

“Yo creo que igual había un nivel de energía que se estaba desatando, se estaba desatando. Como si tuvieras algo apretado y se desata, sale por alguna parte y después tiene que seguir saliendo, porque o sino, como algo acumulado así” (E.9).

2.2.4. Mayor confianza

La aproximación con las mujeres en un vínculo erótico es más directa, fluida, con más confianza, respecto a la que se da con los hombres. La equiparidad, la igualdad en las fuerzas y en los modos de aproximarse, facilitan la generación de un vínculo, a diferencia de lo que se produce con los hombres. *“Es que las mujeres nos conocemos entre mujeres, eso es, que las mujeres sabemos la sensación de ser mujer. Con la mujer, yo busco el punto, veo donde ella siente, aprendo a conocer su mirada, aprendo a conocer su gemir, son otras cosas” (E.5).*

“Mujer y mujer yo siento que es como más directo. No sé, más confianza de repente o como que da lo mismo, también. Eso me gusta más, por eso me gustó como el japonés así, también súper de frente la huevada, así “que rico esto”, pasarlo bien, cero rollo, nos juntamos y tiramos y aquí no hay ningún drama de por medio ni nada. De repente, como la relación tradicional heterosexual, es como más dramática, tiene como ese toque venezolano, de teleserie, así como, no sé, la otra, tiene como toda esa huevada bien dramática. Pero, cuando no es como el promedio, es como que lo pasas bien, eso siento yo” (E.4).

“Como que tuve más confianza como con mujer. O sea, yo había sentido enamoramiento tremendo con hombres (...) yo creo que de ése yo me enamoré incluso más que de ella, pero no habíamos tenido tanta intimidad. Y acá era mucho más fácil la intimidad, la confianza. Intimidad de vínculo e intimidad sexual también. Como que lo sexual era más detenido, como había más confianza, como que se lograron más cosas en lo sexual, no sé, yo nunca había tenido orgasmos y con ella tuve orgasmos y ahí como que empezó el placer un poco” (E.8).

“Claro. Es que es distinto, en todo su ámbito, porque que una mujer te desee y que trate de conocer tu cuerpo y que trate de conocer tus sensaciones (...) es distinto, porque el hombre no se da el tiempo para eso, la mujer puede darse el tiempo” (E.5).

2.3. Diversidad en los modos del vínculo

El erotismo es vivenciado de maneras muy dispares respecto a los hombres y a las mujeres entre las entrevistadas. Algunas sienten un deseo activo hacia hombres y mujeres de manera similar. Otras, manifiestan un predominancia del deseo hacia mujeres o bien, hacia hombres, independientemente de que puedan establecer vínculos afectivos y eróticos con ambos. Por ejemplo, aparece un deseo más activo con hombres y más pasivo con mujeres; las posibilidades de un erotismo existen con ambos, pero el modo de experimentarlo, la forma de desear el cuerpo y la manera en que nace aproximarse eróticamente, son distintos. *“... pero con hombres sí, como que me dan ganas de hacerles más cosas yo, como más activa (risas), también yo tocar. Todo está transversalmente determinado por todo, el cuerpo y la mente y todo. O sea, no me gusta cualquier hombre, no me gusta un mino rico, o sea me gusta un mino rico, pero no me gusta un mino rico (...) me gustan enteros” (E.8).*

Así también, algunas entrevistadas tienen un deseo más activo con mujeres y menos activo con hombres. El cuerpo de una mujer despierta sensaciones en ellas que el de un hombre no provoca. Sin embargo, se abren otras posibilidades eróticas, más vinculares y aparecen nuevas experiencias respecto a la sexualidad. *“Entonces como que siempre tuve ese vínculo con ella así de yo pertenecerla, de yo apropiármela, de yo empoderarme de su cuerpo, como de consumirla, como de yo estar apropiándome de ella, porque me causaba eso, ella me dejaba hacer eso. Y mi actual pareja (hombre) es esa necesidad de vínculo, de abrazarlo, de sentir su calor, de que me abrace, de sentirme acogida, es que me complace en todo lo que quiero, es bastante complaciente (...) Una huevada que yo jamás había vivido, yo pensaba que era un mito eso del orgasmo al mismo tiempo y la huevada y dormirse raja y esas cosas, pensé que era un mito, que pasaba en las películas, pero ahora me pasa y lo tengo (...) Y nuestro vínculo sexual es súper perfecto, o sea, estimuladas y excitadas han sido las otras ocasiones con mis otras parejas, esta vez, yo no sé si sea hacer el amor, pero yo pienso que sí, tener un orgasmo al mismo tiempo y tener un ritmo propio, así, es especial. Y es chistoso, porque la mayoría de las niñas con que yo hablo a veces piensan que el tamaño importa (...) yo creo que tiene que ver con la técnica, porque sino, tampoco podría sentir con una mujer, tiene que ver con una técnica sexual para afrontar el cuerpo, una técnica, una técnica, sentir y entregarse y todo eso también va, pero tiene que ver con una técnica, una técnica sexual” (E.10).*

3. NUEVO EROTISMO

Con las prácticas sexuales que se escapan a la heteronormatividad, se cuestiona la noción de esencia, que es entendida como centro, auténtico, en oposición a lo diferente, marginado, devaluado. Se quiebra el centro de una sexualidad, se cuestiona la esencia de una sexualidad -que marca la esencia de un sujeto. El tránsito realizado respecto al erotismo y la forma de vivir la sexualidad y afectividad, puede ser visto como una deconstrucción de la sexualidad (Derrida, J.), en tanto la deconstrucción subvierte el orden jerárquico de centro y margen -permitiendo que lo marginal pueda ocupar también el lugar central. Todo este proceso de vaivén entre lo central y lo marginal, revela la inestabilidad propia de la jerarquía creada. De este modo, la deconstrucción de una sexualidad, genera una desestabilización de la jerarquía heteronormativa -en donde género, sexo y deseo son entendidos como uno- apareciendo el tránsito continuo entre las partes. En este sentido, aparece un erotismo vivido más rizomáticamente (Deleuze, G. y Guattari, F.), donde la posibilidad de un núcleo de origen se desvanece y donde la significación continua de la realidad no se hace siempre en función de la jerarquía impuesta por el sistema dominante de significación. Aparece así, una apertura a un nuevo erotismo con mujeres, un erotismo desplegado por distintas vías y deja de primar un erotismo genitalizado, dictado por la matriz hétero. *“Buena, la cosa es que pasó y a medida que fue pasando, como a la vez que fuimos profundizando y como conociendo el cuerpo de la otra, que es un rollo súper distinto a acostarse con un hombre. En todos los sentidos (...) Yo tengo la impresión que no es una sexualidad genitalizada, o sea sí está genitalizada, pero no está como focalizada en los genitales, que es súper distinto a estar con un hombre porque, porque la huevada opera ahí, opera la penetración y como que también para ellos es una parte fundamental del sexo, es como el plato de fondo, es como que lo demás es un amague” (E.3).*

Así, el rizoma, impregnando un erotismo, desplaza la dualidad -que implica una mutua exclusión para poder sobrevivir- permitiendo la entrada a múltiples posibilidades, que se suman unas a otras, abriendo puertas a un erotismo no normalizado. La imposición invisibilizada, constitutiva, respecto a la vivencia de la sexualidad -las prácticas, el deseo- que marca la matriz heteronormativa, se diluye a partir de nuevas prácticas que se escapan de la significación hegemónica, desplegando posibilidades inimaginadas de un erotismo posible. En este sentido, el rizoma “...es una liberación de la sexualidad, no sólo con relación a la reproducción, sino también con relación a la genitalidad” (Deleuze, G. y

Guattari, F.)²⁰. *“(Posterior a tener una pareja mujer) fue cuestionarse un montón de huevadas también, cómo me relaciono con los hombres ahora, porque igual tienes un registro corporal que te gusta mucho y que es súper difícil entrar de nuevo en una dinámica genitalizada. Porque para mí el acostarme con alguien cambió después de esto. Porque antes era como focalizado en lo genital, como que lo otro o lo anterior era como de segunda mano, como que tenía un estatuto inferior, como que lo más importante en el sexo era la penetración. Y no es así, porque a mí me pasó lo contrario, porque con una mujer no hay penetración, entonces es inventar el ejercicio de una sexualidad sin penetración y es cómo esto lo incorporo a mi relación con los hombres, porque a mí me seguían gustando mucho los hombres y eso era un problema también con ella, entre las dos, porque era imposible que fuéramos la una para la otra, era imposible sostener o decir que éramos pareja por ejemplo, porque ninguna de las dos iba a renunciar al sexo con los hombres, no porque no pudiéramos en el presente, sino porque no era sostenible en el futuro, no era una promesa que yo le pudiera hacer a ella y ella tampoco a mí, entonces era absurdo, era absurdo concebirse así” (E.3).*

“En cambio con María, altiro, o sea, yo quería cuidarla, quería, no sé, todo, el cielo, la tierra, todo para ella, todo, todo, todo. Y ahí por primera vez tuve una relación sexual con una mujer y fue muy lindo, o sea como que nada que ver a lo que yo había vivido con los hombres que era una cosa más agresiva, aunque fuera suave y todo, pero era distinto. La piel tan blanca, tan suave. Era como todo distinto” (E.1).

De este modo, en la matriz heteronormativa que delimita los contornos de una corporalidad viable, de una identidad viable, de modos de vincularse viables, surgen nuevos modos de relacionarse -que desplazan los límites impuestos por la normalización- como una posibilidad de resistencia (Foucault, M.). No sólo las prácticas sexuales se modifican, sino que también comienza la creación de nuevas formas de relacionarse. *“Fue fome (risas), la primera vez con un hombre después de haber estado con mi pareja mujer, fue súper fome, porque no sé, yo quería como algo más, no sé, completo. Completo en el sentido que pudiéramos tocarnos enteros mucho rato y como sentir placer también ahí, que es ene placer también, pero tienes que encontrar un compañero que te pesque en esa onda (risas) y que en general, por lo menos en Chile, los hombres son súper malos amantes, entonces, están súper focalizados, si es verdad, como súper así con el rollo del pene y la huevada y así como erecto y no sé qué, y como su masculinidad tan y nada. Es que no tiene que ver con amar a alguien, tiene que ver con aprender a sentir placer, a cachar cómo abrir el cuerpo del otro, así como a explorar, a investigar, a probar. Bueno y por una cosa de tiempo y por una cosa cultural yo creo que no sé, como que no pasa mucho. Yo cacho que como en las filosofías más orientales, la sexualidad fluye de esa forma, pero acá no, acá no” (E.3).*

²⁰ Cita ya utilizada en la sección 4.2 del Marco Teórico, p.17.

Los "... hábitos son los que inducen a percibir cada nuevo acontecimiento como una repetición y no como una singularidad" (Deleuze, G.)²¹, actuando como generalización. Sin embargo, prácticas que impliquen un grado de intensidad, pueden desestabilizar la fuerza de los hábitos y permitir alguna apertura a los acontecimientos. La falta de referentes para poder significar prácticas que traen una fuerza de transgresión, pero también una carga erótica y de placer, quizás repercute en la dificultad para significarlas como partes del erotismo dominante e incita a comprenderlas como singularidades, abriendo paso a nuevo erotismo, más abierto a la experiencia. *"Pude conocer más mi cuerpo también, porque yo conocí mi cuerpo, porque yo sentí cosas nuevas que me permití sentir. Dejarse llevar por el placer, tener una relación sexual, como consumarla. Y eso significaba que al día siguiente sentía una energía recorriendo todo el cuerpo y que eso probablemente tiene que ver con que la energía, es que el orgasmo no es menor, porque es que la energía fluye por todo tu cuerpo en ese momento, entonces se despiertan canales en todas partes"* (E.8).

De este modo, la "... fuerza explosiva del placer corporal intenso, separado de su localización exclusiva en los genitales y diseminado en varias zonas del cuerpo, descentra al sujeto y desarticula la integridad psicofísica del sí, al cual se le ha pegado una identidad sexual. Al destruir al sujeto de la sexualidad, el sexo *queer* abre la posibilidad de cultivar un sí más impersonal, que puede funcionar como la sustancia de una elaboración ética continua y, por lo tanto, como el lugar de una transformación futura" (Halperin, D.)²². El placer invita a la creación de un erotismo no disciplinario. Un erotismo en el que "... cada sujeto no encerrado en el falso teatro de la representación falocéntrica, instituye su universo erótico" (Cixous, H.)²³. *"...no estás ahí solamente para ti, estás también para el otro, aunque estés un día, aunque estés una noche, aunque estés una hora. Y además el rollo de estar dispuesto a entrar en el cuerpo del otro de esa forma, porque es súper distinto que tu entres en la lógica del mete-saca, igual te puedes pegar en cualquier lado un agarrón así con alguien y chao. Pero es distinto ponerte como a explorar a ese otro, a hacerle cariño al cuerpo de ese otro, como a erotizar al cuerpo de ese otro, es otro rollo, súper distinto y que pasa también por tener como una, como una delicadeza y un respeto por el cuerpo del otro, que se manifiesta en gestos, que no es la huevada de "ay, que tienes ricas las tetas", no es esa huevada, que es otra cosa, súper distinta. Y a que aprendas también de cómo se es fuerte, de cómo se agarra, de cómo todas esas cosas"* (E.3).

²¹ Cita ya utilizada en la sección 3 del Marco Teórico, p.12.

²² Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.44.

²³ Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.42.

4. ZONAS ERÓGENAS Y SUS VARIACIONES

En la matriz de sexo-género (Butler, J.) las normas de género operan gracias a su repetición compulsiva y a la existencia de ideales específicos de masculinidad y femineidad, ideales que implican además la idealización del vínculo heterosexual. De este modo, las prácticas deben citar incesantemente lo debido, acomodándose a los moldes dominantes -ya preexistentes. Así por ejemplo, aparece en una entrevistada una coerción del erotismo debido a la rigidez para interpretar los roles con su pareja. Se produce en ella un encapsulamiento por tratar de representar, desde los cánones impuestos por la matriz heteronormativa, el polo que le es debido: femenino, delicado, contenido, pasivo. Todo esto repercute en su vivencia erótica y también de su propia corporalidad. *“... por ejemplo con este rollo que me pasaba con el Pedro a mí me costaba más llegar, me sentía apretada (...) era como por partes, como desde el apretón, como no desde el placer, como no desde la validación entera (...) Entonces, desde ahí el cuerpo también se me empezó a apretar, las caderas se me apretaron, ya tirar no era tan grato, no era desde la soltura todo el rato, no era en la posición que yo quisiera porque me iba a sentir plena, era como yo cachaba que la coraza se me fue a los genitales de una, genitales apretados, manera de caminar distinta, no era con la columna recta, sino que era como para adentro, escondía los genitales, escondía mi propia vitalidad femenina. Era como encapsular lo que yo soy cuando tengo relaciones, por lo que debo ser, porque yo lo creo y porque también me lo hacen sentir. Era como esconder eso que soy (...) con el Pedro era como la sensación de que tenía que ser de cierta forma, comportarme físicamente de cierta forma, hasta “tengo que estar así todo el rato”, “si llego a querer hacer esto o llego a querer abrir las piernas mientras hablo, como que no funciona por ahí”, entonces al final te empiezas a cortar. Es como la sensación de dejar de tener sensibilidad en la piel, como corporalmente apretarme (...) me empecé a anestésiar. Es que era obvio, porque si yo dejaba de ser yo, me empezaba a encapsular, tenía que armar toda una coraza, que me posibilitara cachar que parece que para esta persona como yo soy no le gusta y no me ama desde ahí y el dolor que eso me causaba en ese momento, entonces me encapsulo, me guardo, me no sé qué, me acorazo entera” (E.7).*

Por otra parte, los mandatos de género impuestos, repercuten en la vivencia del deseo y de la corporalidad. El ideal del vínculo heterosexual, atado a la posición de la mujer como objeto de deseo (Jeffreys, S.) genera una relación particular de la mujer con su cuerpo; lo desubjetiviza, primando no la marca personal, sino que la de género. Esto puede influir en una desvinculación con el propio cuerpo. *“Antes yo, quizás el cuerpo era como no más, no más el cuerpo, adolescencia, igual como que todo te carga de tu cuerpo, las pechugas muy grandes, la no sé qué y si al otro le gustan tus pechugas es porque le gustan las pechugas y porque a todos los hombres les gustan las pechugas (risas)” (E.8).*

“Yo creo que hay una experiencia que yo no veo muy común, que es que las personas tengan contacto y amen sus cuerpos, en general. O sea, puedes mirarte al espejo y decir “ah que soy rica” y no sé qué, pero como desvinculado desde el vínculo amoroso, del amor, como más de afuera, como una desconexión vincular con el cuerpo, psíquica, psíquica y con el cuerpo (...) el cuerpo no te habla, no te relacionas con tu cuerpo” (E.8).

Así también, se genera una relación con el cuerpo desde el discurso dominante, incluso realizando prácticas que se escapan a la normalización. Una entrevistada, al sentir deseo por una mujer, que representaba algunos ideales de la femineidad, comienza a ver su cuerpo desde una mirada dominante. Ella, al igual que la entrevistada citada anteriormente, queda atravesada por los ideales establecidos para cada polo de la dualidad obligada; no alcanza a representar esos ideales, a encarnarlos, por lo que la zona del cuerpo en cuestión queda bloqueada para sentir placer. *“Bueno y cuando empiezo a tener esta relación, ella tenía como pechos más grandes y haber sabido que a mi ex pololo le gustaban las mujeres de pechos grandes, dije, yo no tengo nada. No me acomplejé, pero fue como oh, claro, demás que a los hombres les gustan, porque a mí me gustan también las mujeres de pechos más grandes dije yo y claro, demás po. Y ahí empecé como que esta parte (pecho) se eliminó de mi vida. En el sentido, alguien me podía besar los pechos y yo no sentía nada. Después que, antes con los hombres yo, me besaban y me volvía loca, ahora, nada. Cuando conocí a María y empecé en realidad a tener relaciones con mujeres. Y me daba cuenta que otros pechos eran más atractivos tal vez. No sé qué pasó, pero yo recién ahora estoy retomando esa parte y volviendo a sentir, pero nada” (E.1).*

Si el cuerpo es una construcción que existe en y a través de las marcas del género (Butler, J.), donde un sujeto es un sujeto de sexo/género/deseo, transgredir alguna de esas barreras, genera una desarticulación de ese sujeto heteronormativizado. De este modo, prácticas que inciden en las vías del deseo, que las amplían, repercuten en una corporalidad conformada bajo esas leyes ya transgredidas. Se rompe con un ideal regulatorio –de un imperativo heterosexual- que contornea una materialidad, materialidad que también se metamorfosea. Si los límites corporales pueden ser entendidos como la tensión misma entre lo psíquico y lo material, es posible pensar que cambios en lo psíquico, en el deseo, en la concepción que se tiene sobre sí como sujeto vayan unidos a ciertos cambios en la corporalidad, en los flujos de deseo, en la sensibilización del cuerpo, en la investidura de las múltiples zonas corporales. En este sentido, aparece una nueva corporalidad, que se escapa a la marca rígida de una matriz heteronormativa que la conformó. Así pues, se manifiesta un amplio despliegue del erotismo, lo que implica una sensibilización de todo el cuerpo como posibilidad de placer –se produce una

desgenitalización, una apertura a la intensidad y al placer. *“Sí, lo siento. Siento la carga de la experiencia, del aprendizaje y de cómo uno se va viviendo cada poro, cómo vas conociendo cada lugar erógeno de tu cuerpo. Creo que ahora es como, que antes conocía solamente Chile y ahora conozco toda América y toda Europa, entonces siento que me faltan por conocer muchas cosas más, ese es el punto. Creo que uno va aprendiendo, va conociendo, me pasan muchas cosas (...) lo atribuyo a la experiencia” (E.2).*

En este sentido, la erogenización del cuerpo en determinadas zonas –marcada por la conformación corporal y subjetiva en una matriz heteronormativa- se desliza por una corporalidad, invistiéndose nuevas zonas, antes prácticamente inexistentes. Así, la erogeneidad aparece “... como una cualidad de todos los órganos, pudiendo hablar entonces de la intensificación o la disminución de la misma en una determinada parte del cuerpo” (Freud, S.)²⁴. Si esta investidura libidinal es del orden de lo imaginario, por lo que la dimensión fantasmática y la corporal quedan amalgamadas, es posible pensar, que algunas prácticas nuevas en el ámbito del erotismo –que por su misma intensidad y por representar una transgresión a un modelo imperante- implican un deslizamiento de la investidura libidinal en la corporalidad y también generan cambios psíquicos, emocionales o en la forma de vincularse de las personas que lo experimentan. Cambios producidos al realizar actos que van más allá de una ley que conforma corporalmente, constituye subjetivamente y genera continuamente un mundo posible donde existir. *“Lo que yo sentí es que había partes que habían despertado, partes que estaban dormidas, o sea, como que mi cuerpo estaba dormido y como lo que más estaba despierto era no sé, mi vagina y el clítoris y todo, la boca también estaba despierta y todo, las manos, pero lo que me fue pasando es que de a poco fue despertando mi cuerpo, porque empecé a sentir placer en todo mi cuerpo, porque además la cosa fue súper paulatina, fue de a poco, entonces como que ese registro se quedó impregnado en mí, como esa sensación. Y por eso después de eso no fue lo mismo acostarme con un hombre (...) Y como que en el fondo, cuando mi cuerpo despertó, yo desperté también con él (...) yo cacho que tiene que ver con la huevada, el hecho de que sea todo genitalizado hace que tú no sientas tu cuerpo. Y bueno y uno vive con su cuerpo dormido” (E.3).*

“... en cuanto a lo físico, y sentí que mi cuerpo se sensibilizó, pero mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, todo, todas las partes del cuerpo. No sé si es por el amor, por eso intenté estar con otras mujeres, para ver si me pasaba eso mismo con otras, definitivamente no me pasó con ninguna, fueron un fiasco los intentos. Y el cuerpo se sensibilizó un montón. El sexo dejó de ser algo genital y pasó a ser algo que involucraba todo el cuerpo, todos los pensamientos, todo, no era una práctica ya sólo sexual, no sé era mucho más intenso como yo sentía mi cuerpo, todo así, todo, todo podía ser instrumento de placer, todo el cuerpo. No como me pasaba con los hombres que era solamente, qué sé yo, lo clásico

²⁴ Cita ya utilizada en la sección 4.3 del Marco Teórico, p.22.

(risas), la penetración o sexo oral. Con mi pareja actual todo el cuerpo se sensibilizó y a ella también le pasó lo mismo” (E.6).

El esquema corporal (Butler, J.) -entendido como un proceso de reiteración regulada, bajo el mandato de una serie de prohibiciones fundadoras- forma una materialidad que aparece como el efecto sedimentador del mismo, quedando la prohibición como poder formativo en la generación de los cuerpos sexuados. Esta repetición continua y obligada, insta a la sexualidad como un sitio en el que constantemente se reconstituyen los cuerpos. Si una de las repeticiones, o más, se sale de la norma, rompe alguna prohibición fundadora, aparece una apertura a nuevas posibilidades y también se diluye la rigidez de una corporalidad conformada bajo la lupa de la heteronormatividad. *“Cuando yo empecé a vivir como el placer con esta mina, también empecé como a revivir mi cuerpo, como las zonas del cuerpo. Porque antes, siempre a mí me habían dicho todo el rato, todos mis ex pololos que era tan bonita, que no sé qué, o sea que todas mis partes del cuerpo eran súper lindas, pero yo los miraba con desconfianza y para mí era como negado un poco el cuerpo (...) Me empecé a dar cuenta cuando lo empecé a vivir (...) Entonces cuando empecé a andar con esta mina como que empecé a integrar partes de mi cuerpo, como que se empezó a integrar partes de mi cuerpo que yo creo que a mí misma, o sea en mi psiquis ya mi guata era mi guatita o mis piernas o como que yo empecé a mirar mi cuerpo y a amar mi cuerpo, pero amar mi cuerpo en el mejor sentido de la palabra, no como esta huevada de amor a uno mismo, como narcisista, sino como de integración, como amar lo femenino y como que se empezó a integrar esto en mí. (...) Yo creo que tiene que ver con este despertar sexual que fue como más lento y como más conectado con respecto a lo que al otro le pasaba, o sea a esa mayor atención al cuerpo de ella y de ella hacia mí y de ambas también y mío hacia mí también. Porque yo empecé como a despertar también, a sentir más cosas y todo eso” (E.8).*

La apertura a nuevas formas de erotismo, para algunas entrevistadas se ha visto continuada en el vínculo que han mantenido con hombres, luego de un primer despliegue en una relación con mujeres. Aparecen nuevas formas de experimentar placer con hombres, que antes no existían. *“Pero este proceso se complementó y se viene como completando con esta otra relación con este mino (...) ahora sí que la sensación de cuerpo es toda una integración de algo que yo valoro como hermoso y como muy bien en mi cuerpo. Como que ya todas las partes existen y como que hay amor de mí a mí misma” (E.8).*

5. APERTURA AL PLACER

Para algunas entrevistadas, el placer y el deseo era algo que no estaba permitido a la mujer. La experiencia erótica positiva con alguna mujer, permitió una recuperación del deseo y del placer, lo que repercutió en el modo de vivir el erotismo con hombres –antes bloqueado respecto al placer, por temas como la dominación y el sometimiento y por el lugar obligado como objeto de deseo en que quedaba la mujer. “... cuando yo empecé a andar con esta mina (...) para mí, fue de alguna manera un poco forzado, lo cual me ayudó y todo y yo estoy agradecida de mi experiencia (...) Estar con un hombre después de estar con mi pareja mujer fue bacán, fue súper sanador y restaurador. O sea, como muy bonita la intimidación (...) Todo nuevo, de nuevo. Porque en el fondo muchas veces cuando yo iba como en la pelea, onda “ah, este huevón no sé qué”, como que me volvía el rollo y estábamos después haciendo el amor, cachaba que yo era tan fuerte como él y que yo dependía tanto, en esa relación sexual, en ese momento, como él de mí, que no era una guerra, una huevada así, como que cada uno era dependiente del otro en el fondo. Como que en una relación sexual siempre vas a perder, en el sentido de la guerra, porque para disfrutarlo tienes que estar suelto y entregado al otro. Entonces si vas a ganar o a pelear o a no sé qué, como que no vas a pasarlo bien (...) antes de estar con ella yo sentía la guerra. Fue un proceso de aprendizaje sexual (...) la detención de poder cachar el cuerpo de uno, cachar el cuerpo del otro y como no sé qué, eso se dio en esta relación con esta mina. Lo cual fue un tremendo regalo, como respecto de mi cuerpo” (E.8).

Desear a una mujer y que una mujer la deseara, permitió que el ámbito del deseo no fuera un sitio exclusivo de los hombres y que el lugar de la mujer fuera sólo el de objeto de deseo, como en el discurso dominante de la matriz hétero. “Entonces como que igual yo siento que yo he ido reestructurando como todos los discursos, también ya los hombres no me parecen esa huevada que quiere gozar de la mujer y no sé qué, porque también me descubrí con deseo, con respecto a otras mujeres y el deseo de otra mujer con respecto a mí. Por lo tanto, ya no son los hombres (...) Porque en la otra cuestión quedaba como que las mujeres no sintieran deseo, una cosa así” (E.8).

“O sea, para mí fue distinto, distinto, más suave. Para mí, fue como mi rehabilitación por decirlo así, eh, sí ese es el planteamiento que tengo, de que con una mujer fue como sanarme. Era como sanarme todo el tiempo, como que esa suavidad, no sé, como que fue mi sanación, ha sido hasta el momento como eso” (E.1).

De este modo, la sociedad (Jeffreys, S.) divide en dos a la población, manteniendo a las mujeres, como objetos disponibles sexualmente para los hombres. El placer para ellas queda indisolublemente ligado a la subordinación erotizada. Así, la subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres conforman el lazo del deseo heterosexual. Por lo

tanto, experimentar algún erotismo con una mujer, como un espacio de placer y reconocimiento, cuestiona de algún modo, el mandato del lazo heterosexual, permitiendo a la mujer salirse del lugar obligado de objeto de deseo y apareciendo el propio placer como una posibilidad viable. *“Ahí fue como que, con mi amigo ya me pasó que fue como la validación de mi ser, aunque fuera sólo de sentir un goce sexual, no desde lo amoroso, pero yo creo que era lo que yo necesitaba, (...) Y cuando me empezó a pasar con la Pilar, a mí sí me vino el rollo como de “esta huevada estará bien o no estará bien”, “¿me estaré metiendo en algún rollo desde el inconsciente, que ahora estoy con una mina?”, si salí de una relación con un mino muy violento desde ahí, “¿será cómo el renegar a los minos?”, “¿me estaré yendo en esa?”. Y cachar que no, que no era desde ahí, que no tenía que ver, ahí se mezclaba la huevada social otra vez, ahí se me mezclaba lo intelectual y ahí cachar que ese es mi rollo y que eso va a ser siempre. Siempre yo voy a tender a intelectualizar o buscar no sé qué o a armar otro cuento para negarme, que es lo que aprendí con mi familia y que es lo que aprendí con mi ex pololo también, a actuar desde el otro más que de mí. Entonces me venía todo este rollo y era “ah, chao”, armemos el esquema, cómo me siento yo cuando estoy con la Pilar, me siento plena, me siento yo, siento todos mis deditos, todas mis patitas, todo mi pelito, toda mi alma, mi cuerpecito y mis genitales están ahí todo el rato. Entonces, desde ahí fue como “ya, estoy puro hueveando con este rollo”, “esta huevada es social”, “esta huevada también tiene que ver con mi familia”, “tiene que ver con la personalidad que yo tuve, con la familia que tuve” (...) mi rollo todavía de inseguridad de ser la mina perfectita para el otro (...) Entonces ahí me pasó que le conté todo este rollo a la Pilar y la Pilar me abrazó y para mí fue una sensación de contención, así como de “aquí puedo tener este rollo”, “aquí puedo mostrarme con este rollo que es tan fuerte y que lo arrastro de harto rato para atrás”, puta tengo veintisiete años. Y ahí fue “cómo lo hacemos”, “qué necesitas” y cuando me dijo esa huevada fue como “y te puedo decir lo que yo necesito”, así como “hello qué está pasando aquí”, así como “esto es posible”” (E.7). Es posible entender que el encuentro erótico con un hombre que no la dejaba posicionada en un rol rígido designado por ser mujer y luego, el vínculo erótico y afectivo con una mujer, permitieron que los mandatos de género en los que durante toda su vida había estado inmersa, perdieran la fuerza con que operaban sobre la entrevistada. Con todo esto, se produjo una validación como sujeto y una apertura al placer.*

La intensidad del placer corporal (Foucault, M.), en un erotismo desplegado, diluye la solidez de un sujeto en una matriz heteronormativa, brindándole la posibilidad de cuestionar el bosquejo obligado bajo el que fue modelado y también abriendo posibilidades de resignificaciones continuas – de su corporalidad, identidad, posibilidades de erotismo, modos de vinculación. *“Entonces, para mí, estar con una mina fue un alivio también. Porque independiente de que yo igual me enamoraba de los minos, como que igual me pasaba esa cuestión, que tenía harto peso semántico en mi corporalidad. Lo asocio con el tema de mi madre,*

porque hasta ese momento yo pensaba que mi madre había sufrido por un hombre que la había usado para su deseo sexual, que se corresponde súper bien con el discurso social de que los hombres se agarran a las minas, no sé qué y que son súper idiotas, no se qué, eso. Entonces, frente a eso, era súper difícil para mí tener como un contacto más honesto con un mino. Entonces con esta mina, yo creo que también que fue como más confianza, me entregué como más al placer y disfruté del alivio que no fuera hombre también, como de poder entregarme en la intimidad con alguien sin que fuera la desconfianza de algo que estuviera de por medio. Y eso fue positivo, una buena experiencia” (E.8).

“Yo pienso que estoy disfrutando más. Con hombres y con mujeres. O sea ahora yo podría decir que estoy más libre en ese sentido y estoy empezando a sentir mis pechos. Es como que “ya”, antes siempre que llegaban a mis pechos era como que no y ahora como que “sí, por qué no”. Entonces como que abriendo un poco y estoy empezando a sentir más placer desde mi cuerpo (...) Ahora me siento más yo y como que mi cuerpo puede provocar placer y que a la otra persona a la vez le está dando placer, entonces es como más pleno (...) Igual, de repente digo, es como que estoy volviendo a ser la misma de antes, o sea, con menos trancas por supuesto, pero en mi adolescencia, en mi primera relación fue tan inocente, como tan entregada, y la disfruté, fue como mi despertar. Yo creo que es eso, como un despertar, ahora, pero un despertar ya más consciente, como un despertar a mi cuerpo, sabiendo que puedo estar con un hombre o con una mujer y ambas personas me producen placer, y ya no siento esa agresión con los hombres (...) Yo creo que al principio siempre sentí mi cuerpo, pero después como que lo fui bloqueando con las mujeres. Y ahora de nuevo estoy como despertando y ya me siento más equilibrada en ese sentido, porque con un hombre o con una mujer puedo sentir mi cuerpo, antes era más que nada con un hombre. Porque cuando yo entré en la relación con una mujer era yo sentir el cuerpo de ella y todo el placer que ella pudiera sentir, ella, a mí me provocaba placer. Con un hombre era más mi placer. Extremo, un extremo y el otro. Y ahora estoy ahí, más en el centro” (E.1). Aparece entonces, el placer como un acontecimiento (Deleuze, G.), como un proceso vivido desde toda la corporalidad.

C. IDENTIDAD EN TRÁNSITO

En una cultura marcada y cincelada bajo el ojo de la heteronormatividad, la subjetivación, la corporalidad, la identidad, quedan “... bajo el signo de una lógica de la concupiscencia y el deseo. Tal lógica nos sirve de clave universal cuando se trata de saber quiénes somos” (Foucault, M.)²⁵. Es decir, el sujeto sólo puede ser en tanto sujeto de sexo/género/deseo (Butler, J.). Los mecanismos del poder –de un poder productivo y no sólo represivo- se encuentran diseminados por todas partes. Sin embargo las

²⁵ Cita ya utilizada en la sección 6.4 del Marco Teórico, p.36.

posibilidades de resistencia, también lo están. Las resistencias al poder ejercido en y por la heteronormatividad, no sólo se encuentra en los discursos, en las instituciones, sino también –y de manera muy especial- en los modos de vincularse, de concebir un erotismo posible y vivirlo, en la propia relación que se tiene con la corporalidad y en la idea que se tiene de sí mismo. De este modo, para que esa noción de sí mismo no caiga bajo el mandato de un anquilosamiento debido, aparece como posibilidad el “... resistir a la “sexualidad”, pues en ella se funde el deseo y la identidad como una cualidad única e invariable del sujeto, designando con un sí verdadero al individuo -que funda la verdad de la persona y actúa como un objeto de regulación social y gestión de las personas” (Foucault, M.)²⁶.

1. EL INVISIBLE PESO DE LA HETERONORMATIVIDAD

1.1. Discriminación por prácticas no rígidas

La matriz de sexo-género determina la formación identitaria a través de la repetición compulsiva bajo mandatos que obedecen a ideales de género, pero además lo hace supeditando tal conformación a la lógica del repudio –que establece la exclusión mutua en la conformación de polaridades identitarias siempre opuestas. Es así que la heterosexualidad y la homosexualidad quedan entendidas como fenómenos mutuamente excluyentes. “Con todo, la lógica de repudio que gobierna esta heterosexualidad normalizada es una lógica que también gobierna una cantidad de otras “posiciones sexuadas”. La lógica excluyente no es un monopolio exclusivo de la heterosexualidad. En realidad, esa misma lógica puede caracterizar y sustentar las posiciones de identidad lesbiana y gay que se constituyen a través de la producción y el repudio del Otro heterosexual; esta lógica se reitera en la incapacidad de reconocer la bisexualidad así como en la interpretación normalizadora de la bisexualidad como una especie de deslealtad o falta de compromiso: dos crueles estrategias de supresión” (Butler, J.)²⁷. “*O sea, me siento mucho más discriminada por lesbianas, que por hombres con los que me he acostado que saben que soy, que ejerzo como lesbiana y que tengo una pareja mujer. Ellas son mucho más críticas, mucho más críticas, “cómo tú puedes ser bisexual, qué te gusta de un hombre, cómo puedes encontrar atractivo a un tipo”, es como “no eres cien por ciento lesbiana”. Y eso me impresiona, lo he*

²⁶ Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.42.

²⁷ Cita ya utilizada en la sección 5.2 del Marco Teórico, p.28.

sentido mucho más de ellas que de tipos (...) Dentro de mi grupo es como “eres la bisexual”, entonces echan una talla “ah no nos gustan los cocos, pero a ti sí”, es como medio estúpido, a mí me carga” (E.2). De este modo, “...lo que se excluye de la figuración binaria de heterosexualidad normalizada y homosexualidad abyecta (la homosexualidad masculina feminizada y la homosexualidad femenina masculinizada) es toda la gama de disconformidades identificatorias” (Butler, J.)²⁸.

1.2. Aspectos de la performatividad en la constitución identitaria

Esta continua repetición, marcada por la restricción, que va conformando a los sujetos se hace de un modo performativo. Lo performativo implica que lo que parece expresar a un sujeto, en realidad lo modela, lo conforma. Por lo tanto, la performatividad “... debe entenderse no como un “acto” singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”. (Butler, J.)²⁹ Una entrevistada, durante la pubertad fue enviada al psicólogo por hacerse pública cierta atracción hacia una compañera, debiendo soportar además el señalamiento y en algunos casos, la marginación por parte de sus compañeras. Esta situación, influyó en su propia conformación identitaria; la noción que los otros tuvieron de ella recayó en la noción que ella misma tenía de sí. *“Porque en un minuto también dije, bien burdamente, si yo no era maricono por lo menos ahí me hicieron, porque me convencieron de la huevada, me convencieron. Claro, ahí te preguntas mucho más fuertemente el asunto, como que tú dices “oye, será realmente, porque todos me están diciendo”. Y ahí, pasándolo de nuevo por el tema del cuerpo hay un montón de cosas que tú empiezas como a no hacer. Por ejemplo yo, menos mal que recuperé toda, o sea, no sé si recuperé o no, pero como que no tengo ningún problema en mostrar afecto por las personas en la medida que lo tenga, de hacer cariño, de tocar, no tengo problema con eso. Y por eso digo menos mal que no tengo problema, porque en un rato sí lo tenía porque no cachaba cómo, o sea, cómo te toco, si todos están diciendo esto y tú eres mi compañero o mi compañera de banco no más. Claro que se modifican todas las relaciones desde ahí” (E.9).* De este modo, es posible pensar la denominación como “... un modo de fijar una frontera y también de inculcar repetidamente una norma” (Butler, J. 2002: 26).

²⁸ Cita ya utilizada en la sección 5.2 del Marco Teórico, p.29.

²⁹ Cita ya utilizada en la sección 4.3 del Marco Teórico, p.20.

1.3. La iterabilidad

El poder (Butler, J.) actúa como una producción reiterada y obligada. De este modo, en la matriz de sexo-género, la noción que se tiene del yo, está dada por una repetición continua que da la apariencia de identidad. La identidad entonces, puede ser entendida como un proceso de reiteración a través del cual emergen los sujetos y los actos. Realizar actos que ponen en jaque una identidad, puede desestabilizar al sujeto que los realiza. En este juego de las constantes reiteraciones, una entrevistada narra cómo frente a una situación que perturba su identidad –otorgada por la matriz heteronormativa- tiene la necesidad de realizar actos que le permitan la ilusión de una continuidad que ya se había quebrado. *“... conocí a un profesor, un viejo gordo feo, horrible y me empezó a gustar, platónico total, hasta que un día en la clase, el loco terminó la clase, yo me quedé ahí, me dijo no te vayas, me quedé, me agarró, botó la mochila, me dio unos besos y yo quedé loca y ahí me llevó a su departamento y fui. No lo pasé bien, el loco era, me dio asco cachai, pero yo decía, no si yo no soy lesbiana, era como siempre, yo no soy lesbiana y yo creo que eso fue siempre una continua discusión de niños, o sea pensar que no era lesbiana, por eso tenía que buscar un hombre, no sé (...) Entonces estando con un hombre (...) Yo creo que me daba como, no yo no soy lesbiana, no, yo no. O sea, yo sigo con mi cuento. Ni siquiera me cuestionaba el ser bisexual, o sea yo decía no, no soy lesbiana” (E.1).* Sin embargo, la iterabilidad también puede operar como posibilidad de resignificación y reapropiación constantes. De este modo, en la conformación continua de una identidad bajo la repetición compulsiva de prácticas reguladoras, surgen los intervalos –propios de la repetición- como posibilidades para prácticas de resignificación y reapropiación, prácticas de resistencia.

2. LA IMPORTANCIA DE UN NOMBRE

Respecto a la pregunta acerca de la importancia de asignarse un nombre en cuanto a una identidad sexual, es decir, de identificarse con un nombre respecto a las prácticas sexuales que estaban viviendo, surgieron variadas respuestas.

La mayoría de las entrevistadas expresó la aceptación de una identidad móvil, en tránsito, sin la necesidad de delimitarla rígidamente, deslizándose de la posición rígida designada por la matriz de sexo-género, aun cuando en un pasado haya sido un tema perturbador. Todo esto revela un cambio en los modos de relacionarse consigo mismo, en las bases

para tener una noción de sí. *“Sí, si la sentí harto tiempo, la necesidad de ponerte un nombre. A veces puedo ponerme un nombre, pero sé que es súper pasajero” (E.3).*

“... era algo que yo sentía en mi cuerpo, yo me sentía que no encajaba, que no me podía decir lesbiana, no me podía decir heterosexual, no me podía decir bisexual. Y por qué, porque con el rollo de la genitalización yo me di cuenta que el ordenamiento de las categorías sexuales o de cómo la gente nombra su experiencia sexual es a partir de las combinaciones genitales y que eso era algo que no daba cuenta de la complejidad de lo que uno podía hacer con su cuerpo y por lo tanto nunca me denominé así. O sea, como que yo sé que tengo prácticas bisexuales, pero yo no soy bisexual, no me siento bisexual, tampoco me siento lesbiana, ni heterosexual, yo siento que tengo una sexualidad móvil, así me siento, como en tránsito (...) yo creo que ser lesbiana tiene que ver un poco con, o ser heterosexual, o ser bisexual, tiene que ver con las imágenes, yo creo que tiene que ver con eso, con la imagen y una técnica (...) una técnica para acostarse con alguien, como un procedimiento, a eso me refiero” (E.3).

“Igual, en ese tiempo no me preguntaba yo que era, pero hace un par de años sí, sí me lo estuve preguntando, “mierda, estoy con una pareja mujer, pero necesito estar con un hombre, qué cagada, qué soy”, hasta que ya dije no, no me lo pregunto más, o sea simplemente no me acomodan los rótulos existentes, no los ocupo no más y hasta ahora no me lo he vuelto a preguntar, es no más, es lo que hay (risas)” (E.6).

“... ya me reconozco bisexual, ya sé que no es negro o blanco, o sea hay unos matices por ahí (...) yo creo que nunca he necesitado definirlo-definirlo, o sea, han pasado etapas en que sí, necesité definirlo, yo creo que al principio, yo creo que ahora estoy en una etapa más flexible, como que ya sé quien soy y que no por hacer una u otra cosa yo voy a dejar de ser yo, que primero soy una persona que siente, que va más allá de una categoría, que es lesbiana o bisexual o no sé” (E.1).

“O sea, yo no soy heterosexual y no soy lesbiana, si lo tuviera que categorizar de alguna forma sería bisexual. Pero me pasa a mí con las categorías, que no creo mucho, no creo mucho como en la categoría de. Pero si es desde ahí, sería bisexual, porque a mí sí me gustan minos”. (...) “No es como que “ahora voy a estar siempre con minas” o “después de la Pilar voy a volver a estar con minos”, no, tiene que ver como si encuentro a alguien que me gatille huevadas, que no quiero controlar, son controlables, pero que no quiero controlar y que cacho que estoy contenta y que estoy plena y que me siento bien y me siento yo en eso, voy a estar, sea un hombre o sea una mujer. Como que ya las grandes barreras que yo tenía en mi cabeza, caché que no fueron barreras, que era mi familia, que era lo social, lo desagradable del autocuidado, el costo, no sé qué” (E.7).

“Soy hétero, soy bi, soy lesbiana. Sabes que ninguna de esas cosas me queda cómoda. No puedo decir que soy hétero, no puedo decir que soy lesbiana y tampoco puedo decir que soy bisexual, entonces lo del amor universal me viene como anillo al dedo (risas), para zafarme de tener que ponerme un rótulo (...) no me identifico con ninguno. No puedo decir que soy lesbiana, porque no me gustan las minas, no puedo decir que soy hétero, porque estoy con una mujer y tampoco puedo decir que soy bisexual porque no me da lo mismo si estoy con una mujer o un hombre (...) comprobé que no puedo estar con mujeres, con cualquier mujer, pero que sí me gustan los hombres, que me encanta follar con hombres y

que de hecho es un tema que le tengo que plantear a mi pareja, ahora estoy moldeando en mi cabeza cómo se lo voy a plantear, que yo cada tanto voy a necesitar estar con un hombre, porque es mi naturaleza necesitar coger con un hombre cada tanto” (E.6).

Incluso la categoría “bisexual” cuando es mencionada, pareciera ser algo no tan tangible como lo es ser “heterosexual”. También mostraría ser una categoría que no logra abarcar la nueva realidad experimentada respecto al erotismo y la identidad. Es posible pensar que, aunque sea una categoría que amplía los horizontes ofrecidos por las identidades heterosexual u homosexual, al ser creada por la hegemonía significativa –heteronormada– ve restado su poder de significación. Se manifiesta, de este modo, la necesidad de repensar nuevas categorías discursivas para poder significar realidades excluidas por la hegemonía significativa, por la Mente Hétero (Wittig, M.).

“Yo soy mujer y eso. Si ya tienes que entrar a algo más depurado, según, parece que soy bisexual. Pero si me preguntan “¿eres gay?”, yo digo “de qué estamos hablando”, o sea “a qué te refieres con eso”, “si me estás preguntando si soy lesbiana, yo no soy lesbiana”, “si soy heterosexual, tampoco soy heterosexual”, entonces ahí entras en unas ramificaciones, “sabes que, parece que soy bisexual”. Pero en el fondo, yo, así, me siento como una persona, una mujer es este caso, que tiene la facilidad de amar y de querer tanto a hombres como a mujeres (...) Si tú estás tranquilo con eso, bien, ya. Igual la otra vez, hablando con una persona mayor, me decía “pero tú te tienes que definir”, yo le decía “bueno, tú no crees que esto ya es suficiente definición, darte cuenta que te puedes enamorar de un hombre o de una mujer”, “y aceptar eso que está pasando en ti y vivir con eso, ya no crees que es suficiente como para seguirle etiquetando y seguirle dando y seguirle dando”” (E.9).

“Al principio, cuando estuve con mi primera polola, fue un tema, después no, nunca más, porque caché que si me gustaba una niña era esa niña y no eran todas, si me gustaba un niño era ese niño y no todos los niños. Yo no iba a las discos a buscar personas, tenía que haber una cosa así, de conocerlos. Me acuerdo que una vez a mi mamá, cuando anduve con esta primera pareja le dije “yo soy bisexual”, mi mamá se quedó callada, no me dijo ninguna huevada, pero recuerdo haber dicho eso, entonces puede ser cierto, puede ser así, porque me gustan hombres y mujeres, pero son mujeres específicas y hombres específicos, o sea, tiene que ver como con su personalidad, con su personalidad, no me gustan todos los hombres, odio a bastantes hombres (risas), no me seducen para nada y hay mujeres que no, no, tampoco” (E.10).

“Pero yo creo que sí que es mucho más, o sea para mí es rico como experiencia, me siento súper contenta de haber podido tener esta diversidad, ojalá la siga teniendo y ojalá pueda seguir con esta misma cabeza y no me vuelva una fundamentalista anti hombres o anti penes (risas) o anti cualquier cosa, ese es el punto. Yo también conozco a muchas lesbianas que han estado con hombres y después como que se volvieron lesbianas y como que de ahí se quedaron, como que salieron del fundamentalismo del heterosexismo hacia el fundamentalismo del lesbianismo. Para mí se amplió, yo no

pasé de un lado de la cancha a otro, no pasé del equipo de Colo Colo al equipo de la U. Para mí es súper valorable esa cuestión” (E.2).

De este modo, como resistencias aparecen nuevos modos de tener una noción de sí, nuevas formas de identidad. Identidad en tránsito, móvil, en desplazamiento, propias de un sujeto que ya no necesita estar cohesionado estáticamente, que se permite ser sujeto múltiple, nómada (Braidotti, R.), abriendo puertas a lo rizomático (Deleuze, G. y Guattari, F.). Identidad, que no queda atrapada por las posibilidades brindadas en un mundo de dualidad obligada –dualidad complementaria y mutuamente excluyente. Aparece lo queer (Halperin, D., Butler, J.) como una identidad en devenir, que no se aferra a una esencia, sino que se admite como una posición, una posición de resistencia a los mandatos heteronormativos que producen sujetos viables; es una identidad sin esencia. De este modo, lo queer, como posición, tiene más que ver con una relación de resistencia y no con una esencia cristalizada de oposición, pues de ser así, terminaría transformándose precisamente en lo que cuestiona: un identidad con sustancia. Por lo tanto, lo queer desestabiliza la constitución de la identidad o en otras palabras, lo queer implica una deconstrucción del sujeto de la sexualidad (Foucault, M.). Así, la posibilidad de cambio y transformación es una realidad, aceptada y vivenciada. *“He sido bien cambiante, no he tenido problemas con las metamorfosis que puedo sufrir, tanto internas como externas, me he permitido cambiar con el tiempo. No he necesitado ser siempre igual, por eso mismo de que me aburro rápido, entonces si cambia, si hay un permanente movimiento, me siento mucho más cómoda (...) en esto que yo cambio sin ningún problema, que no me hago rollos por pensar hoy de una forma, no sé, me parece también muy natural que uno cambie según la maduración o la involución (risas). Entonces, no descarto que sienta diferente en algún momento” (E.6).*

Dos entrevistadas se definen como lesbianas. Una de ellas, actualmente con pareja mujer, si bien siente atracción sexual por hombres y mujeres, y a la vez que mantiene prácticas sexuales con hombres y mujeres, opta por portar un nombre identitario que le permita posicionarse dentro de una matriz heteronormativa y actuar desde ahí; su opción es política, en sus propias palabras. *“... yo lo vivo como presente. Yo siempre digo, yo vivo de mis convicciones del momento y soy consecuente de mis convicciones del momento. Si el día de mañana yo me vuelvo una heterosexual fundamentalista, voy a ser súper consecuente con esa convicción (...) pero sí me interesa también el tema de las identidades en un momento dado. Para mí en este momento, me gusta tener una identidad, me gusta tener un punto de dónde pararme, por qué luchar; si yo no estuviera luchando por las lesbianas, si fuera heterosexual, estaría en movimientos de izquierda, estaría en cualquier cuestión, o sea, me gusta moverme, ese es el punto y me gusta luchar, me gusta estar*

peleando por algo” (E.2). Su identidad se asume como opción política, no como una designación que viene de un arriba jerárquico. “... tengo equilibrada mi balanza, entre hombres y mujeres, pero claro, hago una definición política mía, una autodefinición política, como lesbiana, por una cuestión de adonde me quiero parar, a donde quiero pelear por algunos derechos y de donde quiero ejercer mi sexualidad como para afuera, para mí es súper importante hacer algo (...) Para mí es una cuestión desde dónde te paras y cómo te paras (...) Yo siempre digo, si yo tuviera que definirme, en realidad yo tendría que definirme bisexual, pero no, estoy en una parte que para mí es una definición, para mí política lésbica” (E.2). La otra entrevistada que se nombra como lesbiana, calza en los cánones de la matriz heteronormativa respecto a la definición de las identidades sexuales; su deseo y su identidad pueden ser nombrados por las categorías preexistentes en la hegemonía significativa. “Yo soy lesbiana (...) el hecho que yo haya sido entre comillas hétero y sea lesbiana, me reafirmó que yo soy lesbiana y que me gusta ser lesbiana” (E.5).

Otras dos entrevistadas se definen como heterosexuales, aunque de un modo mucho más amplio que el designado por la heteronormatividad. Manifiestan una preferencia a vincularse con hombres, tanto por su proyecto de vida, como por la atracción sexual que sienten hacia ellos. Ambas, sin embargo, están abiertas a experimentar relaciones eróticas y afectivas con mujeres. “Y como que igual me defino heterosexual, sí, al final igual me gustan los minos, me gustaría estar con un mino y todo eso. Igual he tenido dos relaciones con niñas (...) O sea, juego con eso, juego con eso (...) Me río de la huevada, así como “ya, yo soy heterosexual” le digo a mis amigos, “no me hueveen, no voy a agarrar con minas”. O no sé, “me voy a cortar el pelo”, se me van a tirar todas las locas. Me da risa, pero no sé si soy heterosexual o no (...) Nunca me cerré ninguna posibilidad, ante nada” (E.4).

“... como que mi criterio es “si te pasa”, “ni forzar, ni reprimir”. Pero yo lo que sí siento es que como pareja como con mujer, no, siento que es como una realidad, no es algo impuesto por mí, ni nada de eso (...) Cuando yo estuve con, cuando yo empecé a andar con esta mina sentí esta sensación, que era como, se me venía un dibujo a la mente, que era, yo mujer, mujer, mujer, hombre, hombre, hombre como de frente y sentía como que yo forzosamente hacía esto de darme vuelta y quedar frente a otra mujer. Entonces para mí, fue de alguna manera un poco forzado, lo cual me ayudó y todo y yo estoy agradecida de mi experiencia. Pero claro, volver a la heterosexualidad y volver desde otro punto de vista, como abierta a la heterosexualidad, como que ha sido súper lindo, porque como que me siento igual súper heterosexual ahora” (E.8).

Con las prácticas sexuales que se escapan de la heteronormatividad y que exceden los límites de lo permitido, se visibiliza la identidad obligada, impuesta por la matriz heteronormativa –las técnicas encubiertas del poder productivo (Foucault, M.) quedan de algún modo descubiertas. Visibilizar lo invisibilizado, cuestiona el poder de verdad de los

mandatos establecidos en la constitución de identidades. Es así que una entrevistada opta políticamente por una categoría identitaria ya establecida (lesbiana), otra siente que pertenece a una categoría preexistente (lesbiana), otras dos deciden retornar a la categoría que les fue asignada al nacer (heterosexual) y finalmente, la mayoría, acepta vivir un erotismo no normalizado, que no alcanza a ser plenamente abarcado por los nombres posibilitados por la hegemonía de significación. Sin embargo, tienen en común todas, el quebrar la continuidad de una identidad recibida por nacer en cuerpo de mujer.

3. PROYECTO DE PAREJA Y FAMILIA

Los nuevos modos de vincularse que se manifiestan en las entrevistadas en este proceso de apertura del erotismo, aceptan diversos proyectos de vida afectiva.

Algunas entrevistadas manifiestan una tendencia a realizar un proyecto exclusiva o preferentemente con mujeres. *“Mi familia es muy distinta a muchas familias, donde todo tiene que ser calladito, en la mía es de otra forma, porque ya me cansé de estar ocultando” (E.5).*

“No me siento compartiendo algo común, no me siento que podría hacer un proyecto común con un hombre (...) Y pienso, sostengo, que para mí, la persona con la que quiero construir una relación, a lo mejor con las personas que me siento más identificada, son con mujeres” (E.2).

“... mi proyecto, me encantaría estar con una mujer, me encantaría estar con la mujer que estoy, proyectarme, hacer una familia con mi hija (...) De verdad, creo que cuando uno completa el listado de cosas que quiere, como los cubitos que vas llenando, es rico, yo siento que hasta el momento he llenado todos mis cubitos necesarios con puras mujeres, me he enamorado sólo dos veces y esas dos veces han sido mujeres” (E.2).

“Pero yo no me veo casada con hijos, viviendo con un hombre hasta el fin de mis días, no, como que no tengo esa idea, pienso que tal vez voy a terminar mis días con una mujer, no sé por qué, lo pienso así, no sé por qué. Como que mi principio siempre fue así con una niña, como que lo siento mucho más normal, más normal, no tan anormal, con un hombre, no es que sea anormal, no sé cómo explicarlo, dentro de mi forma afectiva encuentro que es más normal estar con una mujer que con un hombre, porque el clásico estándar, así como la heteronormatividad de la sociedad, a mí me genera una rebeldía. (...) Por eso pienso que tal vez no voy a morirme con un esposo e hijos, ni cagando (risas), no digo que esté mal, hay veces en que resulta, pero siempre es por consenso, yo no me quiero morir consensuada” (E.10).

“Como que ya acepto eso, como que lo he ido viviendo mejor, como que he estado bien y me acepto más bisexual en realidad (...) y que siempre voy a necesitar tener un hombre por ahí, aunque, por lo

menos hoy por hoy no me gustaría ni puedo proyectarme con un hombre, una porque no me interesa ni la familia, ni tener hijos, ni vivir con un hombre” (E.1).

Otras entrevistadas no manifiestan alguna preferencia por el sexo de la persona con quien construir un proyecto de vida. Sin embargo, realizan su proyecto con mujeres actualmente, construyendo desde ahí su noción de familia. *“Empecé con ella cuando mi hija tenía un año y bueno hemos sido como una familia de tres mujeres” (E.6).*

“Eso fue lo que a mi mamá más le dolía y yo explicándole que quizás sí voy a tener hijos, que esa es una decisión entre nosotras, que veremos cómo lo hacemos, que no va a ser desde la relación heterosexual convencional, que tiran y tienen hijos desde ahí, como mi hermano por ejemplo, como todo lo social bonito, no sé qué, vestida de blanco la hija, no sé qué, el espejo, la huevada, toda la huevada de película gringa, quizás eso no suceda. Pero sí nosotras tenemos planes de cómo concertar eso en algún momento, o sea “esto es parte de” y sí va a haber ceremonia y sí va a haber familia y sí va a haber un tema desde ahí” (E.7).

Una entrevistada, manifiesta el vínculo con un hombre como preferente para realizar su proyecto de vida. *“Otra razón es porque me di cuenta que yo como que más necesitaba un hombre. Como que en realidad pienso y pensaba y me di cuenta, para mí fue como un darme cuenta que yo no me iba a poder sentir realizada con una mujer de pareja, como que mi realización en mí y en lo femenino era con un mino y tener hijos y el campo ojalá, como que tenía todo un cuento que era como muy, como que me di cuenta que era natural a mí, como que no era el discurso. En el fondo como que yo me liberé del discurso, como que por ejemplo volví a ser conservadora, pero no por el discurso, después de un recorrido, no por conservadora, sino porque justo calza con que eso. Conservadora, a la familia, tener familia, tener un mino, ser la mujer de la relación, de la pareja” (E.8).*

4. TRÁNSITO Y SUS SIGNIFICACIONES

El tránsito erótico en una matriz de sexo-género provoca cuestionamientos y modificaciones respecto de las vivencias del erotismo, la noción de sí mismo y los modos de vincularse, quedando permeable a variaciones y resignificaciones que sortean la lógica hegemónica de significación.

Se producen cambios respecto al modo de vivenciar el erotismo. El erotismo se despliega en modos particulares, eludiendo los mandatos de una normalización y abriendo puertas a nuevos modos que también escapan al discurso dominante. *“(Lo que me queda también de haber tenido esta pareja mujer), es que yo no tengo rollo, como que caché que no me gustan ni*

hombres ni mujeres, sino que me gustan personas súper específicas y que no depende de su sexo, entonces es súper, no sé como llamarlo, pero es como amplía mi sexualidad, pero a la vez es reducida (risas), es como una tensión. Caché súper bien lo que me gusta en la cama y el cómo y todo” (E.3).

“... como que lo que finalmente yo siento que me ha pasado es que no vivo una sexualidad dicotómica, yo creo que eso es lo que me pasó al final, como que no vivo la sexualidad en dos sexos, yo cacho que ahí uno se marea, ahí uno se confunde, porque cree que son dos sexos, pero no son dos sexos, son caleta, caleta y lo interesante es ese sujeto, esa es la posibilidad que uno tiene de pasarlo bien, ese sujeto que está ahí. Y que es una tontera, si es una tremenda pérdida el rollo de descartar la mitad de la humanidad, es una tontera, una huevada que no tiene lógica, es una estupidez, no sé, ahí puede estar la persona de tu vida” (E.3).

Se provocan transformaciones respecto a la noción de sí y al modo de relacionarse consigo mismo. Realizar prácticas que inciden en el modo de concebirse a sí mismo, implica poder observar determinados dispositivos invisibilizados, mediante los que opera un poder productivo y por lo tanto, cuestionar en parte, la encarnación que cada sujeto llega a ser de ese poder. *“... yo creo que sí, menos prejuicio, mucho menos prejuicio” (E.2).*

“Como aprendizaje me trajo el poder cuestionar los discursos y vivir como la experiencia de la vida por mis propios medios. O sea, como que yo valoro esto de estar abierta a lo que suceda sin ponerle el prejuicio. O sea, gracias a que no me viví el prejuicio, viví la experiencia. Y esa experiencia me llevó de vuelta a mí misma con más fuerza, a mi naturaleza, mi naturaleza que no tiene que ver con lo femenino y lo masculino, y sí, pero como mi naturaleza, como yo, persona, que es distinta en cada quien. Para mí fue un proceso de conocimiento personal. Y eso, de poder cuestionar los discursos sociales también, me permite hacer mi propia vida tal cual como yo la quiero hacer y en eso estamos (risas), en hacer la vida tal cual como uno la quiere hacer” (E.8).

“O sea, lo que yo creo ahí, que uno se pone más sincero con lo que siente. Porque es como que ya tuviste la primera vez con esto y con esto otro. De alguna manera uno como que tiene que ir pasando puertitas, pero cuando pasas dos puertitas juntas o dos puertitas que están más o menos cerca, o sea como que ya estás abierto a la posibilidad. De antes yo ya estaba abierta a la posibilidad, pero cuando realizas el acto mismo ya ahí estás abierto (risas), como que ahí no tienes nada más qué hacer. Y eso yo creo que igual a ti te hace súper como sincero con lo que sientes” (E.9).

“La validación. Yo creo que sinceramente las personas con las que yo he estado y he decidido estar desde lo sexual y desde lo cariñoso, al menos estas tres personas, mi pega todo el rato ha sido el aprendizaje de creer en quien yo soy y creerle a mi cuerpo. Ése es el tema, así como no pensarlo tanto y dejar que sea mi cuerpo el que está hablando. Es como validar lo femenino todo el rato. Es como el cachar lo que yo necesito y lo que yo quiero en la vida, más allá de lo que te espera o lo que estaría bien que. Yo creo que estas tres personas, de alguna u otra forma a mí me han posibilitado estar como estoy ahora. (...) tiene que ver con la persona. Más allá de si es hombre o mujer, tiene que ver como con lo parado que está cada uno en sus propias patas. (...) Y ahí es como a volver a confiar en el cuerpo, (...) Y lo otro, como el validarme, yo como con las parejas aprendo, esa es la sensación,

aprendo y me conozco cada vez más yo y conozco más al otro al mismo tiempo, pero no le veo como una diferencia entre si es hombre o si es mujer, como de que me pasen huevadas distintas” (E.7).

Y también se genera un nuevo modo de vincularse. Al ser cuestionada la normatividad por prácticas que se escapan a ella, los modos de relacionarse ya no quedan ceñidos a los mandatos de la hegemonía, quedando un espacio abierto para la creación de nuevas y particulares modalidades. *“Y eso es lo otro que a mí me a pasado, que yo sé que si se puede construir de la amistad hacia lo erótico, también desde lo erótico a la amistad, también se puede construir, que no somos seres incontrolables, ni que el amor es una cosa salvaje, no es así, no es así, o sea, tienes que hacer un pega ahí y bueno, o sea, sí, resulta, se puede” (E.3).*

“... tú te entiendes primero, uno, sus cosas, pero con el resto también, mucho, con el resto de la gente. O sea yo creo que me permite relacionarme con la gente como corporalmente, súper sinceramente respecto a lo que yo estoy sintiendo. Lo ocupas para todo en el fondo, es algo que se manifiesta en todos lados. Y así eso te hace vivir súper tranquilo, en el sentido que no te confundes tampoco, en el sentido de que por ejemplo si yo tengo una amiga, una amiga y la quiero mucho o que sé yo o siento mucho cariño por ella y si le expreso mi cariño ya va todo bien, va bien, como que no vas acumulando cosas que al final te dicen “ah, será o no será algo”, como que fluye más todo. Y al final si te gustas con alguien, te vas a gustar igual y vas a pinchar igual, pero dentro de todo te deja súper sanamente como el resto de las cosas desde ahí, yo creo. (...) Yo creo que eso es bueno, no es cien por ciento entendido (risas), pero es bueno” (E.9).

De este modo, si “... debemos situarnos en relación con la cuestión de la identidad, debe ser en tanto somos seres únicos. Pero las relaciones que debemos mantener con nosotros mismos no son relaciones de identidad; deben ser más bien relaciones de diferenciación, de creación, de innovación. Es muy molesto ser siempre el mismo. No debemos excluir la identidad, si es por la vía de esta identidad que la gente encuentra su placer, pero no debemos considerar esta identidad como una regla ética universal” (Foucault, M.)³⁰.

El tránsito erótico en una matriz heteronormativa genera un cuestionamiento de las bases de lo que debe ser, es decir, cuestiona el estatuto de lo verdadero; se reestructuran de algún modo “... las relaciones entre el poder, la verdad y el deseo” (Halperin, D.)³¹. Y en una hegemonía significativa, donde un sujeto queda conformado como sujeto de sexo/género/deseo (Butler, J.), cuyo núcleo identitario está definido por su sexualidad

³⁰ Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.41.

³¹ Cita ya utilizada en la sección 6.6 del Marco Teórico, p.43.

(Foucault, M.), es posible entender que a partir de la transgresión de los mandatos de género, las variaciones en un ámbito, impliquen variaciones en otros. Se despliega así, un erotismo no disciplinario, una nueva vivencia de la corporalidad y del placer, y la transformación respecto a la identidad; despliegue del erotismo y desrigidización de la identidad aparecen enlazados.

Cada transformación, si bien es particular, mantiene en común con las otras, el manifestar la caída de la fuerza obligada con que operan los mandatos de género en una matriz heteronormada, permitiendo descubrir singularidades antes cubiertas por el poder de la normalización. En este sentido, lo queer (Halperin, D.) como expresión del devenir, puede no ser entendido exclusivamente como una resistencia a la normatividad sino que además, como una continua posibilidad de autotransformación, que genera un espacio de construcción y creación de modos de vida diversos.

VII. CONCLUSIONES

Las mujeres que participaron en el presente estudio presentaron distintos procesos respecto a los modos de vivir el erotismo y a las formas de representar su corporalidad. Algunas manifestaron atracción hacia hombres y mujeres desde niñas, otras por el contrario, experimentaron el erotismo con mujeres de un modo inesperado, muchas veces abierto por la creación de vínculos afectivos intensos, que más tarde derivaron en vínculos eróticos.

Si bien, el interés de este estudio es comprender las modalidades de significación respecto del imaginario corporal en relación con prácticas sexuales con hombres y con mujeres, es imposible dejar de considerar que ambas prácticas no se encuentran igualmente consideradas en una matriz de hegemonía heteronormativa. Es así, que las vivencias de un erotismo con mujeres están cargadas de significaciones y matices propios de las prácticas que se salen de una normalización compulsiva. De este modo, las significaciones que las entrevistadas hacen de éstas, muchas veces presentan niveles de profundidad y de intensidad emocional más desarrollados.

La gran marca que atraviesa las historias narradas es la dificultad en la aceptación de las sensaciones y sentimientos hacia mujeres, ya sea durante la infancia, o en la juventud o adultez, cuando ya estaban implicadas las prácticas con otras mujeres. El temor al rechazo de la familia y seres queridos y también a una sanción social en términos generales, aparece durante el desarrollo de las conversaciones de todas las participantes. La posición devaluada en la que quedan las sexualidades marginales –respecto de las centrales, en una jerarquía de oposiciones binarias- es un conocimiento tácito que tienen las mujeres del estudio desde la infancia, por lo que aunque algunas vivieron con una naturalidad propia de la niñez las sensaciones agradables respecto a otras niñas, siempre supieron que esa “naturalidad” era algo que debía mantenerse en silencio; debía mantenerse no sólo no expresado, sino que además, no dicho.

Asimismo, los costos de vivir vínculos afectivos y eróticos con mujeres, no sólo afectaron relaciones familiares, sino que también a las mismas relaciones de pareja. El aislamiento social en que quedaron muchas veces, generaba dificultades nuevas, que se sumaban a las propias de una relación. Muchas relaciones de parejas fueron vividas con pérdidas de

redes sociales, lo que intensificaba el aislamiento en que quedaban. Esto generaba un desgaste emocional mayor en la relación, que finalmente se quebraba.

Sin embargo, las dificultades de aceptación de las vivencias eróticas y afectivas fuera de la norma no representaron exclusivamente dificultades sociales, familiares y de pareja, sino además –y muy marcadamente- de las mujeres en relación a sí mismas. Estas dificultades se manifestaron como temores respecto a una sanción social y dificultades emocionales respecto al lugar devaluado en que las situaba la heteronormatividad. Pero además surgió en varias, una angustia respecto de las transformaciones que vivían en torno a sí mismas. En una matriz de sexo-género, las prácticas sexuales definen marcas identitarias; el paso de realizar prácticas que no se salen de la norma a prácticas que sí lo hacen y que designan posiciones devaluadas, repercutió muy profundamente en la mayoría, respecto de la noción que tenían de sí. Muchas no toleraron la angustia de sentir que pasaban a una categoría despreciada, por lo que buscaron de un modo reiterativo y de cierta manera desvinculado de su deseo, mantener relaciones –afectivas y eróticas- con hombres. Así por ejemplo, una mujer tras tener una relación afectiva y erótica con una mujer, buscó a propósito una pareja hombre, para lograr compensar las dificultades familiares que se habían generado como consecuencia de su vivencia anterior, sosteniendo una relación que –por las características personales de ese hombre en particular, en sus palabras- tuvo muchos costos personales para ella. Otra entrevistada, mientras mantenía un vínculo afectivo y erótico con una mujer, de la que expresaba estar enamorada, sostuvo reiteradamente encuentros sexuales con hombres, no siempre impulsada por su deseo, sino más bien por la necesidad compulsiva de reafirmarse como “no lesbiana” en sus propias palabras. De este modo, buscaba reafirmar un yo “no lesbiano” mediante la reiteración compulsiva de prácticas sexuales con hombres, que la librarán de quedar situada en una posición devaluada, no sólo por la sociedad sino por ella misma, por mantener prácticas sexuales con una mujer.

Realizar prácticas que vayan más allá de la normalización en una matriz de heteronormatividad, sin embargo, no garantiza que los modos de significación que de ellas se hagan o se deriven estén teñidos de nuevos modos explicativos de la realidad. Esto, precisamente, porque el sistema hegemónico no sólo obliga prácticas y conductas, sino que además brinda las posibilidades discursivas con las que se comprende el mismo y desde las que se genera el mundo en que se vive. De este modo, lograr significar más

allá de la heteronormatividad implica complejos procesos de reflexión en torno a las nuevas prácticas que se realizan. Es así, que sólo algunas de las entrevistadas manifestaron nuevos modos de explicación de los sucesos vividos, asumiendo que muchas veces se quedaron sin palabras para poder explicar o incluso para poder entender ellas mismas lo que les estaba sucediendo. Esta falta de significantes, les permitió generar espacios de reflexión en torno a temáticas que, por la misma dominación, se mantienen invisibilizadas a partir de una naturalización. Una entrevistada en particular manifestó todos los cuestionamientos que surgieron tras comenzar a vivir el erotismo con una mujer; cuestionamientos que atañían principalmente a los modos rígidos y obligados de relación que existen entre hombres y mujeres en un sistema heteronormativo. Por el contrario, otras mujeres que participaron en el estudio manifestaron a través del discurso dominante, muchas de las explicaciones que se daban de la realidad. Así por ejemplo, una de ellas, manifestó que su bisexualidad estuvo presente desde niña aunque ella no se hubiera percatado, pues siempre manifestó características femeninas –como usar vestidos delicados- y masculinas –como usar shorts y jugar con los niños- a la vez. Atribuyendo, de este modo, la realización de sus prácticas sexuales, sus modos del deseo, a características que están en relación con la performatividad de género; mostrando así, cómo la sujeción promovida y permitida en la matriz heteronormativa es la de un sujeto de sexo/género/deseo.

El vínculo erótico que las entrevistadas han mantenido con hombres, presenta diferencias entre ellas. Para algunas entrevistadas éste ha sido positivo y valoran los encuentros sexuales y afectivos con hombres; para otras, ha presentado dificultades. Éstas aparecen en algunas como dificultades en el placer; los modos de aproximación erótica que manifiestan los hombres con que se han vinculado, les ha obstaculizado la vivencia del placer en los encuentros sexuales. Modos particulares, que sin embargo presentan en común una falta de delicadeza y preocupación por las preferencias eróticas de las mujeres. Además, varias entrevistadas narran la existencia de dificultades en la confianza con los hombres. Los acercamientos eróticos con los hombres estarían teñidos de un cierto autorresguardo, por las diferencias que existen entre ambos. Estas diferencias en los modos de aproximación erótica, como también en la fuerza corporal, implicarían quedar en una posición más vulnerable, por lo que en los inicios de una relación, las entrevistadas manifiestan mayor cautela. Sin embargo, algunas entrevistadas presentan una valoración positiva de la diferencia entre hombres y mujeres. Esta valoración estaría

facilitada por la percepción de la diferencia como complementariedad: de la anatomía, de la fuerza, de la posición de protector y protegida.

El vínculo erótico que las mujeres del estudio han mantenido con mujeres ha estado marcado por características particulares. Para muchas de ellas el acercamiento erótico que han tenido con una mujer, ha sido lento y progresivo. Los modos de aproximación erótica variaron respecto de los que habían mantenido con hombres en sus experiencias previas, generándose un proceso gradual de experimentación y aproximación erótica, donde el contacto corporal en el ámbito del erotismo se fue creando de un modo espontáneo y sucesivo. Asimismo, la menor existencia de referentes culturales para las prácticas eróticas entre mujeres –debido a la invisibilización que procura mantener una sociedad heteronormativa- influyó en el desconocimiento de los modos de aproximación erótica y de realización de las prácticas sexuales y afectivas que sostuvieron. Sin embargo, esta característica, que en varios casos implicó una mayor incertidumbre y obstaculizó los comienzos de dichos encuentros, también significó la posibilidad de una mayor creatividad al momento de sostener estos vínculos. Para muchas, el deseo que sintieron por una mujer y que ésta sintió por ellas fue una experiencia inimaginada. Algunas entrevistadas relatan que jamás habían pensado que pudieran sentir la intensidad emocional y erótica que manifestaron por una mujer, debido a las ideologías dominantes de heteronormatividad, donde el erotismo entre mujeres no sólo aparece devaluado, sino que invisibilizado y donde el deseo activo aparece designado para los hombres. Además, a diferencia de lo que sucede con los hombres, la confianza con las mujeres en la aproximación erótica es un rasgo que aparece en la mayoría de las entrevistadas. Relatan que la equiparidad que sintieron respecto de las fuerzas y de los modos de aproximación afectiva y sexual con las mujeres que estuvieron, provocó una mayor confianza, lo que permitió un acercamiento más fluido y directo, facilitándose la generación de un vínculo.

Si bien, las entrevistadas manifiestan diversos modos de experimentar el deseo hacia hombres y mujeres, así como distintas preferencias respecto a las prácticas sexuales, con hombres y con mujeres, en la mayoría de ellas aparece, generado por dichas vivencias eróticas no normalizadas, la apertura a un nuevo tipo de erotismo. Para muchas de las mujeres del estudio, las prácticas sexuales con mujeres significaron la puerta de entrada a un nuevo modo de despliegue del erotismo. Este nuevo erotismo aparece desmarcado de

la genitalización que había sido la característica de las prácticas eróticas previas que habían mantenido exclusivamente con hombres. Algunas indicaron que al no estar determinada por la penetración fálica, este nuevo erotismo dejó de tener un punto central –heredado por la heteronormatividad- por lo que aparecieron diversas y más amplias modalidades eróticas.

Respecto de lo anterior, las vivencias de la corporalidad aparecen enlazadas a los modos del erotismo. El despliegue del erotismo, generó un despliegue de la corporalidad. La erogenización genitalizada como centro desapareció en muchas de las entrevistadas, los flujos del deseo se diversificaron, abarcando nuevos espectros corporales, todo lo que generó una mayor sensibilización de la corporalidad y la erogenización de nuevas zonas corporales. Esta nueva erogenización no obedeció a la lógica anterior, localizada, sino que se propagó de un modo más difuso y global por todo el cuerpo, desrigidizándose así, una corporalidad conformada bajo la exhaustiva vigilancia de la heteronormatividad. Estos cambios permitieron nuevos, más amplios modos y, en muchos casos, mayores grados de placer.

A su vez, este nuevo erotismo implicó nuevas modalidades y preferencias en los vínculos que las mujeres establecían. Para algunas volver a tener encuentros sexuales con hombres, luego de haber tenido este despliegue erótico con una mujer, implicó percibir las viejas modalidades eróticas, heredadas por la matriz de sexo-género. De este modo, se produjo una especie de choque al encontrarse con lo que antes vivían de un modo placentero, pero que luego, desde un nuevo erotismo, percibían como una modalidad estrecha respecto de las posibilidades eróticas descubiertas. Esta situación, de enfrentarse a diversas modalidades eróticas y nuevas formas de percibir y sentir su propia corporalidad, generó en muchas de las entrevistadas un cuestionamiento respecto de sus modos eróticos y una reflexión personal en cuanto a sus preferencias en las modalidades eróticas.

Para otras entrevistadas mantener encuentros sexuales con hombres, tras haber tenido un vínculo erótico y afectivo con una mujer, permitió experimentar un placer que no habían sentido antes con un hombre. El despliegue del erotismo y la sensibilización de la corporalidad, generados con una mujer, despertaron sensaciones y nuevos modos de vincularse que luego desarrollaron en las prácticas sexuales con hombres. De este modo,

el comienzo de un despliegue en la sexualidad, gatillado por el encuentro erótico con una mujer, fue continuado con un hombre, lo que generó una amplitud mayor respecto del erotismo, así como la experiencia del placer con un hombre, no experimentada antes. Dos entrevistadas, en sus experiencias sexuales previas con hombres no alcanzaban un mayor grado de placer, una por las particulares características de personalidad de su pareja, la otra por los modos en que significaba, en general, el deseo de los hombres: como algo negativo, que a la vez la privaba a ella de las posibilidades de experimentar y manifestar deseo. Ambas, tras haber mantenido un vínculo erótico y afectivo con una mujer, logran establecer encuentros sexuales placenteros con hombres por primera vez. Cabe mencionar que una de ellas, logró experimentar, en el vínculo con una mujer, un placer que nunca había sentido con un hombre; así por ejemplo experimentó por primera vez orgasmos. El espacio generado para la expresión del deseo de una mujer por una mujer, trajo la posibilidad de expresarse como sujeto deseante en un encuentro sexual. Ella, debido a la herencia de la heteronormatividad y a algunas características de su historia personal, tenía el registro que establecía el deseo como exclusivo de los hombres y la posición de objeto de deseo, como propia de las mujeres. Esto no le permitía expresar su deseo, ni tampoco experimentar el deseo de un hombre hacia ella como algo que la validaba como sujeto, sino que por el contrario, la posicionaba como objeto.

Es en este sentido que para muchas de las entrevistadas, el encuentro erótico con una mujer, no sólo marca un despliegue del erotismo, sino que además una apertura al placer que actúa como recuperación de un ámbito antes vedado o dañado. Algunas entrevistadas significan el vínculo erótico con una mujer como una “rehabilitación”, como una sanación de aspectos que estaban teñidos por las marcas de un sistema dominante donde el placer de una mujer –posicionada como objeto de deseo- no representa importancia. De este modo, la desrigidización de los roles que permite este tipo de vínculo no normalizado, abre posibilidades de resignificación más creativas y por sobre todo, más expresivas de su propio deseo.

Las múltiples variaciones experimentadas por las mujeres del estudio respecto de la vivencia erótica y del imaginario corporal, también influyen en los modos que se conciben a sí mismas. En un sistema hegemónico, donde sexo, género y deseo van entrelazados en la conformación subjetiva, las variaciones en alguna de las dimensiones afecta a las otras. De este modo, las entrevistadas viven la llegada de un nuevo erotismo y de una

nueva relación con la propia corporalidad, de la mano de un proceso respecto a su propia identidad. Para todas vivir un erotismo con una mujer implicó algún tipo de cuestionamiento respecto de su identidad. Este cuestionamiento en muchos casos estuvo acompañado por la angustia de quedar posicionada en un lugar devaluado por la heteronormatividad. Y aunque la mayoría al momento de realizar la entrevista expresó una identidad en tránsito, una identidad móvil, una identidad cuyos límites no son rígidos, sí expresó también, que esto fue un proceso gradual –difícil en varios casos- de aceptación e integración de modos de vida diversos, que van más allá de la heteronormatividad. De esta manera, aparecen diversas modalidades identitarias entre las mujeres del estudio, las que presentan en común la transversalidad respecto de la visibilización y el cuestionamiento experimentado de una identidad obligada impuesta por los mandatos de género de la lógica imperante. Se genera así, un corte en la ilusión de continuidad de una identidad recibida por nacer en cuerpo de mujer.

Ha sido importante acceder en el presente estudio, a los modos de significación de este grupo de mujeres respecto de sus prácticas y de su imaginario corporal, como también, las repercusiones posibles de estas prácticas sobre la conformación corporal establecida desde la hegemonía significante heteronormativa. Asimismo, comprender cómo el discurso dominante opera en las significaciones y resignificaciones que realizan en su vivencia desde un erotismo no normalizado.

Así pues, indagar desde una perspectiva de género, que considere el peso de la heteronormatividad, fundamentado en que el poder –no sólo represivo, sino que también productivo- modela a los sujetos bajo el mandato de la heteronormatividad. De este modo, la matriz de sexo-género delimita los contornos de una corporalidad, de una identidad y de modos de vincularse, viables. Matriz que impone normas de género, las que operan gracias a su repetición compulsiva y ritualizada, y que se sustentan en ideales específicos de masculinidad y femineidad, los que implican, a su vez, la idealización del vínculo heterosexual. Así el cuerpo es entendido como una construcción que existe en y a través de las marcas de género, donde el esquema corporal se genera como un proceso de reiteración regulada, bajo el mandato de una serie de prohibiciones fundadoras. Esta repetición continua y obligada, instituye a la sexualidad como un sitio en el que constantemente se reconstituyen los cuerpos. Asimismo, dicho esquema corporal produce

una materialidad que aparece como el efecto sedimentador del mismo. De este modo, la prohibición actúa como poder formativo en la generación de los cuerpos sexuados.

Las prácticas que recorren lugares no normalizados, traen como consecuencia posible la desestabilización del lazo de verdad que amarra las dimensiones de la vida subjetiva: el deseo, la noción de sí y el cuerpo en el que se nace; ese nudo nunca se deshace totalmente, pero se suelta, se flexibiliza hacia nuevas significaciones. De este modo, el poder de verdad que ejerce la matriz de sexo-género pierde su intensidad respecto a dictaminar las bases únicas de una identidad, así como también de un erotismo y de un imaginario corporal viables. El sujeto de sexo/género/deseo pierde su rígida coherencia.

Se ve entonces, que se diluye la fuerza de los mandatos de género del sistema hegemónico heteronormativo. Todas las mujeres del estudio hacen un recorrido por la propia definición de sí e incluso algunas lo hacen además, respecto a las mismas bases discursivas que existen para tener una definición de sí y sobre las cuales su vida se ha estructurado. De este modo, se cuestiona la matriz de significación del discurso dominante y se deconstruyen algunos aspectos de un sujeto conformado en y por una matriz de sexo-género. Aparecen así, nuevos espacios de resignificación, menos normalizados y por lo tanto, más particulares y diversos. Así por ejemplo, se produce un quiebre de la idealización del vínculo heterosexual, a través de las prácticas sexuales de las entrevistadas, lo que les abre posibilidades de resignificación de lo masculino, de lo femenino, de los roles en un vínculo erótico y afectivo, y por lo tanto, de las normas de género.

Sin embargo, se ha visto que las experiencias fuera de una normalización, no necesariamente implican el cuestionamiento de la hegemonía signifiante. En algún caso las resignificaciones de éstas, así como de sus consecuencias son realizadas por alguna de las entrevistadas, a partir de un discurso dominante, discurso que pareciera no perder totalmente su valor de verdad. En este sentido, las prácticas desestabilizadoras, no necesariamente son resignificadas rizomáticamente, sino que también de un modo arborescente, produciéndose una neutralización de las multiplicidades experimentadas, desde los patrones dominantes de significación de la heteronormatividad.

Respecto a si la vivencia de un erotismo con hombres y con mujeres se relaciona con modos particulares de representaciones del cuerpo en mujeres, es posible decir que las prácticas más allá de una normalización generan una mayor flexibilidad en los modos de concebir un erotismo posible y de vivir el propio imaginario corporal. Y aunque se genera una mayor flexibilidad respecto a éstos, no aparece un modo particular de representaciones del cuerpo en mujeres, un modo único, que refleje de una manera homogénea las manifestaciones respecto de la vivencia de la corporalidad; los modos de significar y vivir la corporalidad aparecen como diversos y particulares a cada mujer.

Respecto a las posibles variaciones en las representaciones del cuerpo en mujeres, al tener prácticas sexuales con hombres o con mujeres, aparece como rasgo frecuente un despliegue del erotismo, el que conlleva cierta desgenitalización de la corporalidad en el ámbito del erotismo, provocándose una erogenización más amplia y difuminada del imaginario corporal. Es posible pensar, entonces, que fuera de la dimensión normalizada, el mundo se diversifica, no sólo cambiando respecto a las formas, sino que además, respecto a determinadas estructuras que se encuentran en las bases de aquellas formas. En la mayoría de las entrevistadas, aparece un nuevo erotismo, más abierto a la experiencia. Así por ejemplo, el mandato de cumplir determinados roles asignados, como el lugar de objeto de deseo pierde su rigidez, lo que trae consigo una mayor amplitud en las formas de experimentar las diversas y nuevas representaciones de su corporalidad. La sociedad heteronormativa sitúa a las mujeres como objetos disponibles sexualmente para los hombres, conformando el lazo del deseo heterosexual a partir de la subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres. De este modo, el placer para ellas queda indisolublemente ligado a la subordinación erotizada. La experimentación de vivencias eróticas con una mujer, en tanto espacio de placer y reconocimiento, cuestiona en algunas de las entrevistadas el mandato del lazo heterosexual, permitiendo a la mujer no quedar obligatoriamente posicionada como objeto de deseo, sino que también como sujeto deseante, emergiendo el placer en el vínculo erótico. De este modo, se genera una apertura al placer gracias a la experiencia erótica positiva con una mujer, lo que repercute en el modo de vivir el erotismo -en general y también con hombres -antes bloqueado en algunos casos respecto al placer, por temas como la dominación y el sometimiento y por el lugar obligado como objeto de deseo en que quedaba la mujer.

De este modo, las variaciones en la sexualidad experimentadas por las mujeres del estudio, les permiten percibir cambios en la noción de sí, en los modos de vincularse y en el imaginario corporal. Se produce una diversificación del erotismo, lo que implica variaciones en la erogeneidad de la corporalidad. El erotismo se despliega y se desgenitaliza. La erogenización recorre diversos lugares, antes “inexistentes”; al escaparse de los mandatos de la heteronormatividad, en muchos casos, la erogeneidad se dispersa, cambiando no sólo el lugar donde se manifiesta, sino además su cualidad. Es decir, no sólo los lugares por donde transita una erogeneidad se modifican, sino que también varía el modo en que se invisten erógenamente los nuevos lugares; un modo menos rígido, más móvil y más difuminado. Además, se genera una apertura al placer, diluyéndose los viejos modos del erotismo y desplegándose nuevas formas. Al quedar los límites más difusos, en una dimensión menos normativizada, los modos en que queda erogeneizada la corporalidad aparecen marcados por la diversidad y particularidad de cada una; sin embargo, un despliegue del erotismo y una apertura al placer son elementos que atraviesan a la mayoría de los casos. De este modo, es posible pensar que se deconstruye el sujeto de la sexualidad, de una sexualidad en donde deseo e identidad van indisolublemente unidos; se deconstruye el sujeto de sexo/género/deseo. La deconstrucción subvierte el orden jerárquico de centro y margen, permitiendo que lo marginal pueda ocupar también el lugar central. Este proceso de tránsito entre lo central y lo marginal, revela la aparente estabilidad de la jerarquía. Así, la deconstrucción de una sexualidad, genera una desestabilización de la jerarquía heteronormativa –donde género, sexo y deseo son entendidos como uno- apareciendo el deslizamiento continuo entre las partes. Así aparece un erotismo más rizomático donde la constante significación de la realidad no se hace siempre en función de la jerarquía impuesta por el sistema dominante de significación. Se produce una apertura a un nuevo erotismo con mujeres, un erotismo desplegado por distintas vías, donde ya no prima un erotismo genitalizado, dictado por la matriz de sexo-género. De este modo, un erotismo rizomático, desplaza la dualidad -que implica una mutua exclusión para poder sobrevivir- permitiendo la entrada a múltiples posibilidades, que se suman unas a otras, abriendo puertas a un erotismo no disciplinario.

Además, al transgredir normas de género, la mayoría de las mujeres del estudio no logran situarse en alguna de las posiciones determinadas por la heteronormatividad –ya sea valorada o devaluada. Por lo mismo, deben sostenerse en un espacio o posición donde los nombres otorgados por la matriz dominante nunca terminan por designar

inequívocamente lo que nombran, ni siquiera aparentemente (como sucede en la “heterosexualidad”). Así con estas prácticas fuera de la norma, el nombre se disipa, cuestionándose el poder del nombre en una matriz hegemónica donde éste no sólo designa, sino que en esa misma designación otorga la viabilidad de una existencia. De este modo, el poder del nombre, de la palabra, de un bautizo obligado por la heteronormatividad, pierde fuerza. Es decir, el nombre opera como un sitio privilegiado de acción de los elementos de poder, como una marca del sistema de dominación; delimita y produce formas dentro de los límites de inteligibilidad, otorgando estabilidad y sentido de permanencia. De ahí la necesidad imperiosa de portar un nombre designado por la heteronormatividad. Se provoca así, en la matriz de sexo-género, una perpetua y desesperada lucha por no perder el nombre; el nombre, que otorga una vida viable, aparece ilusoriamente amarrado a la vida, como dador de vida. Y aunque este nombre – puerta de entrada a la vida subjetiva- se diluye y pierde poder de verdad, como consecuencia de la desnormalización, la vida no desaparece en esta pérdida. La mayoría de las mujeres participantes en este estudio, luego de un infructuoso intento por capturar un nuevo nombre que les diga de sí, que las indique como “verdaderas”, es decir, luego de buscar categorías de identidad establecidas por la matriz de sexo-género, aceptan una posición inestable. Dicha posición, no logra ser aprehendida por los significantes designados en la matriz dominante (“heterosexual”, “homosexual” por ejemplo) y tampoco a cabalidad, por otros significantes (por ejemplo, “bisexual”) que -desde una hegemonía significante- intentan recapturar diversas prácticas que se escapan a su designación.

Se ve entonces, que el tránsito erótico en una matriz de sexo-género provoca en las mujeres del estudio, cuestionamientos y variaciones respecto de modos del erotismo, la noción de sí y las formas de vinculación, permitiendo resignificaciones que no están bajo el mandato de la lógica hegemónica de significación. Así, el despliegue de un erotismo no disciplinario y alguna desrigidización de la identidad aparecen enlazados en ellas. De esta manera, disminuye el peso de la normalización, por lo que singularidades en sus modos eróticos y de imaginario corporal, antes desconocidos, comienzan a aparecer y a generar transformaciones en ellas. Esto, pues la tensión entre lo psíquico y lo material marca los límites corporales, por lo que las variaciones en el deseo, van ligadas a variaciones en el imaginario corporal, en la sensibilización del cuerpo y en la erogenización de las múltiples zonas corporales.

Así, al realizar prácticas sexuales que van más allá de la heteronormatividad y que exceden los límites de lo permitido, visibilizan las entrevistadas la identidad obligada impuesta por la matriz heteronormativa; las técnicas encubiertas del poder productivo quedan de algún modo descubiertas. De este modo, visibilizar lo invisibilizado, cuestiona el poder de verdad de los mandatos establecidos en la constitución de identidades. Las mujeres del estudio, en su mayoría manifiestan una identidad móvil, en tránsito, que no presenta la urgencia de una rígida delimitación designada por la matriz de sexo-género. Y aunque presentan diferencias, tienen en común todas, el quebrantar la continuidad de una identidad recibida por nacer en cuerpo de mujer. Esta identidad en tránsito puede ser concebida como una forma de resistencia a la hegemonía significativa, pues se presenta como una identidad que no queda limitada por los mandatos de una realidad de dualidad obligada, complementaria y excluyente.

Es en este sentido, que también estos nuevos modos de transitar una identidad pueden ser comprendidos como una identidad nómada, rizomática, en devenir, una identidad queer. Identidad que se sostiene, no en una esencia cristalizada, sino que en una posición de resistencia a lo normativo, posibilitando en las mujeres del estudio, la apertura hacia multiplicidades identitarias, vinculares, eróticas y de la corporalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- * Alonso, L.E. 1994. Sujeto y Discurso: el Lugar de la Entrevista Abierta en las Prácticas de la Sociología Cualitativa. En Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. editores. Madrid: Síntesis.
- * Anzaldúa, G. 1988. La Prieta. En Moraga, C. y Castillo, A. 1988. Esta Puente, mi Espalda. Comp. San Francisco: editorial "ismo".
- * Barthes, R. 1992. En Miller, D.A., 1992. Bringing Out Roland Barthes, University of California Press, Berkeley, p.23-24.
- * Bizquerra, R. 1989. Metodología Cualitativa. En Métodos de Investigación Educativa. Guía Práctica. Barcelona: Ed. CEAC.
- * Bourdieu, P. 2000. La Dominación Masculina. Barcelona: Anagrama.
- * Braidotti, R. 2000. Sujetos Nómades. Argentina: Paidós.
- * Butler, J. 2000. Imitación e Insubordinación de Género. En Graffas de Eros. Historia, género e identidades sexuales. Buenos Aires: Edelp.
 - 2001. El Género en Disputa. México: Paidós.
 - 2002. Cuerpos que importan. Argentina: Paidós.
- * Carril, E. 2002. Un Cuerpo en Espera. En El Cuerpo en Psicoanálisis. Diálogos con la Biología y la Cultura. Montevideo: APU. Extraído de la página de Internet: www.psicomundo.com.
- * Cixous, H. 1995. La Risa de la Medusa. Barcelona: Anthropos.

* De Lauretis, T. 1986. La Tecnología del Género. En Ramos, C. 1991. El Género en Perspectiva: de la Dominación Universal a la Representación Múltiple. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

1993. Sujetos Excéntricos: la Teoría Feminista y la Conciencia Histórica. En Cangiano, M.C. y Du Bois, L. 1993. Teoría, Interpretación y Práctica Feminista en las Ciencias Sociales. Buenos Aires: Ed. De mujer a género.

* Deleuze, G. 1994. Lógica del Sentido. Barcelona: Paidós.

* Deleuze, G. y Guattari, F. 1995. El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia. Barcelona: Paidós.

1997. Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia. España: PRE-TEXTOS.

2003. Rizoma. Introducción. España: PRE-TEXTOS.

* Derrida, J. 1984. Nietzsche: Políticas del Nombre Propio. En la Filosofía como Institución Barcelona: Juan Granica Ediciones

1989. La Deconstrucción en las Fronteras de la Filosofía. Barcelona: Paidós.

* Foucault, M. 1978. Le Gai Savoir. Entrevista. En Mec Magazine. Verano de 1988.

1994. Dits et écrits, "De l'amitié comme mode de vie". Gallimard.

1996. Hermenéutica del Sujeto. Argentina: Altamira.

1999. "Michel Foucault, una entrevista: sexo, poder y política de la identidad" en Estética, Ética y Hermenéutica. Obras esenciales, volumen III. Barcelona: Paidós.

2002. Historia de la Sexualidad. 1- La Voluntad de Saber. Argentina: Siglo XXI Editores.

* Freud, S. 1931. Sobre la Sexualidad Femenina. En Obras Completas. Tomo III. 1981. España: Editorial Biblioteca Nueva España.

1923. El Yo y el Ello. En Obras Completas. Tomo III. 1981. España: Editorial Biblioteca Nueva España.

1914. Introducción al Narcisismo. En Obras Completas. Tomo II. 1981. España: Editorial Biblioteca Nueva España.

* García, M., Ibáñez, J., Alvira, F. 1993. El Análisis de la Realidad Social. Métodos y

Técnicas de Investigación. Alianza Editorial.

* Halperin, D. 2000. San Foucault. Ediciones Literales. Argentina.

* Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. 1998. Metodología de la Investigación. México: Editorial Mc Graw-Hill Interamericana.

* Howarth, D. 1997. La Teoría del Discurso. En Teoría y Métodos de la Ciencia Política. Madrid: Alianza.

* Jeffreys, S. 1996. La Herejía Lesbiana. Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana. Madrid: Ediciones Cátedra.

* Jodelet, D. 1984. La Representación Social: Fenómenos, Concepto y Teoría. Paidós.

* Kristeva, J. 1988. Poderes de la Perversión. Argentina: Catálogos Editora.

* Lamas, M. 1995. Cuerpo e Identidad, en Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Arango, L. G., León, M., Viveros, M. (comp.). Bogotá: TM Editores.

* Laqueur, T. 1991. "Amor Veneris, Vel Dulcedo Appeletur". En Feher, M., Nadaff, R. y Fazi, N. (editores). Fragmentos Para una historia del cuerpo humano, parte tercera. Madrid: Taurus.

* Le Breton, D. 2002. La Sociología del Cuerpo. Buenos Aires: Nueva Visión.

* Lorde, A. 1979. Las Herramientas del Amo nunca Desarmarán la Casa del Amo. En Moraga, C. y Castillo, A. 1988. Esta Puente, mi Espalda. San Francisco: editorial "ismo".

* Mercadé, F. 1986. Metodología Cualitativa e Historias de Vida. Madrid: Instituto de Sociología Jaime Baldes.

* Ortner, S. 1979. ¿Es la Mujer con respecto al Hombre lo que la Naturaleza con respecto a la Cultura? , en Antropología y Feminismo. Barcelona: Anagrama.

* Palmier, J. M. 1971. Jacques Lacan. Lo Simbólico y lo Imaginario. Buenos Aires: Editorial Proteo.

* Peñalver, P. 1989. Introducción. En Derrida, J. 1989. La Deconstrucción en las Fronteras de la Filosofía. Barcelona: Paidós.

* Rich, A. 1980. La Heterosexualidad Obligatoria y la Existencia Lesbiana. En www.antroposmoderno.com. Traducido por Ricardo Martínez Lacy del texto reproducido en Powers of Desire.

* Taylor, S., Bodgan, R. 1992. Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación. España: Ediciones Paidós.

* Turner, B. S. 1989. El Cuerpo y la Sociedad. Exploraciones en teoría social. México: Fondo de la Cultura Económica.

1994. Los Avances recientes en la Teoría del Cuerpo. REIS: Revista española de investigaciones sociológicas, nº 68, pp.11-39.

* Weeks, J., 1998. Sexualidad. México: Paidós.

* Wittig, M. 1978. La Mente Hétero. Texto que M.Wittig leyó en el marco del Congreso Internacional sobre el Lenguaje Moderno, que tuvo lugar en 1978 en Nueva York.

1998. La Marca del Género. La Jornada Semanal, 25 de octubre de 1998.

ANEXO

PAUTA DE ENTREVISTA

Temáticas relevantes para la investigación:

- Inicio actividad sexual
 - pareja, amigo/a, etc.
 - hombre, mujer
 - cómo, por qué hombre o mujer, etc.
- Primera aproximación sexual que sea una variación respecto a su historia previa
 - mujer, hombre
 - pareja, amigo/a, etc.
 - cómo, por qué, etc.
- Diferencias y/o similitudes entre estar con hombres y con mujeres
 - sensación/percepción de su cuerpo (zonas erógenas variantes/constantes, en relación al otro/a, posibilidades de placer, etc.)
 - sensación/percepción del cuerpo del otro/a
 - atracción, deseo por el otro/a
 - modos de relacionarse
 - modos de seducir
 - roles (posiciones: activa/pasiva, objeto de deseo/sujeto deseante, rígidas/variables, jerárquicas-verticales/horizontales, etc.)
- Identidad sexual
 - límites (establecidos-rígidos/difusos-cambiantes, etc.)
 - grado de necesidad de definir la identidad
 - relación entre identidad sexual y percepciones del cuerpo
- Otras influencias en su percepción corporal (personas, relaciones, situaciones, instituciones, etc.)

Los detalles especificados en cada temática solamente están mencionados como una referencia que permita establecer un diálogo profundo con la entrevistada, sobre cada tema. De ninguna manera pueden ser entendidos como un camino necesario, ordenado y obligado, sino que sólo se precisan para no perder de vista las particularidades temáticas necesarias para la presente investigación.